



DARGAUD presenta

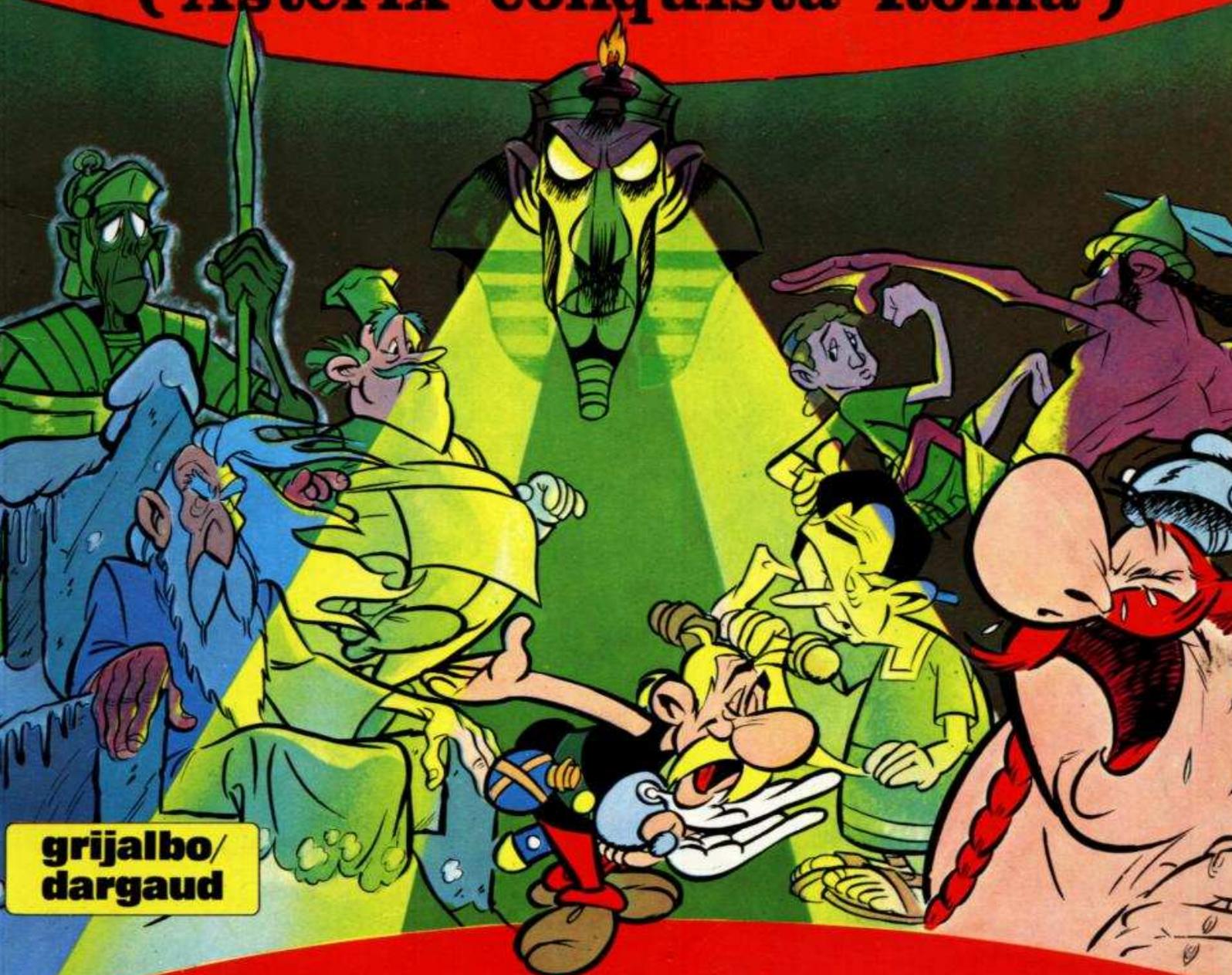
LAS DOCE PRUEBAS DE

ASTÉRIX

TEXTO:
GOSCINNY

ILUSTRACIONE
UDERZO

(Astérix conquista Roma)



**grijalbo/
dargaud**

¡ El libro sobre la película
del mismo título !

LAS DOCE PRUEBAS DE ASTÉRIX

ASTÉRIX CONQUISTA ROMA

GUION DE GOSGINNY
ILUSTRACIONES DE UDERZO



grijalbo/dargaud s.a.

La cámara nos pasea por un gran bosque... Sólo el piar de los pájaros turba el silencio... Así empieza el film "Las doce pruebas de Astérix". Así empieza este libro (¡al que sólo le falta el piar de los pájaros!). Estamos en el año 50 antes de Jesucristo, cuando toda la Galia está ocupada por los romanos... ¿Toda? No, porque en algún lugar de Armórica, un pueblecito resiste...



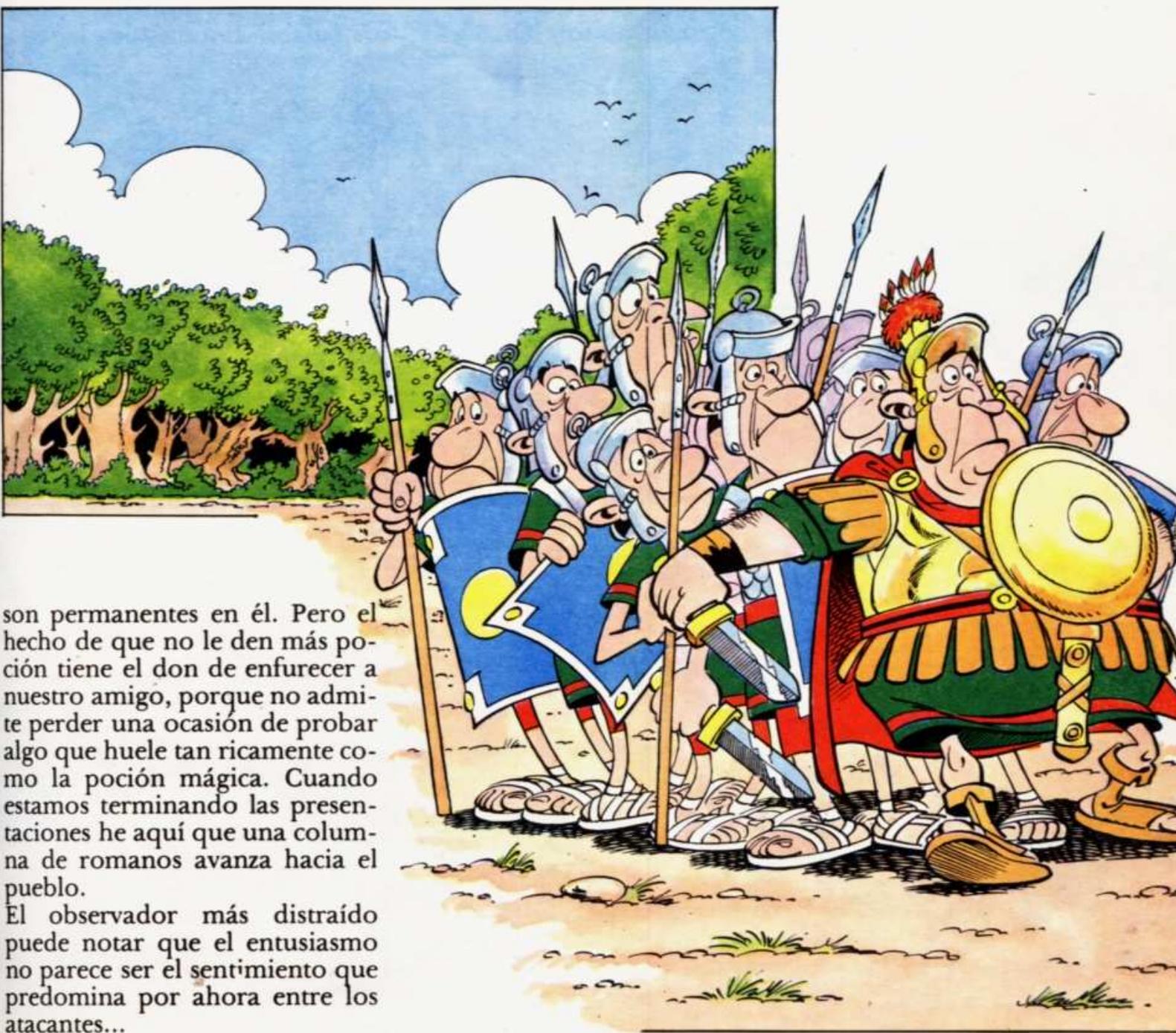
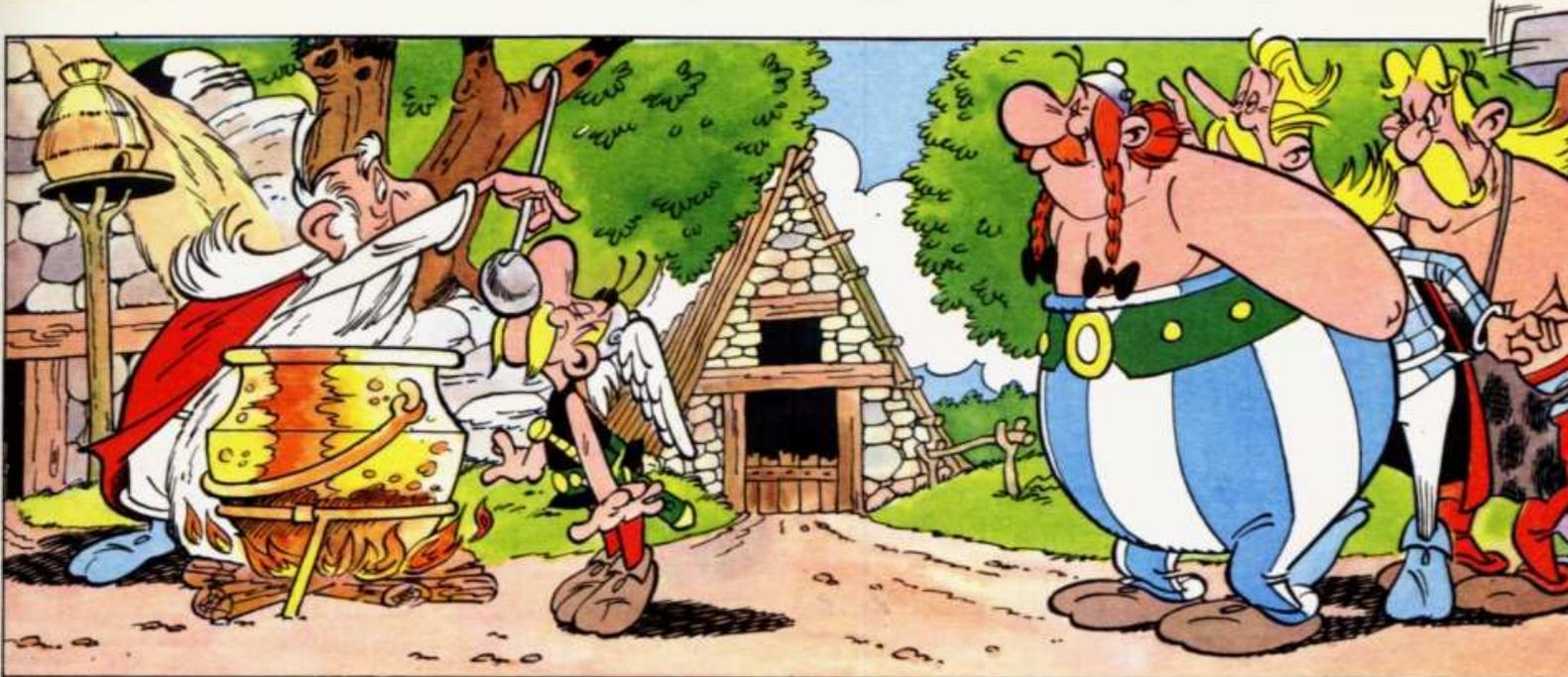
Y AHORA
DEMOS PASO
AL CINE ...

Los habitantes de este pueblo que se obstina en resistir a los romanos, helos aquí reunidos para una foto de familia. El personaje que está de pie sobre un escudo, se llama Abrazopartidix. Guerrero temible, es el jefe indiscutible del pueblo. Su esposa responde al nombre de Karabela (o Bellita) y tiene la lamentable tendencia a quitarle a Abrazopartidix su escudo y sus portadores para irse de compras a la ciudad. En la extrema derecha pueden ustedes ver a Seguroatodoriesguix, el bardo. Por tratar-

se tal vez de un precursor, su talento musical es a veces discutido por sus contemporáneos. Sobre todo por el individuo que se encuentra a su izquierda y que es herrero de oficio. Esautomatix, el tal herrero, tiene la deplorable costumbre de mostrar su desacuerdo asestando grandes puñetazos sobre la cabeza del bardo. El perrito que retoza ante el grupo, es Ideafix, la mascota del pueblo, y el gran amigo de Obélix, el repartidor de menhires. La verdad nos obliga a decir que en el pueblo no hay más que

dos personajes realmente sensatos: Panorámix, el druida de la gran barba blanca y Astérix. Esencialmente gracias a estos dos hombres y a la poción mágica puesta a punto por Panorámix, que el pueblo galo sigue invicto. Esta poción mágica tiene la propiedad de hacer invulnerable a quien la bebe y Panorámix (abajo arriba) se la sirve periódicamente a sus conciudadanos. A excepción de Obélix por la buena razón de que éste se cayó dentro de la olla, siendo niño, y desde entonces los efectos de la poción





son permanentes en él. Pero el hecho de que no le den más poción tiene el don de enfurecer a nuestro amigo, porque no admite perder una ocasión de probar algo que huele tan ricamente como la poción mágica. Cuando estamos terminando las presentaciones he aquí que una columna de romanos avanza hacia el pueblo. El observador más distraído puede notar que el entusiasmo no parece ser el sentimiento que predomina por ahora entre los atacantes...

En la parte inferior, una escena habitual de aquella época, en la región. Se ve a un Obélix, loco de alegría, precipitarse sobre los romanos mientras grita: "¡Dejádmelos!". Le siguen Astérix, Abrazopartidix y el resto de la población del pueblo con evidentes ganas de distribuir unas cuantas tortas a los atacantes. La batalla ha sido violenta pero, como de costumbre, de corta duración y, ahí tienen ustedes, en la parte superior, el resultado final: armas retorcidas y romanos graciosamente esparcidos. Si nos acercamos, puedo decirles que se encuentran en pleno intercambio de consideraciones desilusionadas del género: "¡Esos tipos no son humanos!"

"¡Tienes razón, simples mortales no podrían resistir a la legión romana! ¡Son dioses!". "No puedes luchar contra los dioses". "¡Voy a Roma a decírselo a César!" Dicho y hecho. El centurión recoge sus bártulos y parte para Roma. Se encuentra al fin con el gran hombre y, como valiente militar que es, sin un pelo de tonto, hace su informe. No se puede decir que el tal informe suma al dictador en un alegría delirante. Y es que ya hace tiempo que viene oyendo hablar de ese pueblecito galo, de sus habitantes y su poción mágica. Sea como sea, César convoca inmediatamente sus principales consejeros. El primero en tomar la palabra resume bien la situa-





ción: “¡Oh, César, si se trata realmente de dioses, la situación es desesperada! Tomemos un ejemplo concreto: Hércules. ¿Pensaría alguien en combatir a Hércules?!” La situación tal vez ha sido correctamente resumida, pero César no lo aprecia y se pone a rugir: “¡Os demostraré que esos galos imbéciles son mortales! Iré a verles y les propondré algunas pruebas de las que sólo los dioses podrían salir con bien... Si son realmente dioses y triunfan, me inclinaré... ¡Pero si son hombres, y solamente hombres, conocerán la cólera de Julio César!”



Y algunos instantes más tarde... es lo que se dice siempre en las historieras, pero aquí —teniendo en cuenta los transportes de la época— es muy posible que haya pasado un mes)... volvemos a encontrar a César dialogando con Abrazopartidix ante el recinto del pueblo. Gracias a nuestro magnetofón disimulado en una ánfora hemos podido recoger lo esencial de lo que se dijo esa mañana, algo que tenía que culminar en la más fabulosa de las apuestas que los tiempos antiguos hayan conocido.

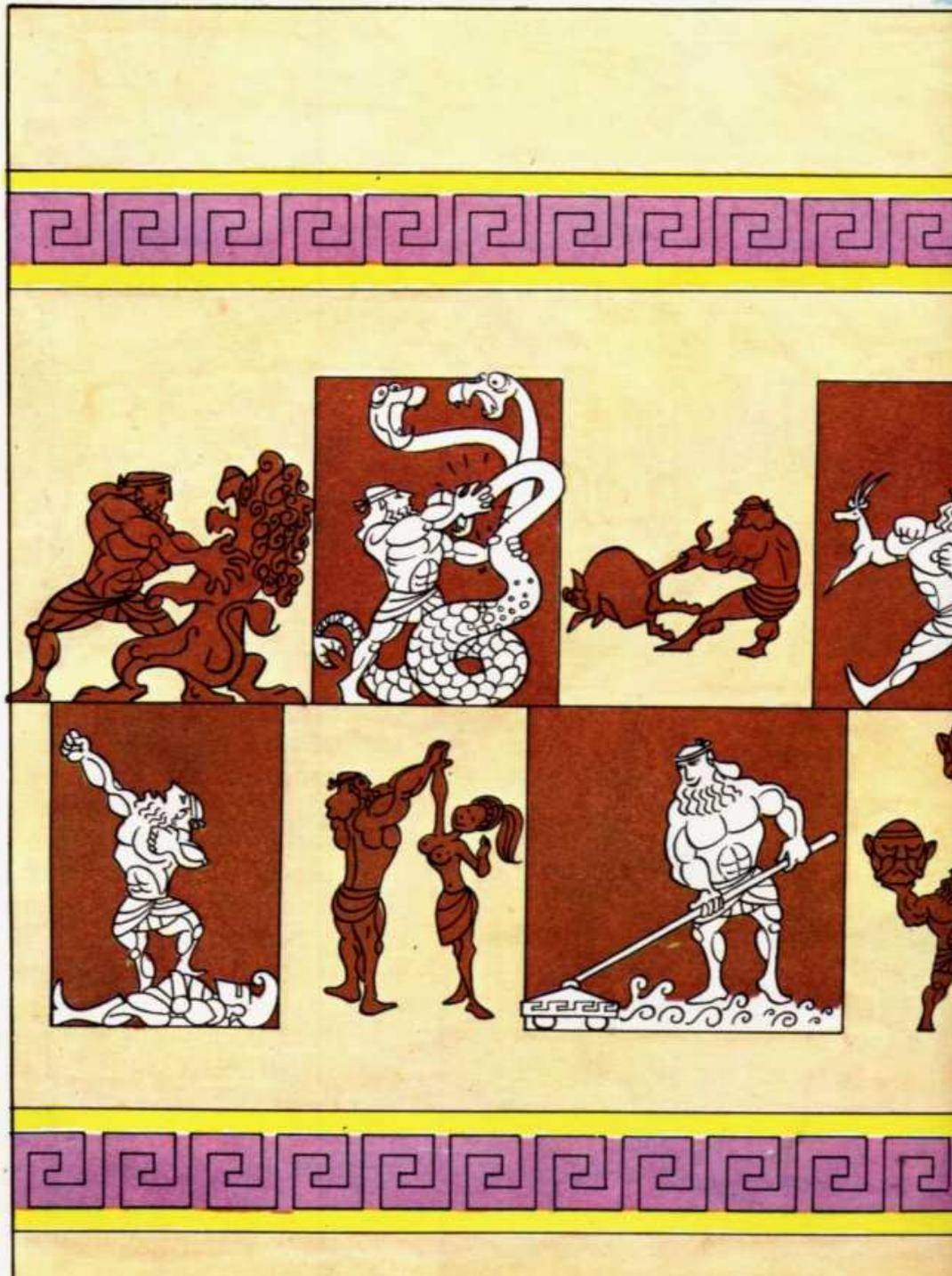
César: Vengo a hacerte una proposición, galo. ¡La resistencia que me opones empaña mi gloria! ¡En Roma empiezan a burlarse de mí! Algunos dicen que sois dioses. Si tal fuera el caso, ello explicaría vuestra fuerza sobrehumana. No se puede luchar contra los dioses. Si podéis demostrarme que sois dioses, me confesaré vencido y depondré las armas ante vosotros.

Abrazopartidix: ¿Y cómo quieres, Julio, que te demos que mis amigos y yo somos dioses?

César: ¿Has oído hablar de Hércules?

Abrazopartidix: ¿Hércules Birrius, el comerciante de ánforas?

César: ¡No! ¡No! El dios Hércules. Llevó a cabo doce trabajos que le valieron ser admitido en





el Olimpo, los dioses le reconocen como uno de los suyos...
Abrazopartidix: ¿Qué trabajos?... Para mejor responder a esta pregunta, César saca entonces un pergamino (cuya reproducción ocupa el centro de estas dos páginas) y empieza a dar algunas indicaciones a *Abrazopartidix*.
César: "Hércules... Ha ahogado al león de Nemea, matado a la hidra de Lerna, capturado vivo el jabalí de Erimatea, vencido en una carrera a la cierva de las patas de bronce, muerto a flechazos los pájaros del lago Es-

tímfalo, domado al toro de la Isla de Creta enviado por Neptuno contra Minos, matado a Diomedes, rey de Tracia, vencido a las Amazonas, limpiado los establos de Augias, matado a Geryon, arrancado las manzanas de oro del jardín de las Hespérides y liberado a Teseo de los inferos..."

Obélix, que hasta aquel momento no ha dicho nada, pregunta: "Bueno, ¿y el segundo trabajo?"

Mientras César se rehace un poco, le toca a *Abrazopartidix* interrogar al romano: "¿Y para demostrar que somos dioses ¿quieres que hagamos todas esas tonterías?"

César: "No exactamente... Todo esto es un poco pasado de moda... Os he preparado con la ayuda de mis consejeros una nueva serie de pruebas... Si los griegos las queréis llevarlas a cabo, deponed las armas. Si falláis una sola, tendréis que someteros. Si rehusáis demostraréis no ser más que un montón de locos imbéciles!"
 Heridos en su amor propio: "¡No! ¡No somos un montón de locos!"
 César les presenta entonces al juez que va a ser el juez árbitro de las pruebas, Caius Pupus.





Tras haber terminado la reunión con un “¡Ave!” muy digno, un “bueno...” de lo más galo, y la partida de César hacia Roma, nuestros amigos se encuentran en la cabaña del jefe Abraxopartidix

para resumir adecuadamente la situación.

Abraxopartidix, que ha tenido tiempo de dar una ojeada al rollo donde está escrita la lista de las pruebas, ha perdido un poco de su ardor.

“Vaya, pues... con estas pruebas... ¡Nos ha hecho la pascua Julio!” “Ya os lo tengo dicho muchas veces, interviene Panorámix. Os embaláis, os embaláis y reflexionáis después...” “No íbamos a dejarnos tratar de un montón sin reaccionar, ¿no?” “No, Obélix, no... pero es fin...”

En aquel momento, demostrando que es un verdadero jefe, Abraxopartidix toma la decisión que se impone: “Astérix, tú eres el más listo de todos nosotros y tú, Obélix, el más fuerte... Os designo a ambos para triunfar en esas pruebas. Nos encontraremos en Roma para recibir la sumisión de César!”

Panorámix el druida, un poco inquieto aún por el entusiasmo y el optimismo de sus amigos, remite entonces una cantimplora llena de poción mágica a Astérix.

Tiene lugar después la bella cena (a la vez viril y emocionante) donde se ve a los dos héroes dirigirse hacia la salida del pueblo.



blo bajo los aplausos de la población.

Obélix: ¿Te has fijado, Astérix?

Astérix: ¿En qué?

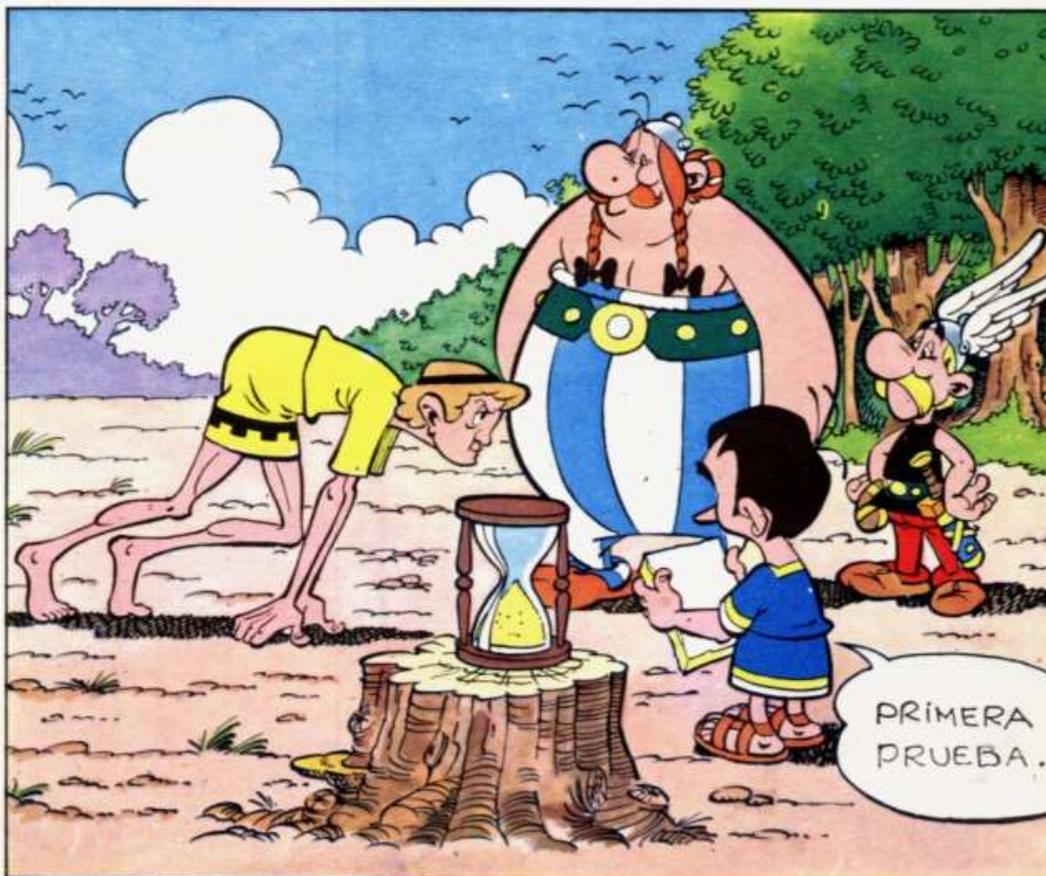
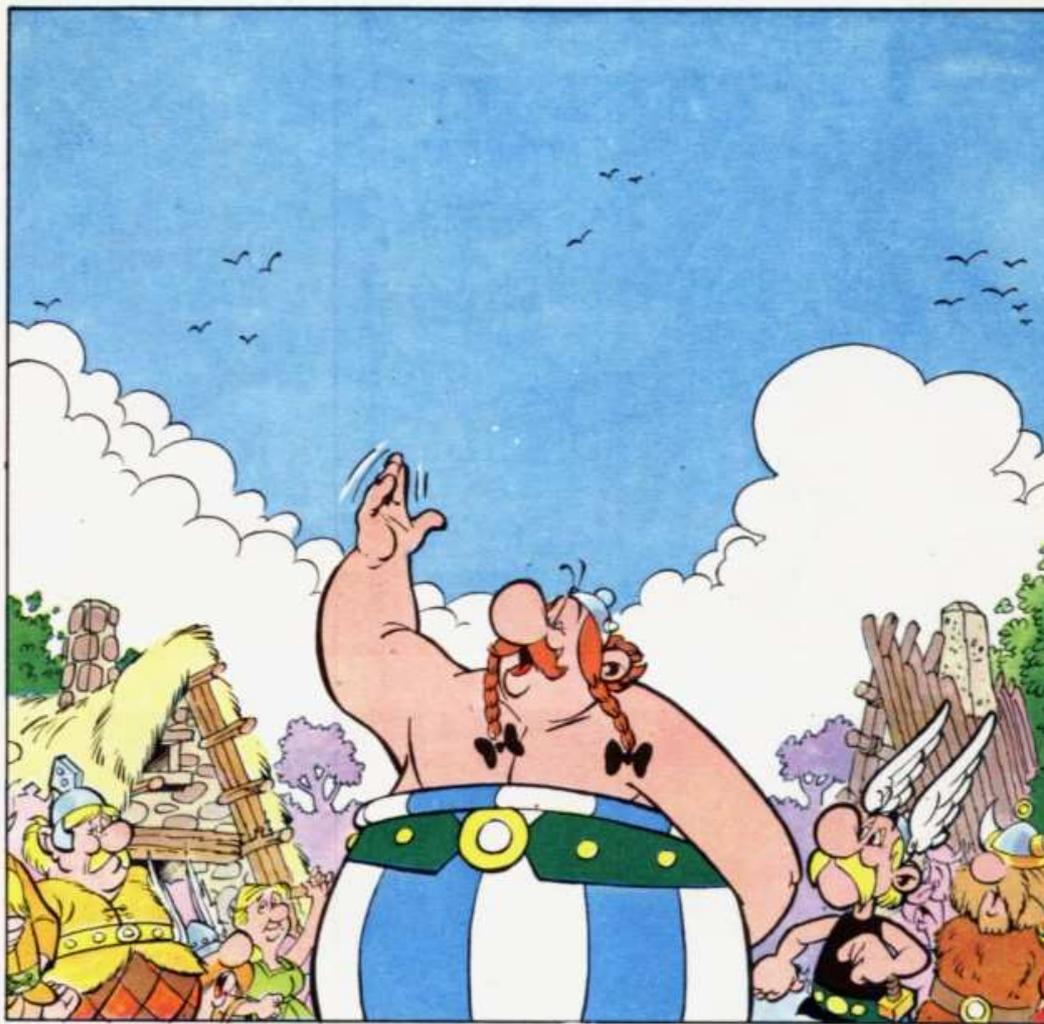
Obélix: Es extraño que Seguroatodoriesguix, nuestro bardo, no haya tenido ganas de cantarnos alguna cosa...

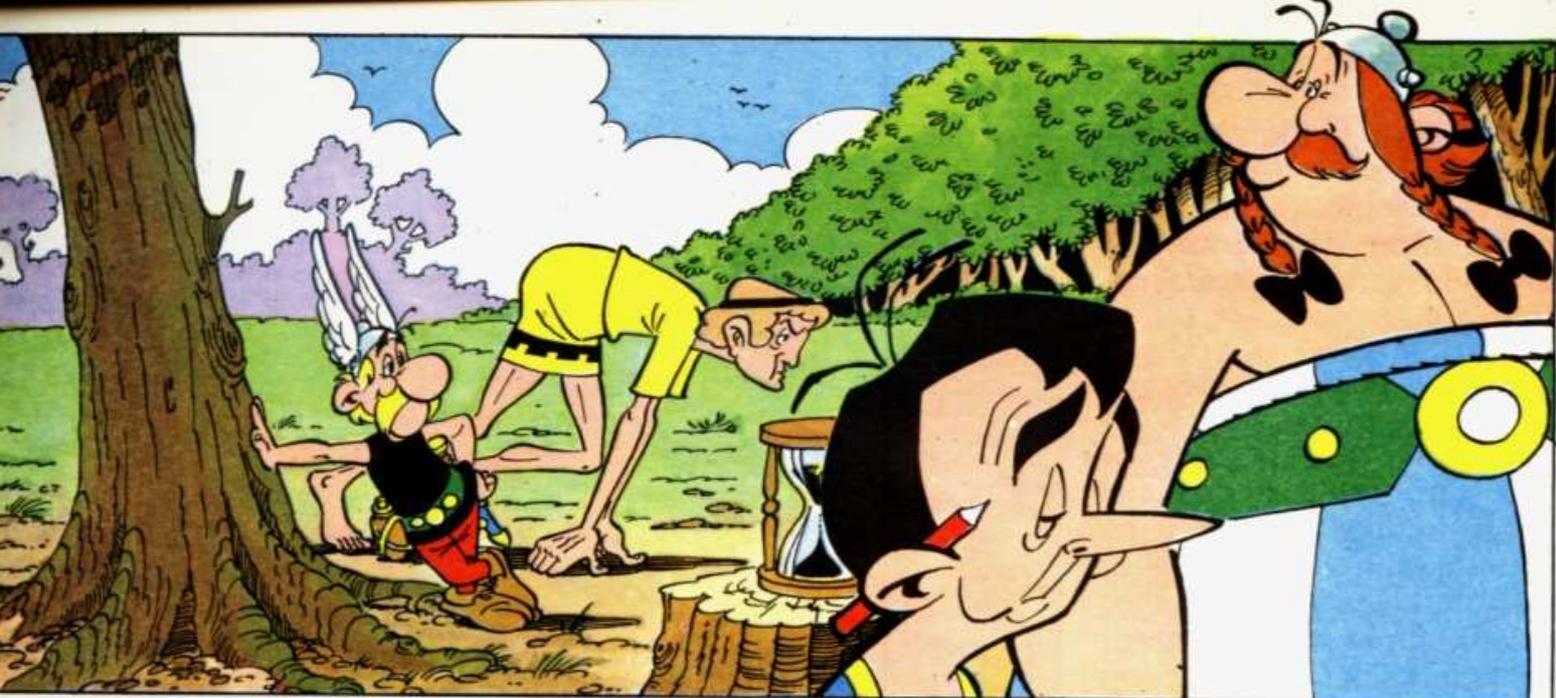
De hecho, Seguroatodoriesguix había previsto cantar alguna cosa para saludar la partida de los héroes, pero desgraciadamente un puño de buen tamaño se ha interpuesto entre este deseo y su realización. Llegado a este punto del relato, el narrador les ruega a ustedes imaginar al artista, con la lira en torno al cuello, dejado K.O. en un rincón por un habitante del pueblo, irremediablemente alérgico a "la nueva canción gala"...

Mas he aquí que ya avanza Pupus, con su aspecto siempre juguetón: "Para la primera prueba, seguidme por favor", y se lleva a nuestros amigos hacia el bosque.

Un extraño personaje está allí, inmóvil. "Es Merinos, venido de Marathòn, explica Pupus. Ha vencido a todo el mundo en los Juegos Olímpicos. Es más rápido que el caballo, más rápido que el viento cuando sopla en tempestad. Uno de vosotros tendrá que vencerle en una carrera." "Ve tú, Astérix. Eres más rápido que yo", concede con objetividad Obélix. "Eres más rápido que el caballo que sopla en tempestad..."

Tras tan galanas palabras, Obélix y Pupus se alejan. "Os espereemos al otro lado del bosque, en la meta. Saldréis cuando la arena de este reloj haya fluido." Astérix se queda solo con Merinos, el marathoniano, siempre inmóvil, siempre en su posición de partida. A la espera de que toda la arena del reloj haya fluido, dando así la señal de la salida, Astérix trata de pegar la hebra con su adversario.





“Vaya, de modo que eres campeón olímpico... Qué interesante. Nosotros también organizamos juegos en el pueblo. Pero, claro, como bebemos todos poción mágica, no hay mucho “suspense”... ¿Me escuchas, o qué?”...

“No... Bueno, en fin... Decía que no es muy interesante, porque llegamos todos al mismo tiempo y hay que hacer un sorteo para saber quién ha ganado. La verdad es que yo no necesito beber poción mágica para correr, siempre he sido muy rápido en carrera y... ¡Eh! ¿A dónde vas? ¡¡¡Espérame, hombre!!!”

Pero Merinos nada escucha. Habiendo fluido la arena, toma la salida. ¡Un verdadero bólido! Los pájaros que le ven pasar se quedan con las plumas de punta. Entonces Astérix saca su cantimplora de poción mágica. Bebe un trago...

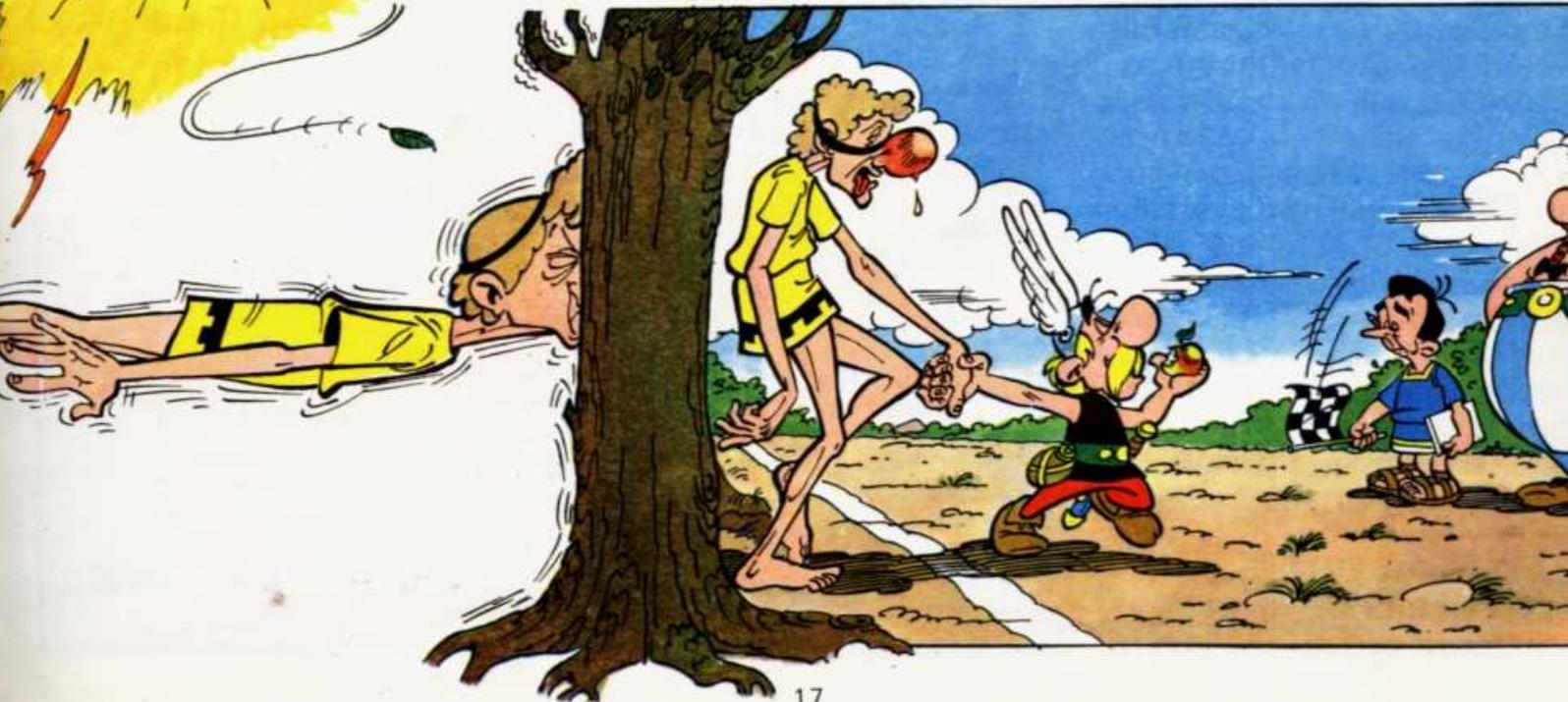
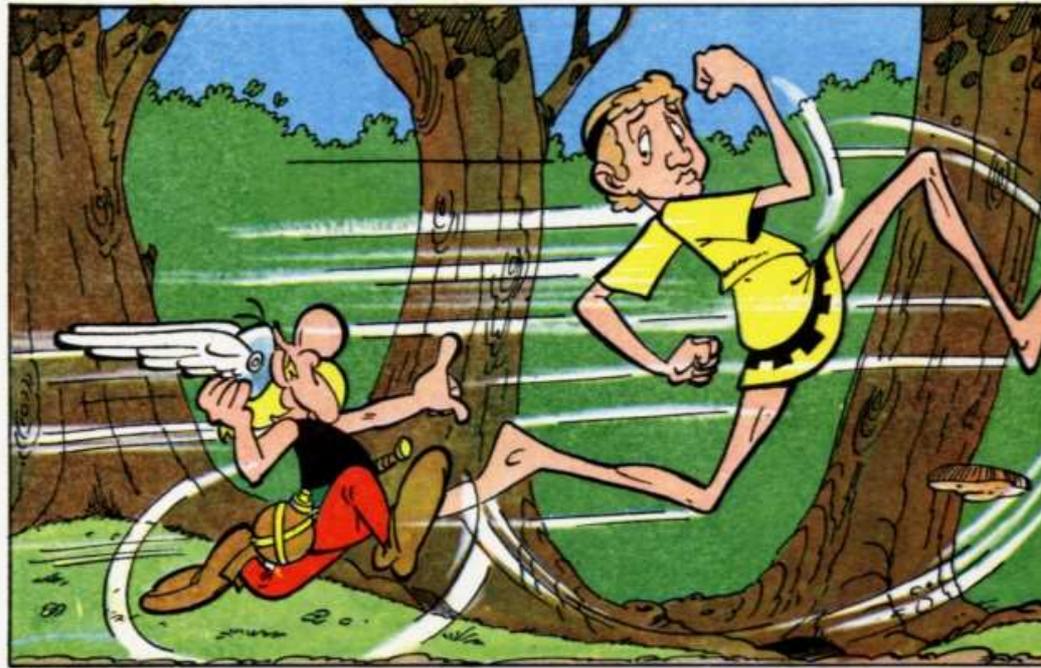
...y ya ven ustedes el resultado en el centro de la página. Es bastante impresionante ¿verdad? En todo caso, el que se queda verdaderamente impresionado es Merinos, el cual, hendiendo el aire como un obús, tiene la sorpresa de oír a Astérix decirle de repente: “¡Has arrancado muy bien, muchacho! Has estado a



punto de sorprenderme. Es verdad, mientras hablábamos, yo no miraba ya el reloj de arena, y..." Al oír esto, Merinos acelera. Resuena entonces una doble detonación. ¡Merinos ha pasado el muro del sonido! ¿Y Astérix? Pues Astérix desaparece un instante y lo volvemos a encontrar a la altura de un Merinos que ha perdido por completo su impasibilidad. "Me he retrasado un poco, se excusa casi nuestro amigo. He encontrado algunas setas... También me gustan las flores..."

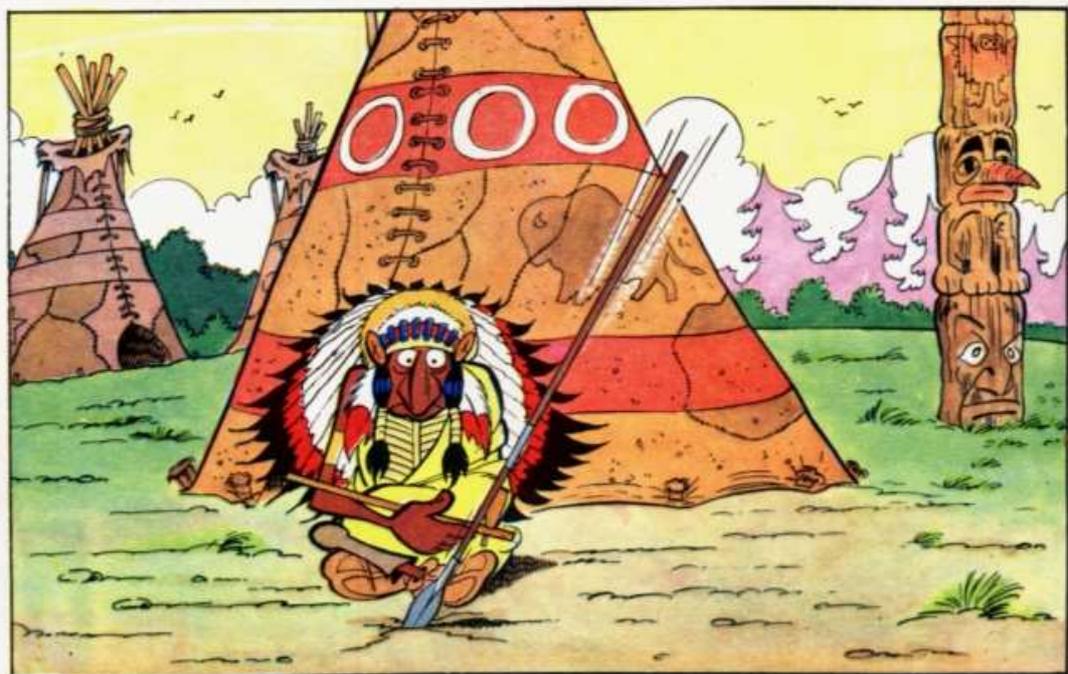
Es más o menos entonces cuan-

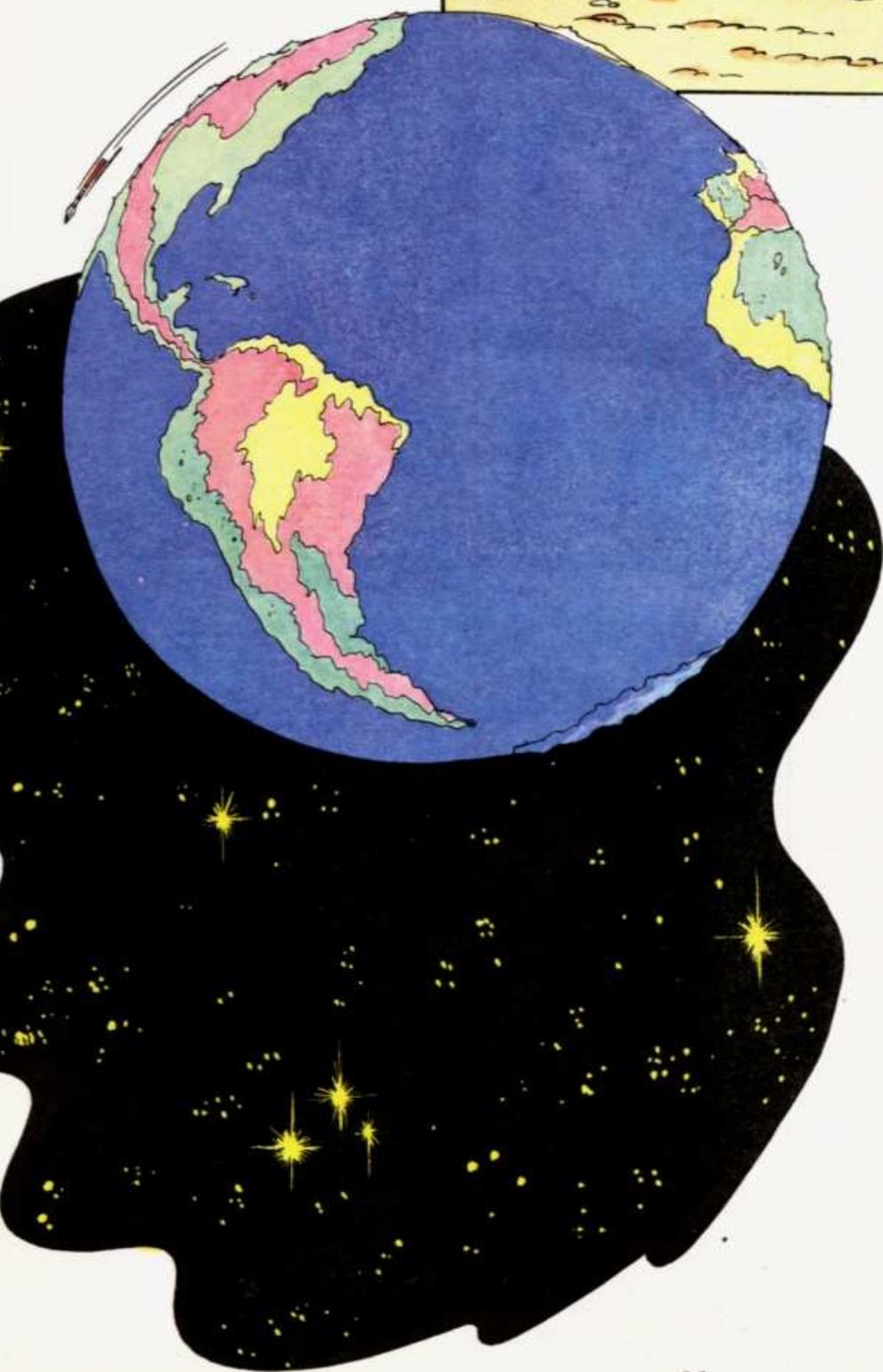
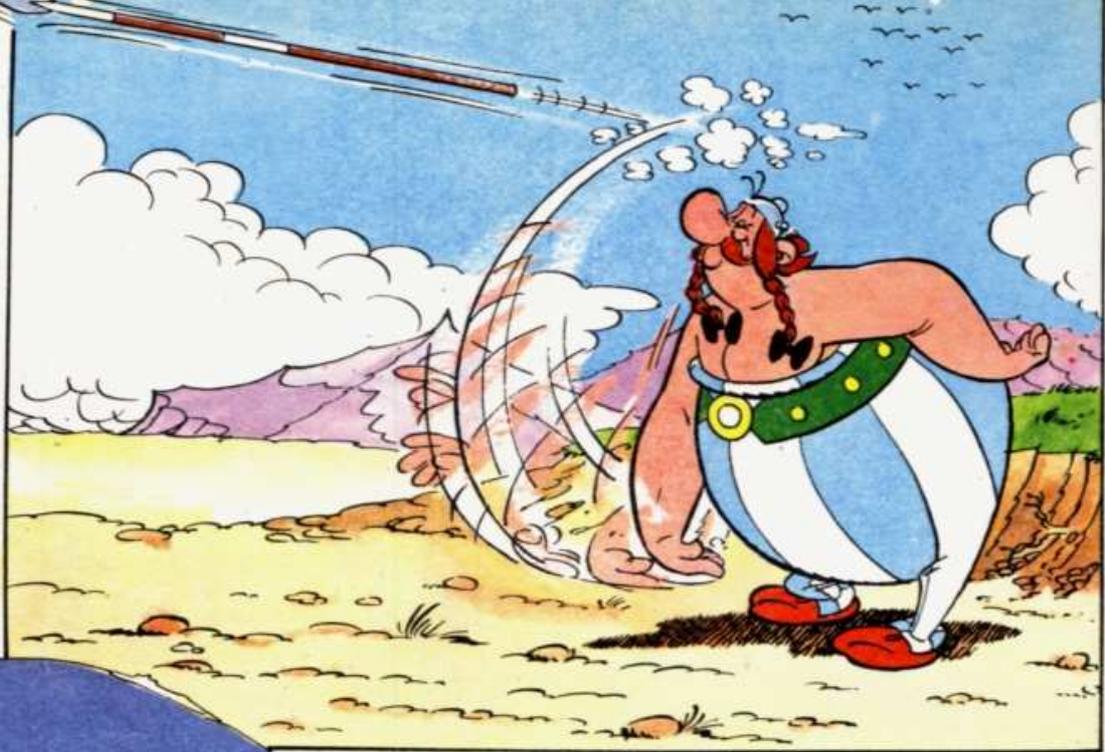
do se oye un "¡¡¡Pafff!!!". extremadamente violento. Merinos acaba de chocar con un árbol. Su nariz se hace enorme. Como un boniato. Al otro lado del bosque, Pupus agita una bandera y Astérix, muy "fair-play" con Merinos de la mano, franquea la línea de llegada como vencedor. "Es extraño, comer Obélix, la carrera ha mejorado el perfil de Merinos. Ahora le ha quedado una verdadera nariz de gallo..." Pupus hace un trazo sobre la lista de las pruebas. "Primera prueba lograda. Pasemos a la siguiente..."





Abandonando a Merinos, al que adelanta una tortuga, Pupus, Astérix y Obélix han llegado ante un hombre que espera en la pradera. Un tipo curioso, en verdad. Lleva un gorro y tiene una barba rizada, pero lo más extraordinario es que su hombro y su brazo derechos están mucho más desarrollados que su hombro y su brazo izquierdos. Cerca de él, dos jabalinas están plantadas en el suelo. Con su voccecita neta, precisa y neutra, Pupus hace las presentaciones: "He aquí a Kermés el Persa. Es el más prodigioso lanzador de jabalina que ha





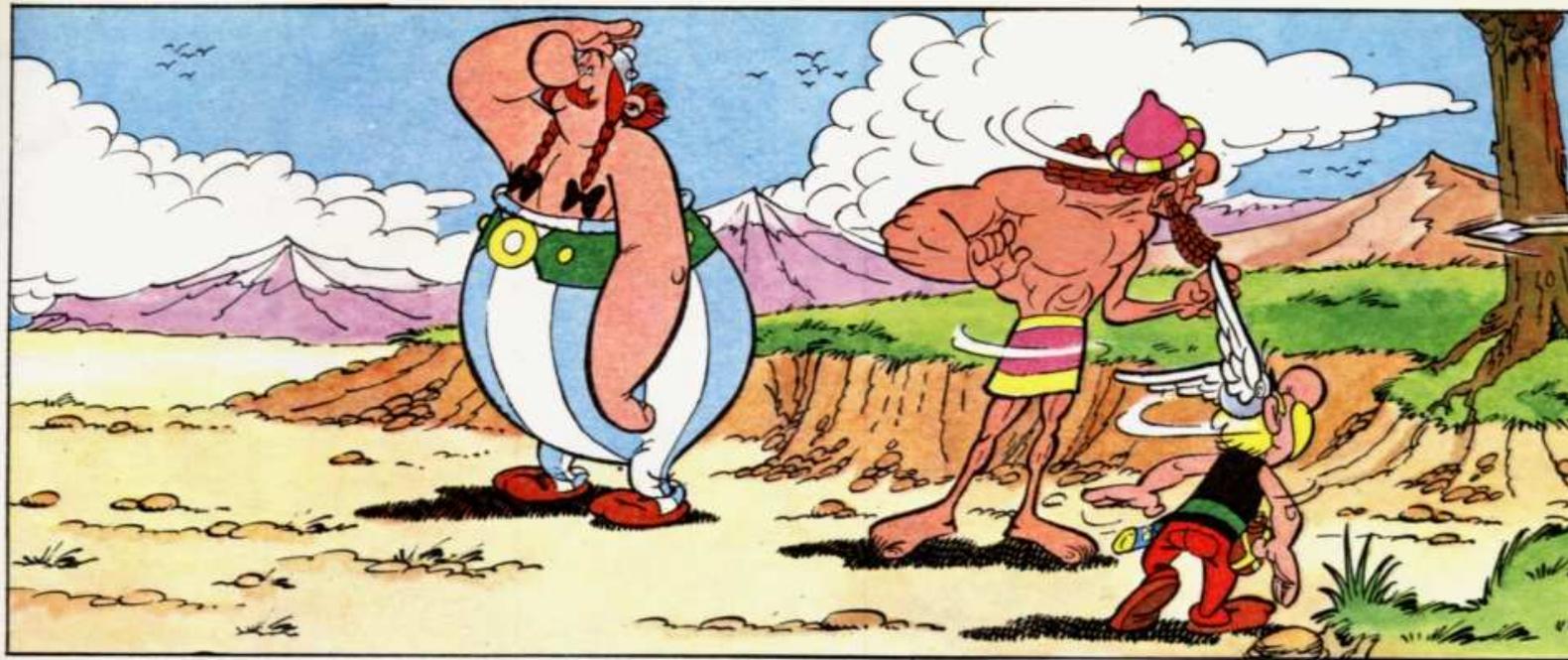
Kermés el Persa, seguro de sí mismo y de su victoria, tiende ahora la segunda jabalina a nuestros amigos.

“¡Déjame probar, Astérix!”

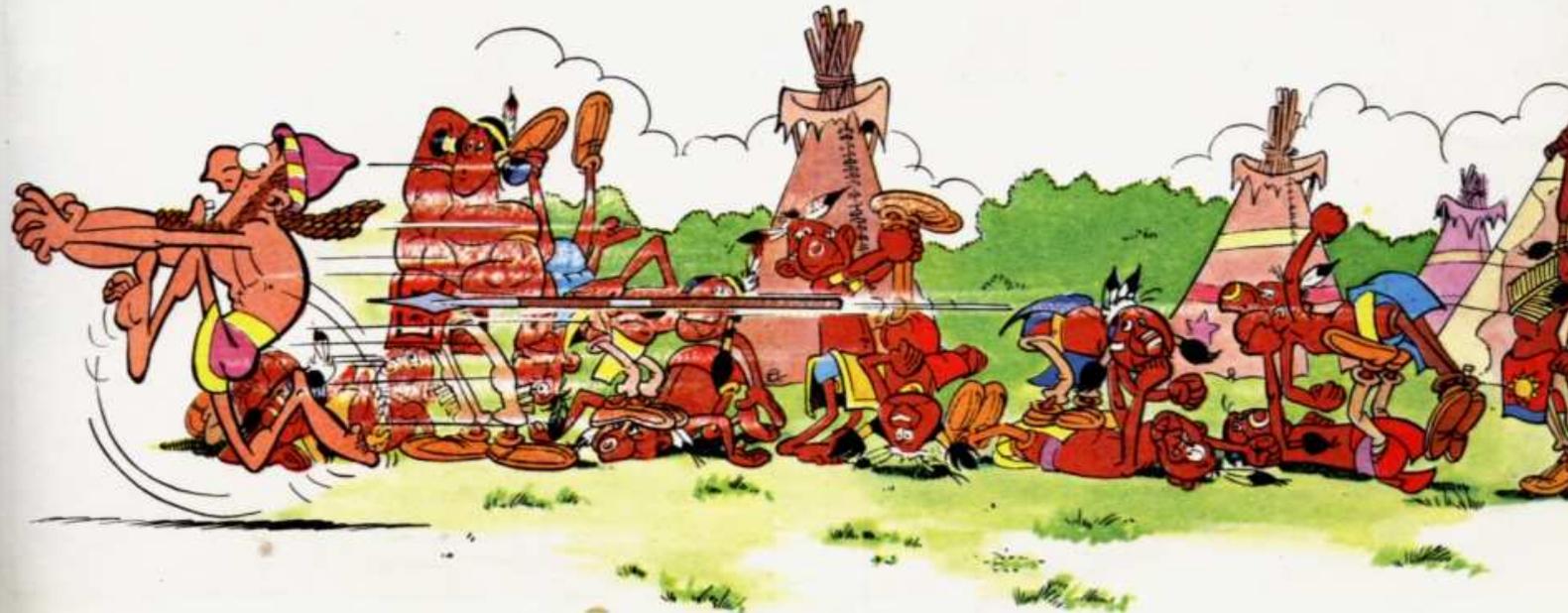
“De acuerdo, Obélix. Pero lánzala fuerte. ¡Lo más fuerte posible!”

“¡Ahora verás!”

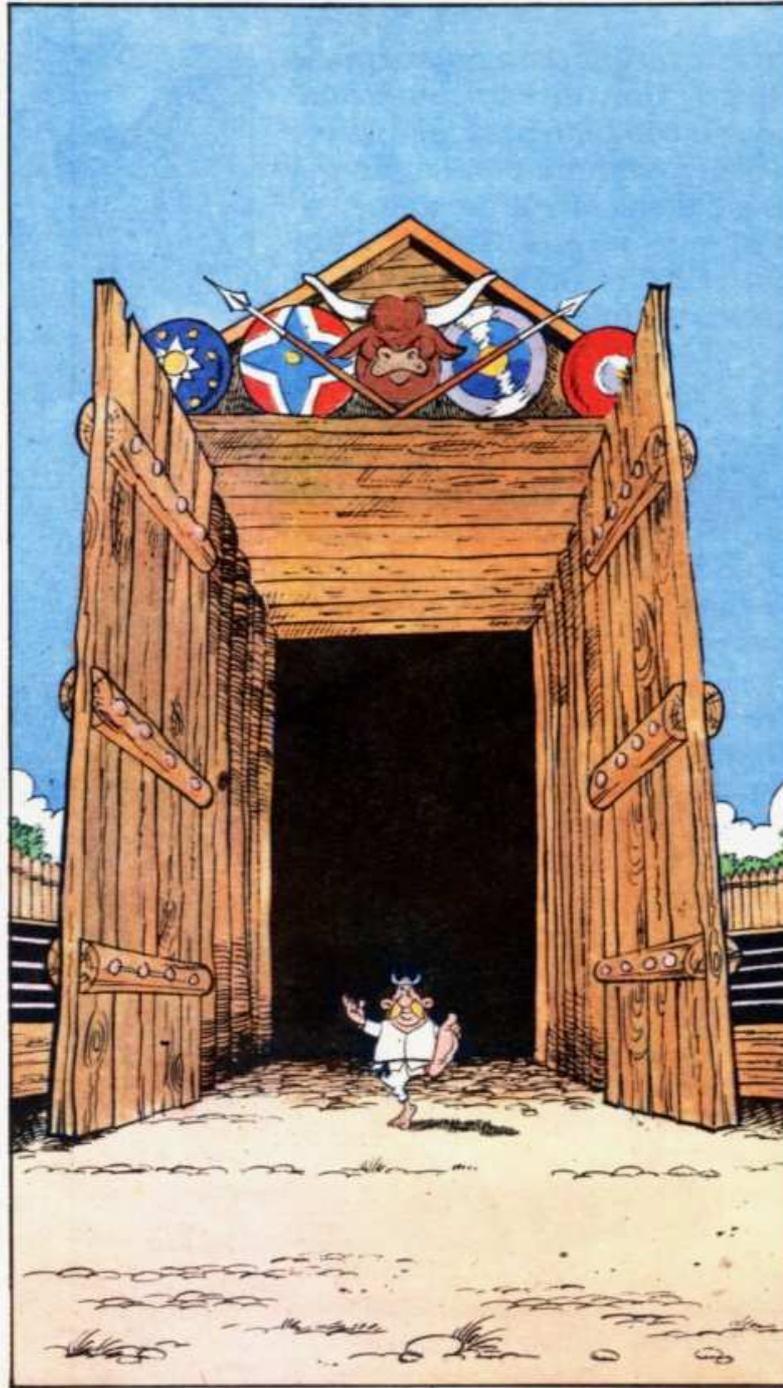
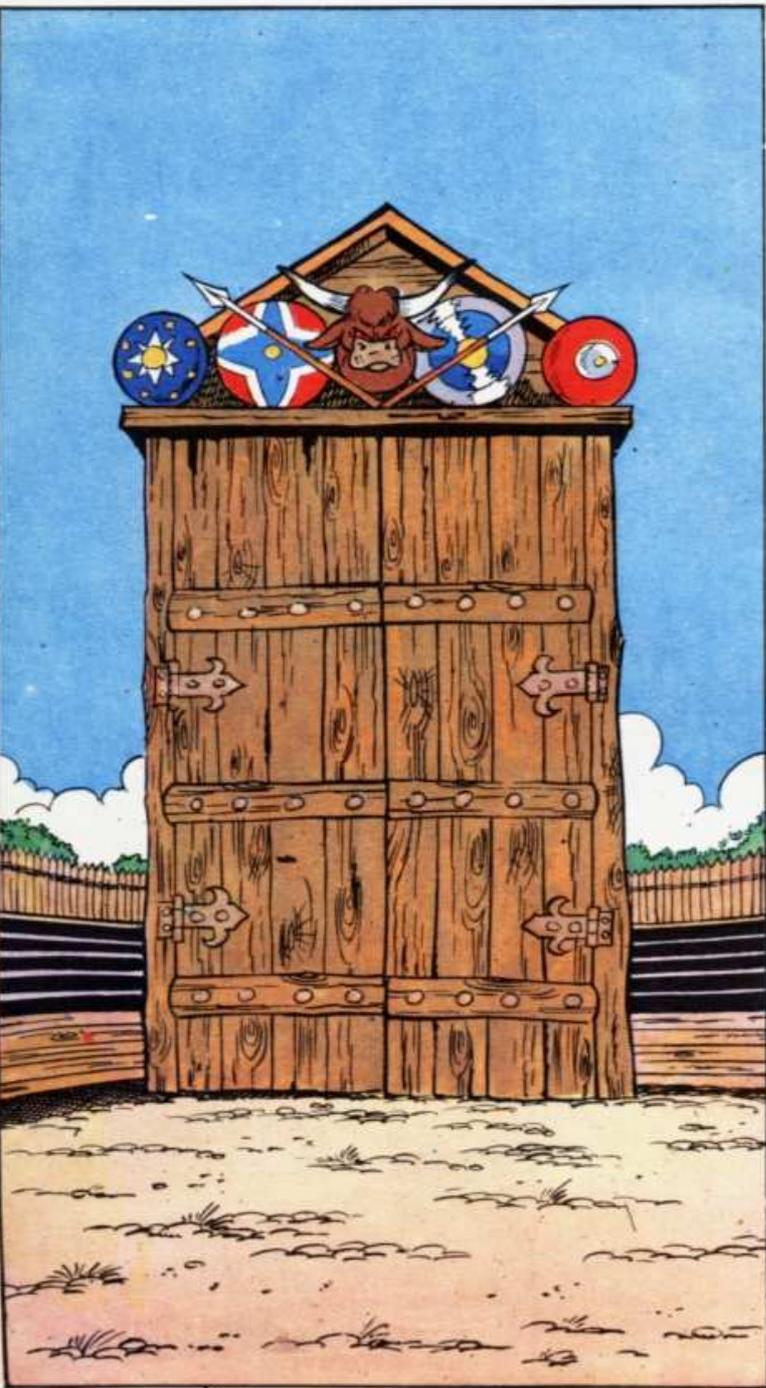
Obélix ha tomado la jabalina y, bajo la mirada irónica de Kermés que encuentra que no toma verdaderamente mucho impulso, la lanza. Pasa un momentito. La jabalina ha desaparecido en las nubes. Astérix, Obélix y Kermés están en línea, probando de seguirla con los ojos. De repente, Astérix se vuelve y grita: “¡Atención!...” Kermés se vuelve igualmente y lanza un largo aullido de terror. La jabalina lanzada por Obélix ha dado, en efecto, la vuelta al mundo y he aquí que vuelve hacia Kermés. Éste echa a correr, pero la jabalina ha sido lanzada (sin que lo parezca) con tal fuerza por Obélix, que obliga a Kermés a correr un buen rato para evitarla. Mucho rato. Tanto rato que, la una persiguiendo al otro, los “viajeros” acaban por alcanzar el campamento donde los indios (entre los cuales tenemos la ale-



gría de reconocer a nuestro viejo amigo Umpah-Pah) interrumpen su combate para ver pasar a Kermés, siempre perseguido por la jabalina. Mientras tanto, Pupus, que se está diciendo que puede haber para rato, llama a nuestros amigos.



VÁIS A AFRONTAR A
CYLYNDRIX EL GERMANO.
NINGUN NINGÚN LUCHADOR,
NINGÚN GLADIADOR, HA
PODIDO VENCERLE.



Volvemos a encontrar a nuestros amigos en el interior de un estadio. Mostrándoles al fondo una puerta gigantesca, Pupus explica: "Ahora afrontaréis a Cylindrix el Germano. Va a entrar por esta puerta."

-¿Has visto, Obélix, el tamaño de la puerta? ¡Debe ser de los gordos, Cylindrix el Germano!

-¡Bah! ¡Cuanto más gordos, más me gustan!

Pero ya resuena un gong y los enormes batientes de la puerta empiezan a abrirse... ¡Suspense!...

Entra entonces en la arena, un hombrecillo jovial que lleva atuendo de judoka y la amable pancita retenida por un cinturón negro.

-¿Y esto es Cylindrix el Germano? exclama Astérix.

-Déjamelos, Astérix. Me lo acabo en seguida y pasamos a la prueba siguiente.

-Sí, pero desconfía... Debe haber algún truco... Va vestido de una forma rara...

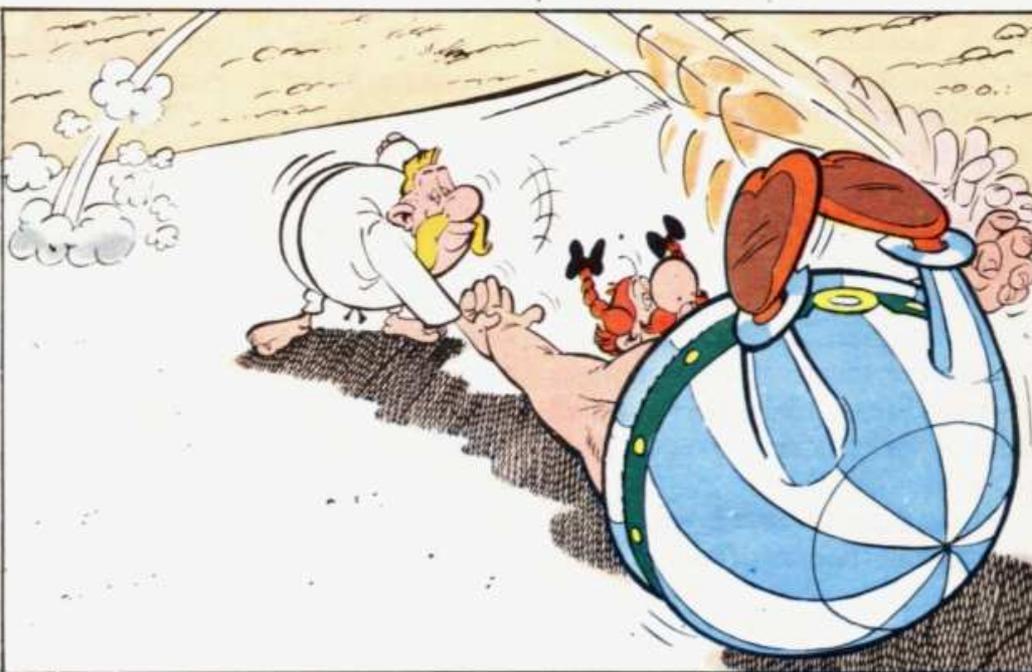
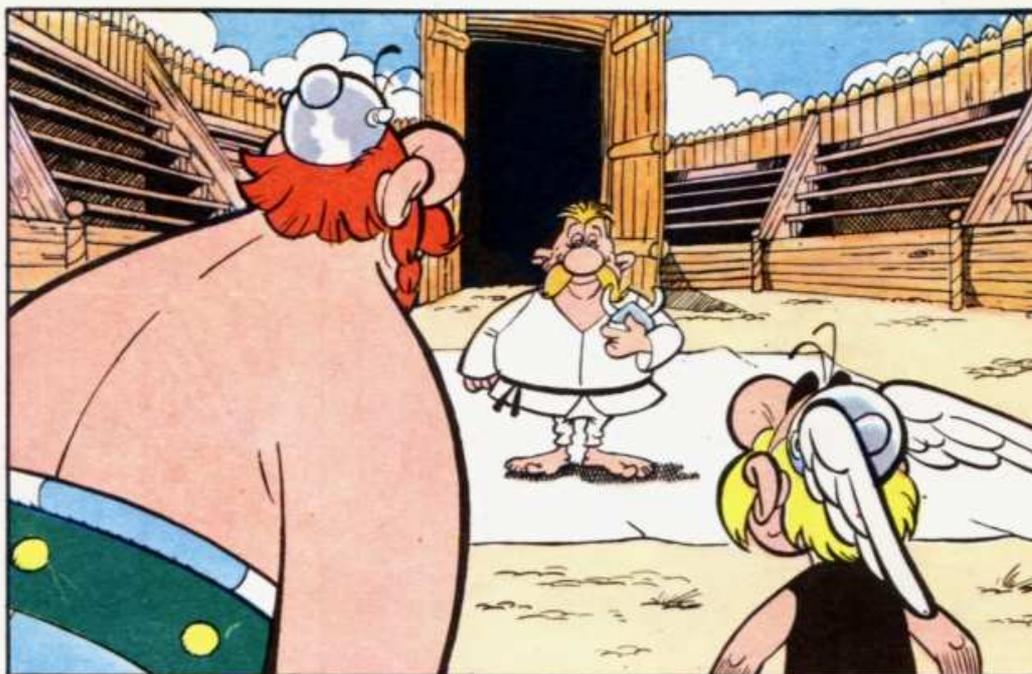
-¡Bah! El hábito no hace al druida... ¡Vas a ver!

Y con paso decidido, Obélix se dirige hacia la alfombra que se encuentra en el centro del estadio. Siempre jovial, el Germano se inclina ante él.

-¡Ach! ¡El gordo *capallero bri-mero!*

-¡¡¡No estoy gordo!!!

Furioso, Obélix se lanza adelante. De un gesto, el Germano se apodera de su brazo y lo levanta. Después, sin soltarlo, haciéndole voltear por encima de su cabeza, se pone a sacar el polvo de la alfombra con aquel corpachón. Todo ello, con un ritmo muy regular. Paf, paf, paf, paf...





Asterix avanza entonces e inicia un diálogo con Cylindrix que continúa sacudiendo a Obélix con gran entusiasmo.

Asterix (admirativo): Es formidable este tipo de lucha. Nunca vi nada parecido.

Cylindrix, (regocijado, pero modesto): —¡Ach, ja! He *abrendido* el hacer un *fiaje*. Un gran *fiaje*, muy muy lejos. ¿Tú *querer propar*?

Asterix (entusiasta y goloso): —¡Oh, sí!

Mientras Obélix va a parar definitivamente fuera de la alfom-

bra, Cylindrix y Asterix quedan cara a cara y el Germano empieza su curso:

—¡Es muy simple! ¡Se *utilisa* la fuerza del *adfersario* para *fenecerle*! Cuanto más fuerte es el *adfersario*, *megor*.

—Muy simple, muy simple... Dices esto porque tú eres muy fuerte.

—¡Nein! ¡Nein! Te lo *aseguro*. *Famos a propar*. Yo *foy* hacia tí, tú tomas mi mano y *utilisas* el *mio* impulso...

Cylindrix avanza entonces hacia

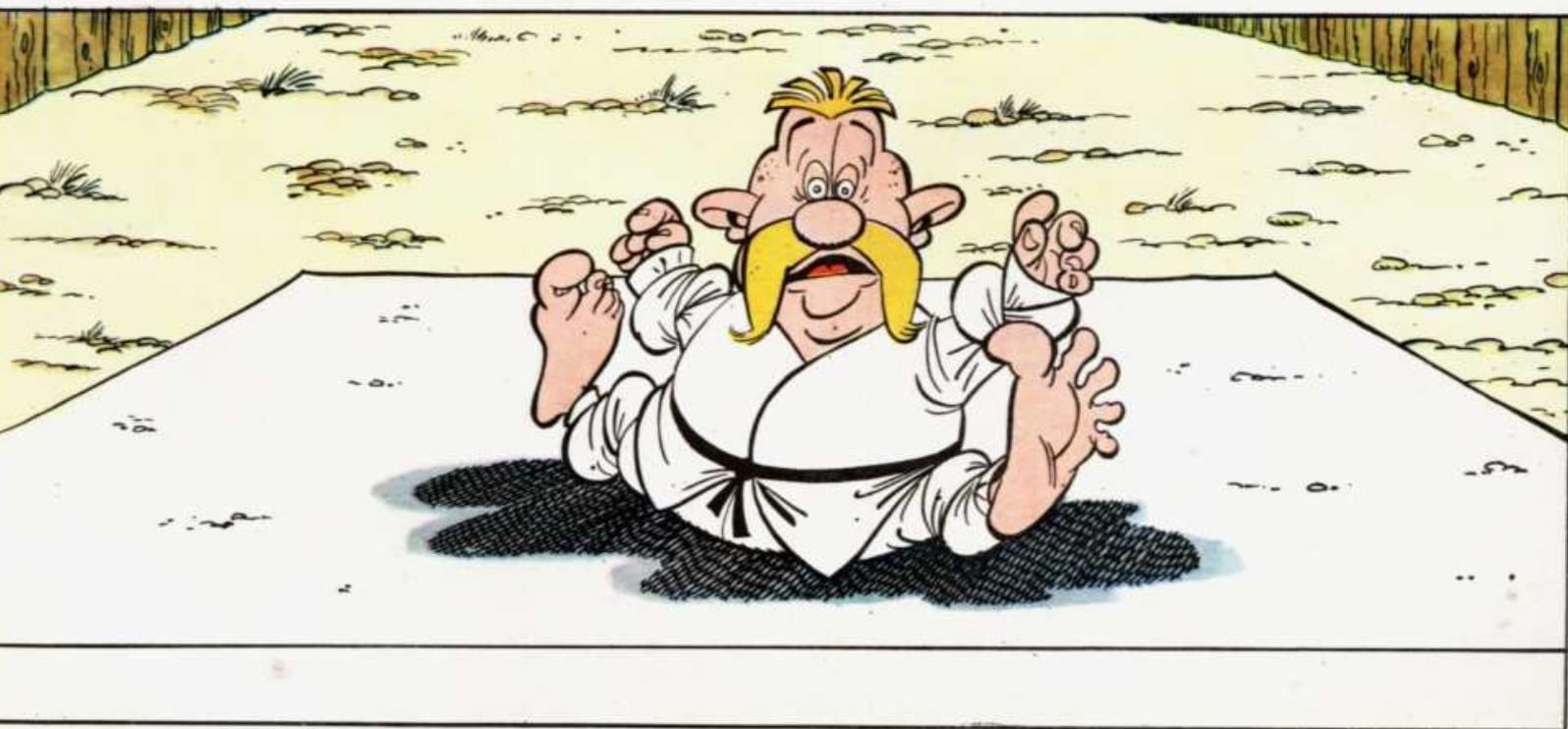
Asterix, el cual apoderándose del brazo del Germano, se pone a su vez a sacarle polvo a la alfombra.

—¿Así?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Muy bien! ¡Has comprendido! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Y Asterix, en plan de dócil alumno, obedece bajo la mirada turulata de Obélix, no vuelto aún en sí de sus emociones.

—¡Pueno! ¡Y ahora, me aplastas sobre la alfombra y aprovechando que estoy aturdido, saltas so-





bre mi esbaldá! ¡Sí! ¡Perfecto!
¡Muy bien! ¡Ja! ¡Y ahora, saltas
sobre mi frente!...

—¿Así?

—¡Ja! ¡Muy bien! ¡Tu tomar mi
prazo, así, ja!... Und las biernas
así también... ¡Bien! ¡Bien!
Y ahora, ves, ya no me puedo
mofer. Estoy atrapado... Tú
has...

En aquel instante, Cylindrix el
Germano se interrumpe. Ya no
está jovial. Acaba de darse cuenta
de que le han tomado el pelo

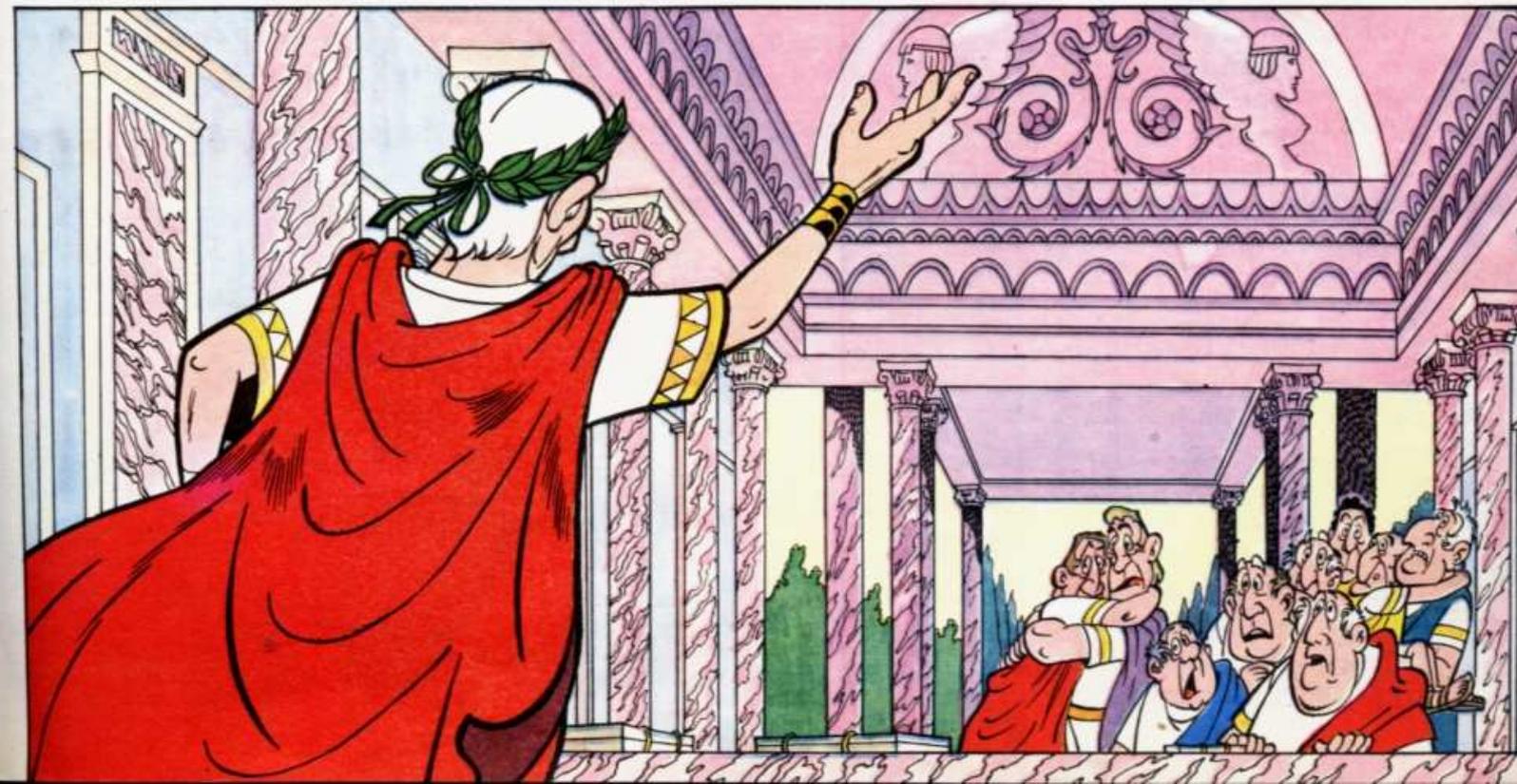
y es con voz mortecina que con-
cluye... —Tú has... ¡Tú has fen-
cido!

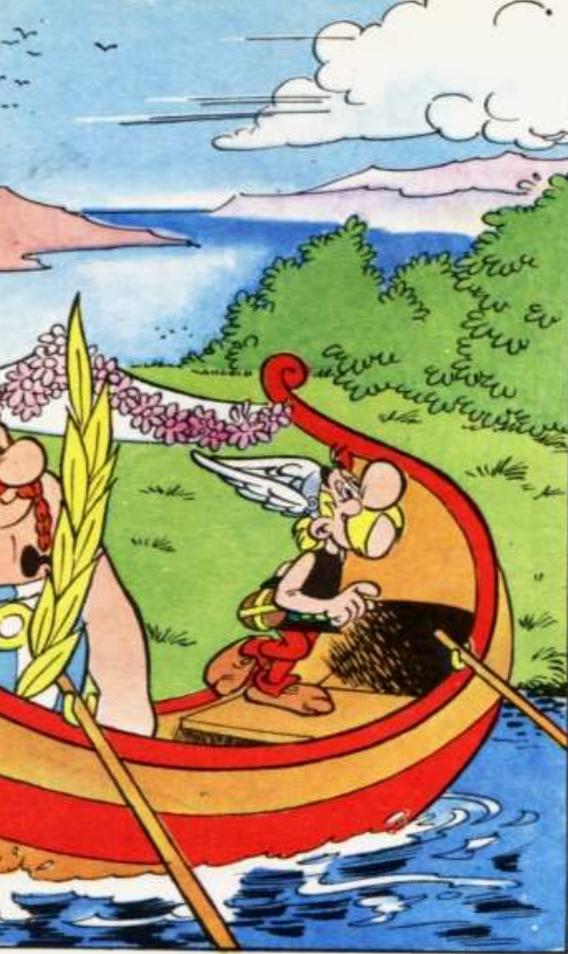
Simultáneamente, en los grade-
ríos, Pupus, impasible, traza una
nueva raya sobre la lista de las
pruebas. En Roma, en cambio,
el ambiente nada tiene que ver
con la *imbasibilidad* (perdón, la
“impasibilidad”), porque César
acaba de enterarse del resultado
de las primeras pruebas.

—Esto no demuestra nada. Sólo
se trata de naderías, pero aho-

ra... Ahora... ¡¡¡Tendrán que en-
frentarse con las sacerdotisas de
la Isla del Placer!!!

Ájéjmonos un poco porque, en
este momento, César acaba de
soltar una risotada absolutamen-
te histérica. No somos, por
otra parte, los únicos en haber
tenido este movimiento de rí-
troceso: ¡miren ustedes, y se
convencerán, la cara que pone
los pobres consejeros en el ex-
tremo de la mesa!





Mientras la risa de César resuena aún, volvemos a encontrar a Astérix y a Pupus al borde de un lago en medio del cual se ve una islita. Mostrando el agua, Pupus explica: —Tenéis que atravesar el lago. Yo os esperaré al otro lado. En mi opinión (¡es la primera vez que la da!), resulta impensable que tengais éxito. Aquí hay una barca. Servidor.

Y Pupus se va, dejando solos a nuestros amigos que, pronto, se embarcan y empiezan a remar.

—Oye, Astérix, esta prueba es una filfa. En seguida vamos a estar al otro lado.

—Seamos prudentes, Obélix... Nunca se sabe.

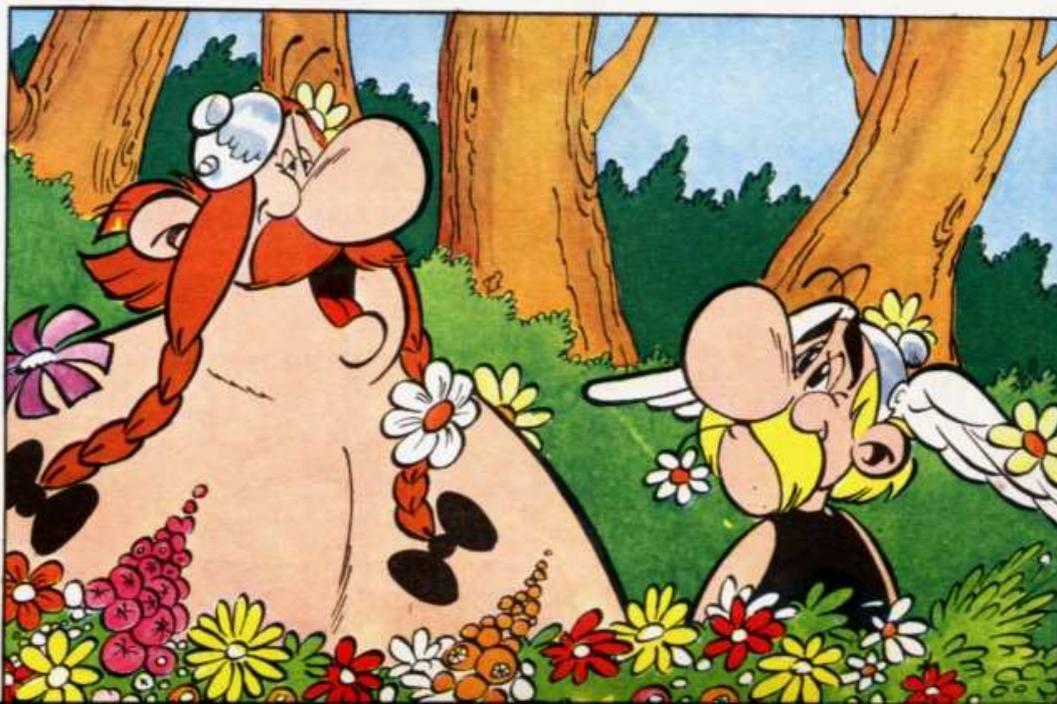
Entonces, un canto extraordinariamente melodioso interrumpe el diálogo de los dos galos. Los cantos vienen de la islita en el centro del lago. Sin necesidad de avisarse, a un unísono que hubiera hecho la admiración de los condenados a galeras de Luis XIII, nuestros dos amigos se ponen a remar a velocidad increíble. Cuando desembarcan (¡rui-

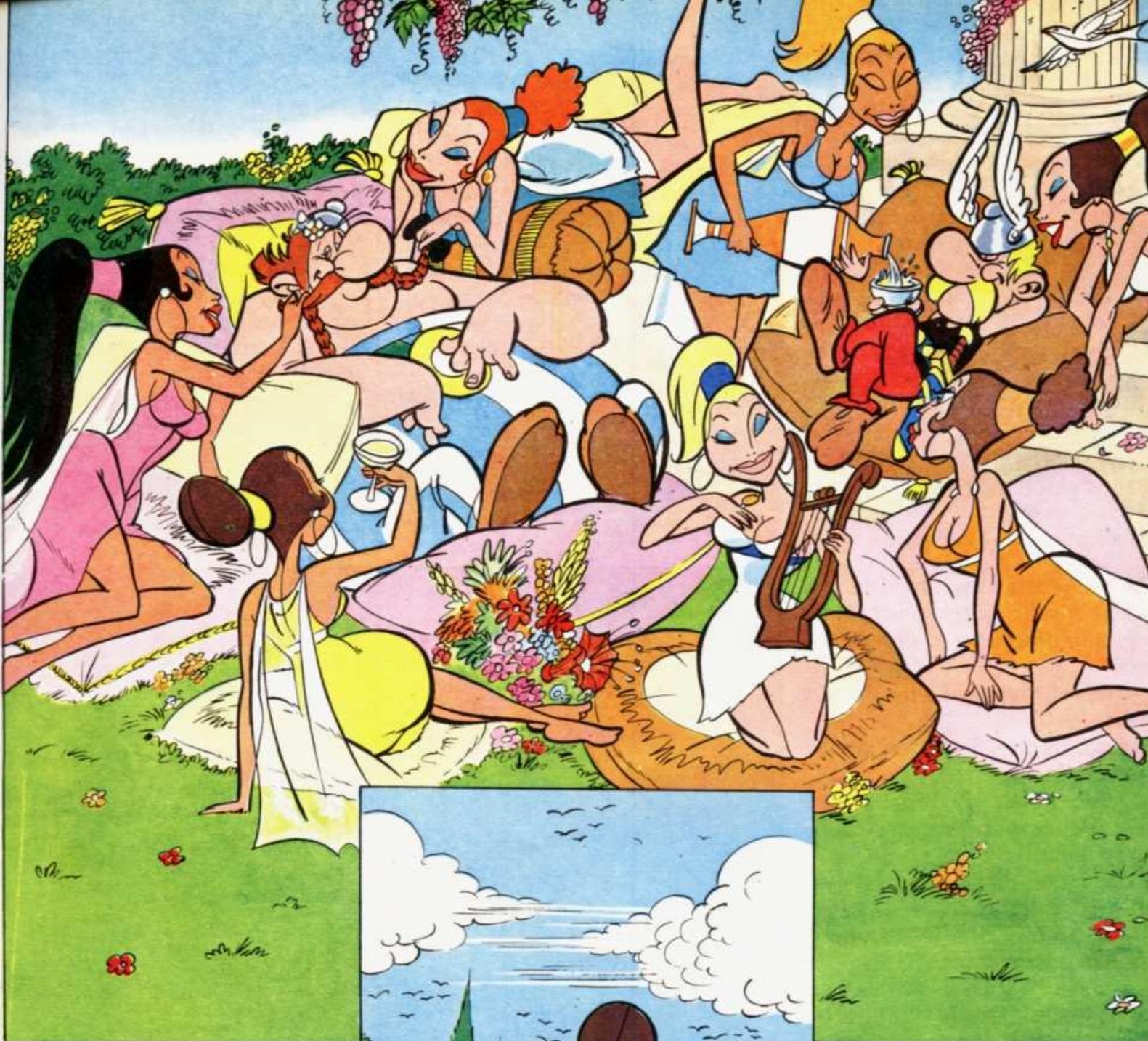


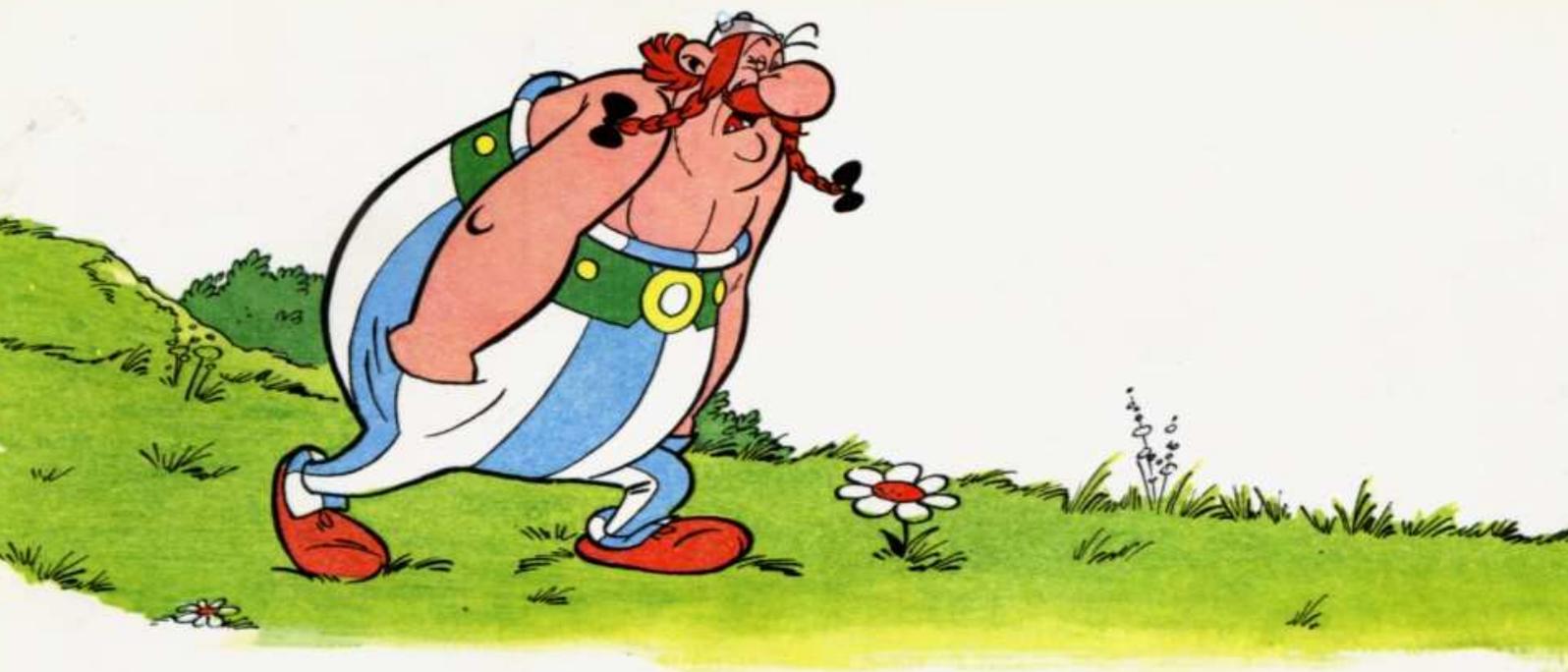
dosamente!), son acogidos por un grupo de muchachas encantadoras. El aspecto de la isla es por otra parte muy sugestivo: flores por doquier, animales músicos y mariposas que vuelan al ritmo de la música. Una de las chicas (en ese tono de voz que, más tarde, han adoptado las señoritas que se encargan de la información en los aeropuertos) se dirige entonces a ellos: “Sed

bienvenidos a la Isla del Placer. Os esperábamos. Venid... Para Astérix y Obélix empieza una estancia inolvidable. Mientras unas muchachas les cubren de flores, otras bailan para ellos (¡unas sambas divinas!) y otras aun les sirven bebidas. Es el paraíso (¡perdón, el Olimpo!). En un momento dado, una de las chicas —se trata de la gran sacerdotisa— se acerca a Obélix. Es toda ternura y afecto cuando, tras un beso, le interroga: “¿Y ahora, bello guerrero, qué deseas?...”

La respuesta de Obélix es más prosaica: “¡Comer!” y precisa: “¡Comer jabalí!” “¿Comer qué?” (el tono es menos afectuoso) “¡Jabalí!”







—Te encuentras en una isla del placer, la gran sacerdotisa te pide lo que deseas ¿y tú deseas comer?

—Pues sí, mira... Es un placer, comer.

—Bueno, bueno. Tenemos néctar y ambrosía.

—¿Qué? ¿Nec...? ¡No! ¡No! Nada de esas porquerías. ¡Yo quiero jabalí!

—Ya te lo he dicho: ¡no hay jabalíes en nuestra isla!

—¿Que no hay jabalíes y queréis que me quede para siempre en esta isla? Pero, bueno...

¡¡¡¿Acaso estáis locas?!!!

¡Naturalmente, las otras muchachas se mezclan en la conversación!

—¡Oye, gordo! No te habrás creído que voy a cocinar para ti, ¿verdad?

—¡Y de paso lavaré los platos, si te parece!

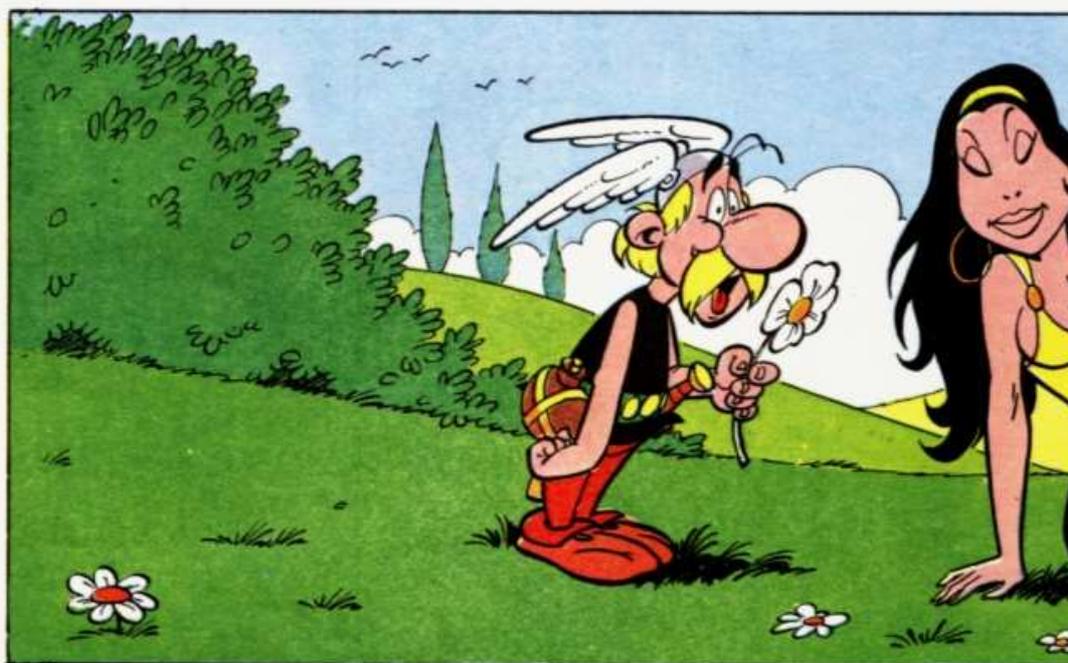
—¿Y limpiar la casa...?

—¡¿Y traerte las zapatillas?!...

Al oír enumerar todos estos horrores, la gran sacerdotisa ya no puede aguantar más. Muestra el dedo a Obélix con un dedo enérgico: “¡Hala! ¡Largo de aquí!...”

No le es necesario repetir su gesto. Obélix, furioso, se dirige a grandes zancadas hacia la orilla.

“¡Claro que me voy, por Tuta-tis! ¡No hay jabalíes y se atreven



a llamar esto la Isla del Placer!
¡Ja! ¡Ja!”

Entretanto, Astérix, con la nariz metida en una flor y los ojos perdidos en una ensoñación de formas armoniosas, nada ha oído de tan tempestuosa explicación.

Pasando por su lado, Obélix le lanza: “Ven, Astérix. No nos entretengamos. Esto no es más que un tabernucho de mala muerte...” y se lanza al lago. Astérix, que no parece estar en su estado

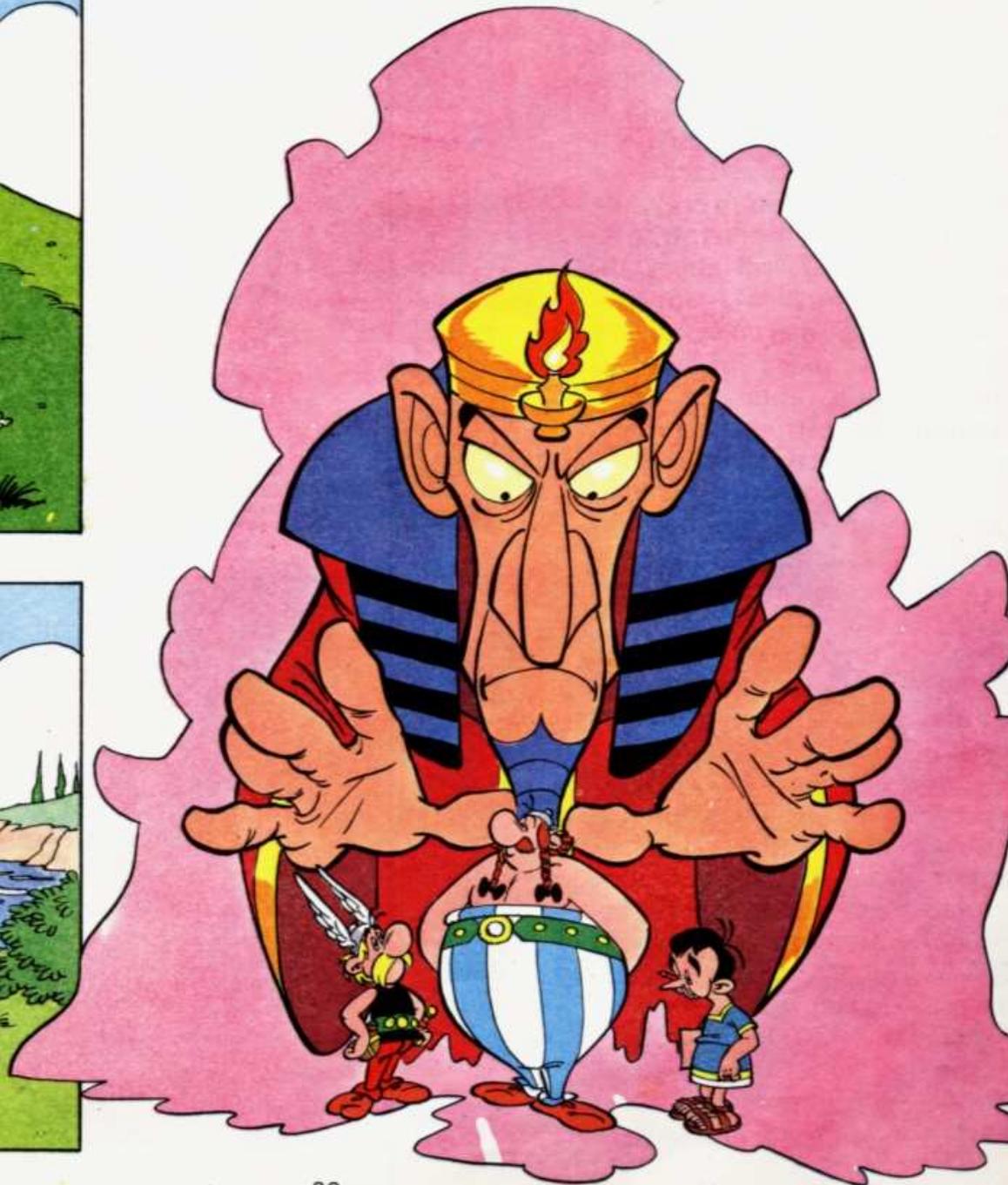
normal, se vuelve hacia donde Obélix ha desaparecido. Da un paso vacilante en aquella dirección, pero la gran sacerdotisa que ha vuelto a encontrar su encanto y su voz melodiosa, se acerca a él, tentadora. “Déjale marchar... Quédate con nosotras... Te haremos probar todos los placeres del Olimpo...”

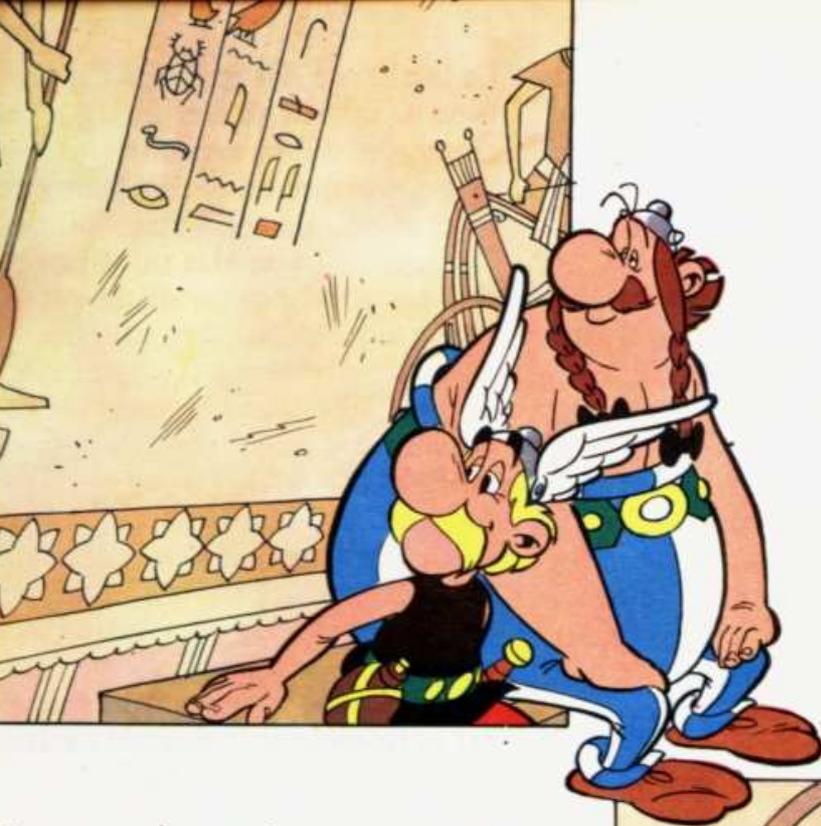
¡El suspense se hace entonces intolerable!

¿Acaso va a sucumbir Astérix? Todo el mundo contiene el aliento... hasta que un lejano vozarrón se deja oír: “¡Astérix!”

Es Obélix, y Astérix, por fin de pie, salta a su vez al lago. La situación debía ser muy interesante, porque en el momento que entra en el agua, se oye: “¡Pschiit!” y se alza un vaporillo, como si acabaran de meter en el agua algo muy caliente. Algunas brazadas, agradablemente refrescantes, más lejos volvemos a encontrar a nuestros amigos al lado de Pupus que, con un trazo de su estilete, tacha otra línea de su lista de pruebas, antes de mostrar con el pulgar, un pequeño templo de arquitectura claramente egipcia.

—Ahora vais a tener que soportar la insostenible mirada de Ir... el mago venido de Egipto...





¡Les toca a ellos! Viéndoles avanzar, Iris alza los ojos. “¿De qué se trata?... ¡Ah, sí, los dos galos...! Os esperaba... Tú, el pequeño, colócate ahí, por favor...” E Iris hace que Astérix se siente de cara a él. Sus ojos se encienden como faros. Son resplandecientes. “¡Por Osiris y por Apis, mírame bien! ¡Mírame...!”

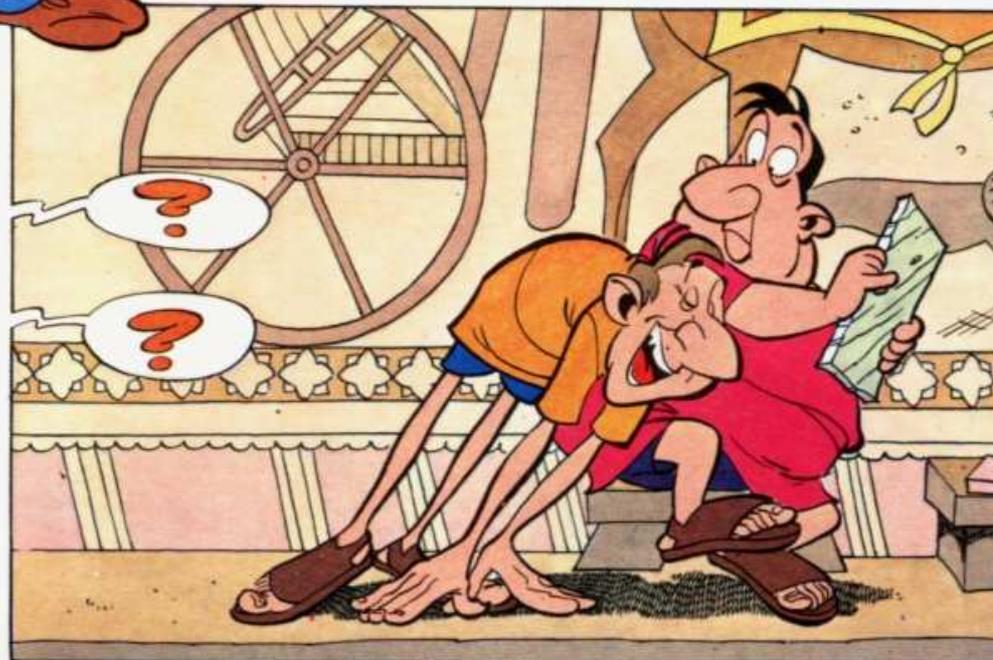
Pero Astérix no le deja continuar. Admirativo, interroga: “¡Atiza! Y eso de los ojos, ¿cómo consigues hacerlo?” “¡Silencio, galos!”

La voz de Iris es terrible, su mi-

Nuestros dos amigos entran en el templo y se encuentran en un vasto local que es manifiestamente una sala de espera. Un hombrecillo ya está instalado allí, leyendo. De la estancia vecina llega una voz impresionante: “Por Osiris y por Apis, mírame bien... ¡Tú eres ahora un gato! ¡Sí, un gato!” Hay un corto silencio, la puerta se abre y sale a cuatro patas un curioso personaje que, antes de dejar el templo, se restriega maullando contra la pierna del hombrecillo que esperaba mientras leía.

“¡El siguiente!” El hombrecillo en cuestión se levanta entonces y entra en el gabinete del mago. La voz de Iris pronto se alza de nuevo: “¡Por Osiris y por Apis, mírame, mírame bien! ¡Por Osiris y por Apis, tú eres ahora un pájaro! ¡Sí, un pájaro!...”

De nuevo hay un corto silencio inquietante y después la puerta se abre lentamente y vemos al hombrecillo lector salir volando. Da una vuelta por la sala de espera y se aleja en largo vuelo planeando... Un detalle, mientras tanto, preocupa a Obélix: “¿Has visto, Astérix?... Volaba bajo. Esto quiere decir que va a llover, y...” Pero la ronca voz de Iris, resuena: “¡El siguiente!”

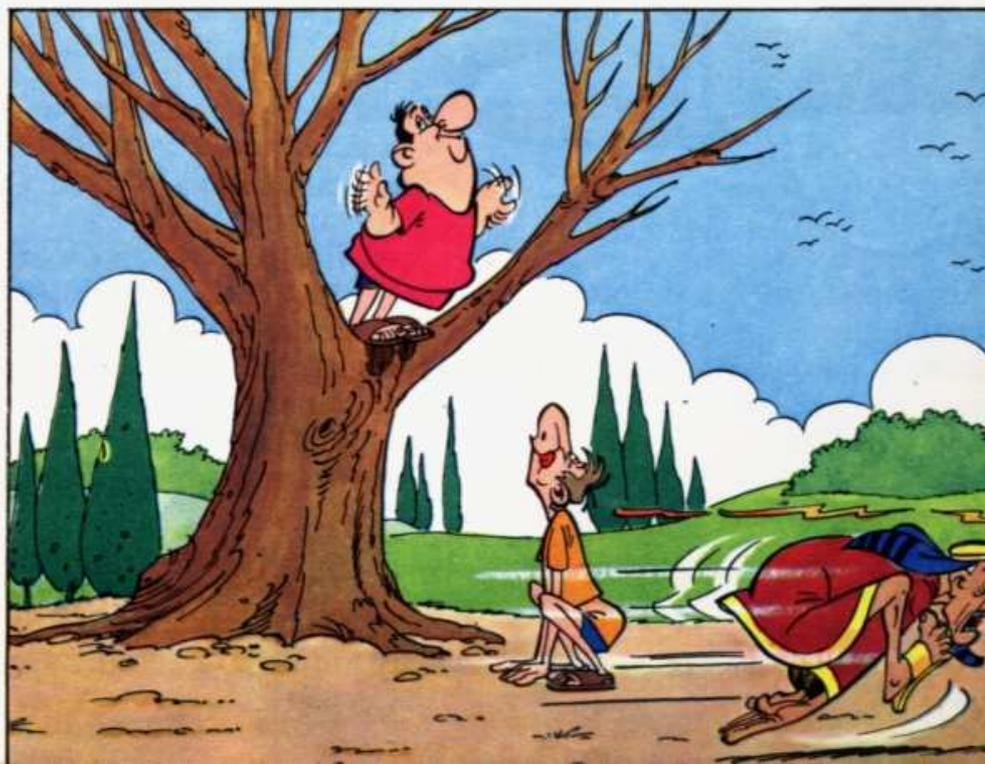


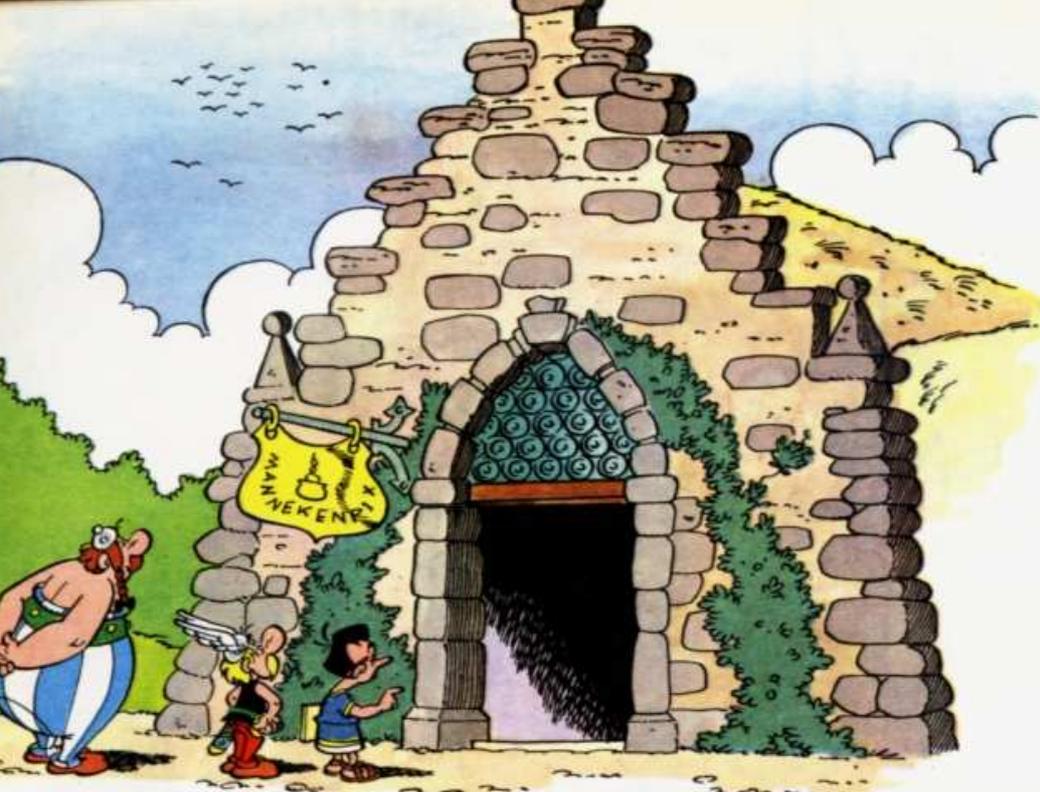
rada enloquecedora, pero Astérix, como buen galo que es, quiere saber antes que nada "¿cómo funciona?". Así que de nuevo pregunta: "¿Y puedes encender uno sólo?"

—"¡Silencio! ¡Hay que concentrarse!... ¡Vaya! ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! ¡Por Osiris y por Apis, tú eres ahora un jabalí!..." —"Hombre, mira, es algo que debe resultar práctico para leer, de noche, en la cama". "Tú eres... Tú eres..." "Soy un jabalí..." "¡Esto es! ¡Soy un jabalí! ¡Por Opis y Asiris, soy un jabalí!" Y así sucesivamente,



hasta el momento en que Iris, que ya no aguanta más, se lanza al exterior del templo soltando un espantoso gruñido... "¡¡Rhhhoaaaarr!!"





no a su cuello Mannekenpix desaparece por el lado de las cocinas. Vuelve pronto, portando un enorme jabalí asado, rodeado de esas patatas fritas que tanto se consumen en Bélgica. “¿Y esto qué es?” preguntó Obélix señalándolas. “¡Ah, es un invento mío! Son como manzanas, pero crecen en latitudes raras... Las corto en bastoncillos y las hago freír en aceite... ¡Cruce que he inventado algo destinado a tener éxito en todo el mundo!”

Obélix se lanza sobre el jabalí, éste ha de darse muy pronto por vencido. Es igual, Mannekenpix ya vuelve con otro plato. La puerta de la cocina es un



hasta el fin de una de sus comidas y, no obstante, os la tendréis que acabar hasta la última miga. ¡Qué aproveche!”

“¡Al fin, una prueba interesante!” Lo habéis adivinado: es Obélix quien acaba de hacer este comentario. Frotándose las manos, penetra ahora en la posada donde Mannekenpix lo acoge con voz cantarina y típico acento belga.

—Venga, que os esperaba, ¿sabéis? ¡En seguida empezará el jaleo! Y mientras Obélix se sienta y anuda una servilleta en tor-

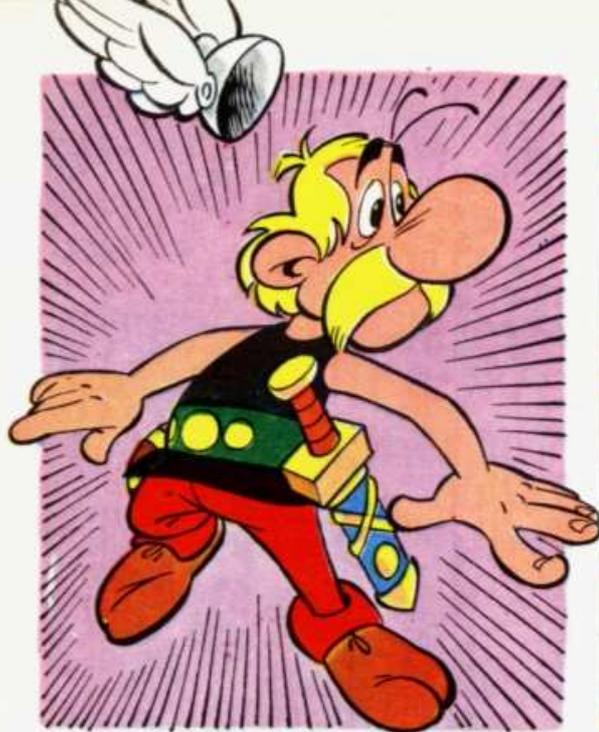
puerta batiente y a cada abrir y cerrar de puerta, aparece Mannekenpix con un plato del que canta las loas con lirismo. “¡Es un buey!... Es bueno, el buey... ¿Y esas ocas? ¡Qué grasitas tan simpáticas! El cordero... Esperad que os guste, porque está todo rebaño esperando, ¿eh?... ¡Los pescados!... ¡La vaca!... ¡Y también la ternera, porque no hay que separar a las familias! ¡La tortilla de los Titanes, con ochenta docenas de huevos!... El camello. ¿Ya has probado el camello? ¡Este está relleno!” Y el des-

Abandonando a Iris convertido en jabalí, y al falso gato y al falso pájaro entregados a sus juegos, Astérix y Obélix se reúnen con Pupus que les lleva hacia una posada. “La prueba siguiente consiste en despachar la comida que os ha preparado Mannekenpix, el cocinero de los Titanes. Mannekenpix es belga. Ningún mortal ha llegado jamás

de vituallas prosigue, con un impresionante fondo musical (mandíbulas allegro prestissimo), amablemente proporcionado por Obélix.

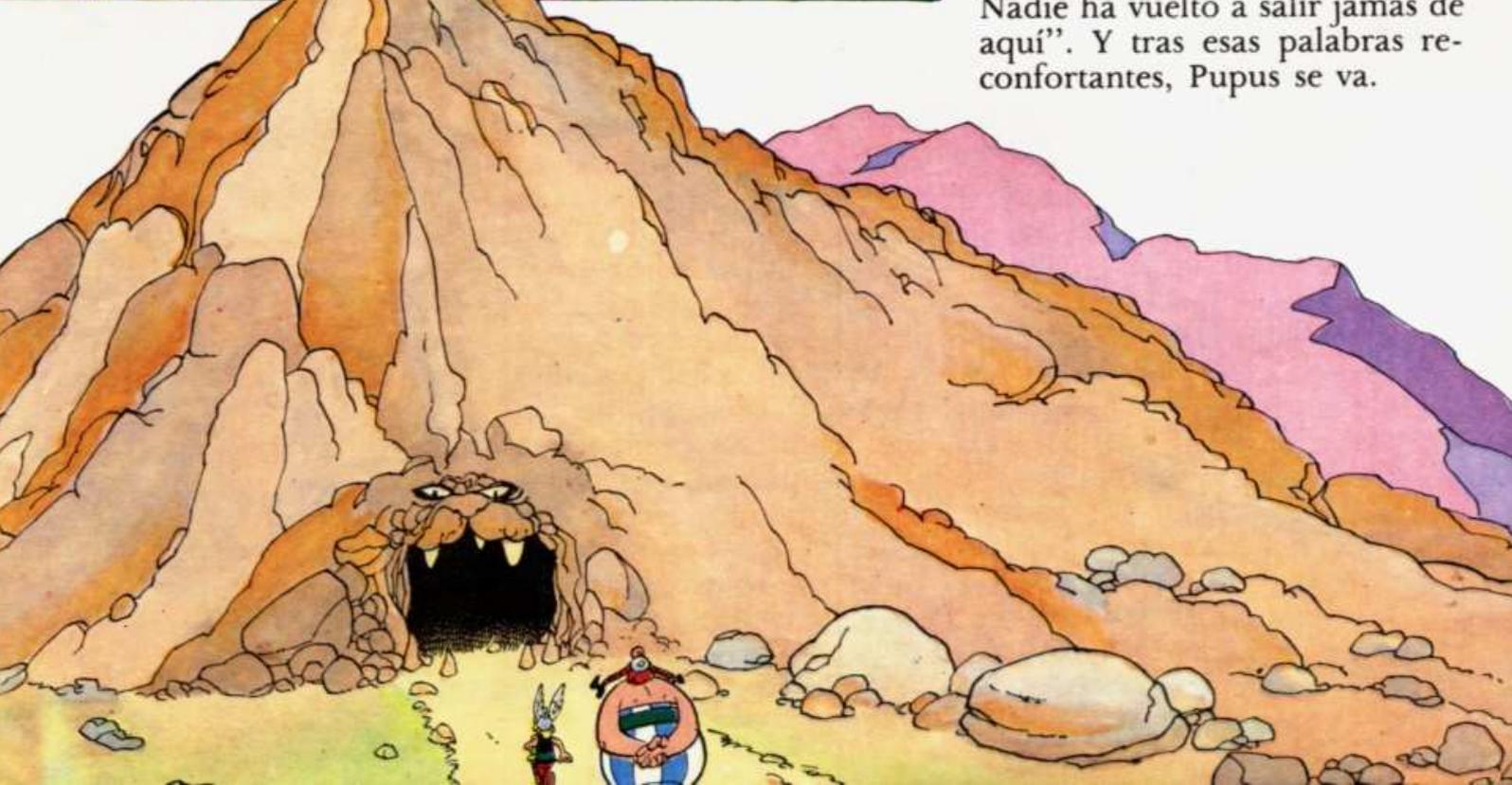
Mientras tanto, en el exterior, casi ha caído la noche, pero Astérix no parece inquietarse. Y menos aún cuando a la puerta de la posada aparece un Mannekenpix fuera de sí. “¿Qué? ¿Se lo ha comido todo?” pregunta Pupus. Aquello ya es demasiado para el desgraciado “chef” que estalla en sollozos. “¡Todo, se lo ha comido! ¡No me queda nada en la cocina! ¡Nada!” Cuando Mannekenpix se aleja, aparece Obélix. Un Obélix ligeramente defraudado que pregunta: “¿No





habéis visto al 'chef'? ¡Ha desaparecido después de servir los entremeses". Dejando a Mankenpix sumido en su dolor, nuestros amigos y Pupus se dirigen seguidamente hacia una gruta que se abre en el flanco de una montaña. Sigámosles.

Pronto se encuentran ante la entrada de una gruta que tiene la forma de una boca monstruosa y Pupus les explica en qué consiste la prueba siguiente: "Tenéis que penetrar en el antro de la bestia". "¿La bestia? ¿Qué bestia?", pregunta Astérix. "¿Cómo es esta bestia?" "No lo sé. Nadie ha vuelto a salir jamás de aquí". Y tras esas palabras reconfortantes, Pupus se va.

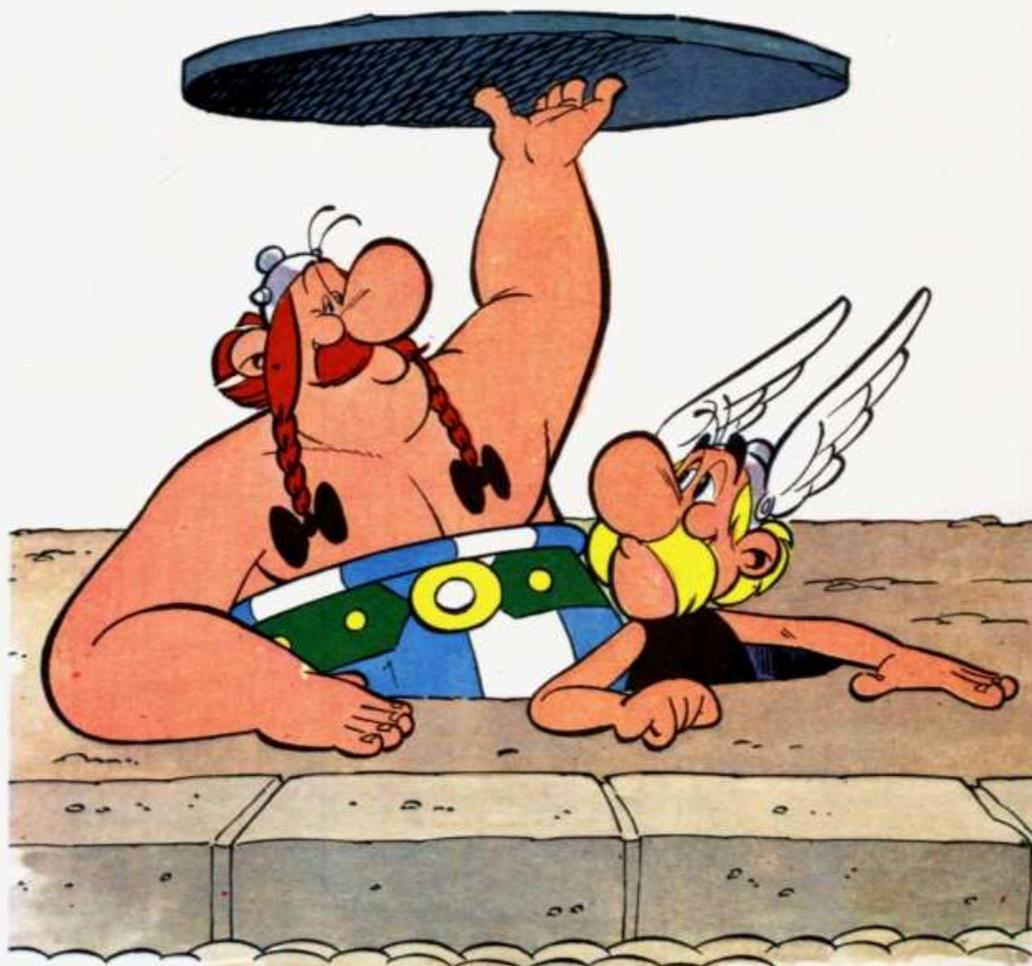




En la gruta reina la negrura total, mas no el silencio. Se oyen risas demenciales y horribles pajarracos, carcajeando con todos sus dientes, pasan volando a ras del suelo. Esto no deja de recordarle algo a Obélix: "Oye, Astérix..." "Sí, ya lo sé: va a llover, los pájaros vuelan bajo."

"Si lo que hacen es tratar de asustarnos, van listos, porque a nosotros, ya se sabe, lo único que nos asusta, es que el cielo nos caiga sobre las cabezas, etc..." "¡Atención, Obélix!" En efecto, con un ruido espantoso, un ingenio de pesadilla ha estado a punto de atropellar a nuestros dos amigos.

"¿Qué era esto, Astérix?" "¡No lo sé, pero ya empiezo a estar harto! Además, me pregunto qué hora es..." "Son las doce y doce." "¡No me digas que tienes hambre!" "¡A las doce y doce siempre tengo hambre! ¡Y me comería cualquier cosa! ¿Me



oyes? ¡Cualquier cosa!" Con tan apasionadas palabras, estalla un gran jaleo seguido de un confuso barullo y volvemos a encontrar a Astérix y Obélix, que han salido por las cloacas del antro de la bestia, en la terraza de una posada, en compañía de Pupus.

"Os ruego excuséis mi curiosidad, pero ¿cómo era, esa bestia?". Pregunta que le vale a Pupus esta respuesta juguetona de Obélix: "¡Era buenísima!" y es con la precisión del mismo, dirigido al servidor del albergue: "¡Camarero! ¡Un digestivo para mí!"

La terraza de la posada donde se han instalado nuestros amigos se abre sobre una calle transitada por curiosos personajes. Todos los transeúntes parecen muy agitados. Hay risas estridentes, ojos en espiral, gente que camina cabeza abajo. Una mujer pasa corriendo, agitando los brazos y cloqueando cual gallina asustada. La persigue un individuo sospechoso, que ya se relame, mientras blande un hacha enorme. Sin verle, se cruzan con un importante personaje que está tomando su baño en una bañera portada por cuatro esclavos. Al final, pese a su tem-

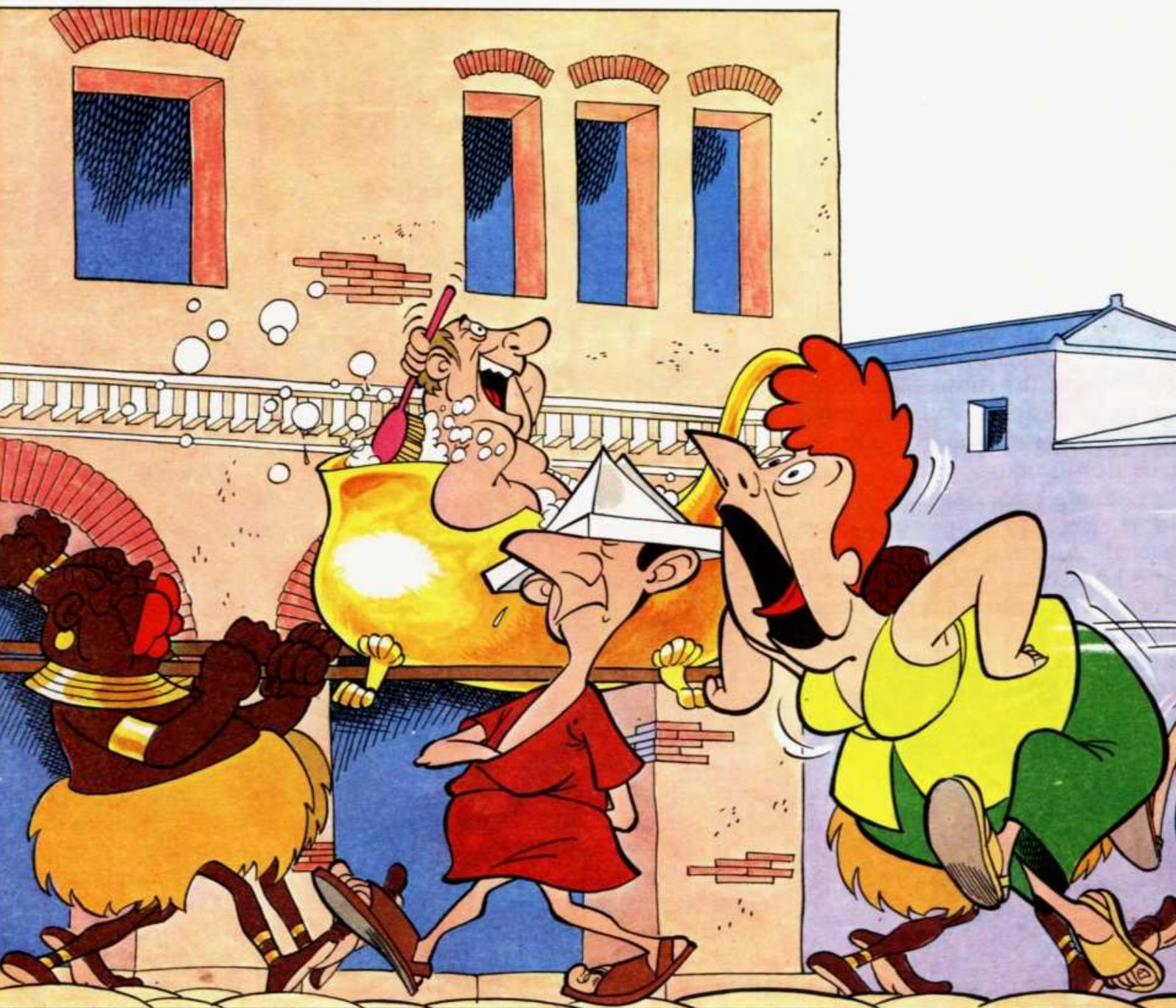
peramento flemático, Astérix tiene dificultades para ocultar su extrañeza. “¡Por Tutatis! ¡Esta gente es bastante rara!” “Sí, explica Pupus. Es que salen todos de La Casa que Vuelve Loco.” “¿La Casa que Vuelve Loco?” “Sí. Y por cierto que no os tocará más remedio que entrar en ella. Es vuestra próxima prueba” y Pupus muestra un caserón próximo. “¿Y qué tenemos que hacer en La Casa que Vuelve Loco?” “Oh, es muy sencillo, tenéis que obtener un pase que os permita acceder a la prueba siguiente.” “¡Ah, bueno! ¿Se trata de una simple formalidad ad-

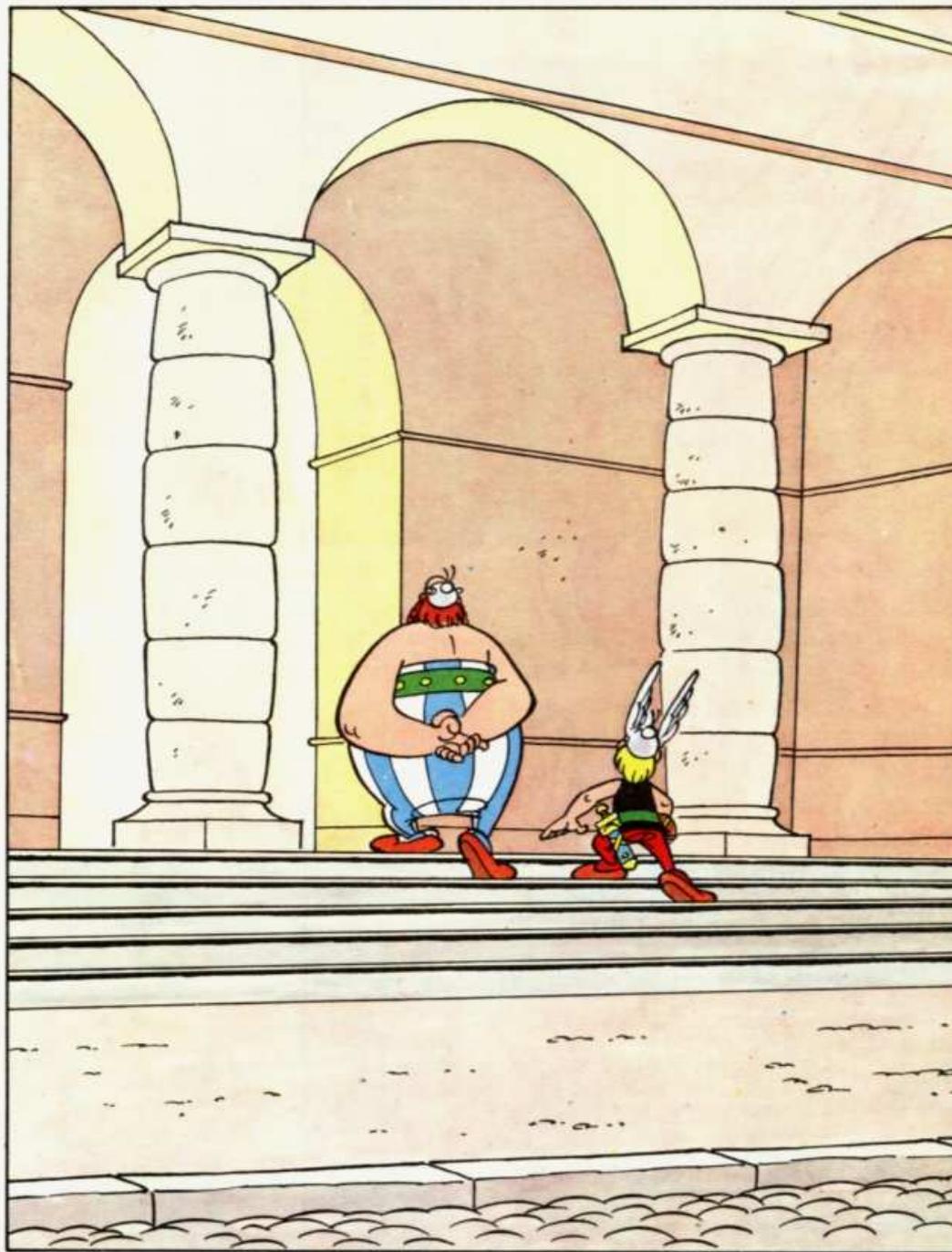
ministrativa?” “Esto es. Una formalidad administrativa. Tenéis que pedir el pase A 38.” “¡Pues bien, vamos allá Obélix!” Dicho y hecho, y con nuestros dos amigos galos he aquí que nos adentramos en el universo administrativo.

—“¿De qué se trata?”, les pregunta un ujier con voz destemplada.

“Hemos de obtener el pase A 38.”

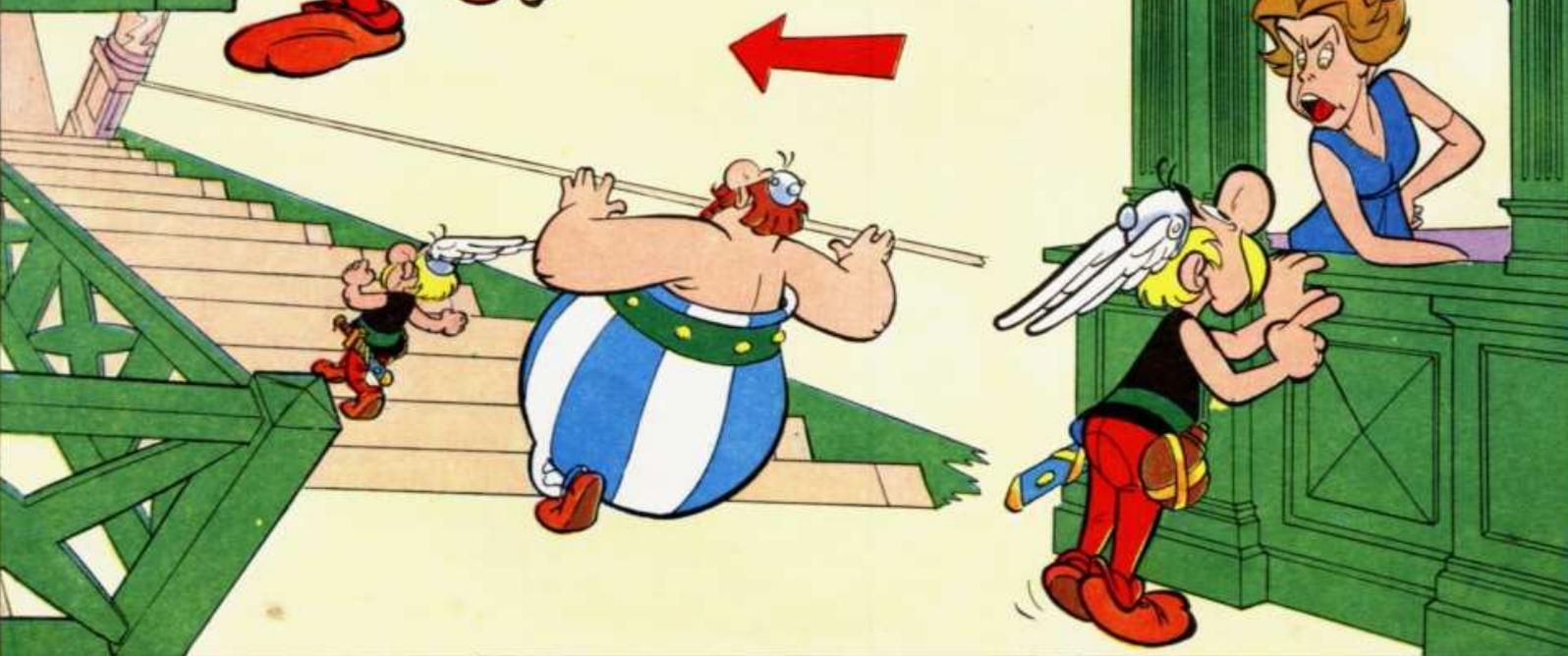
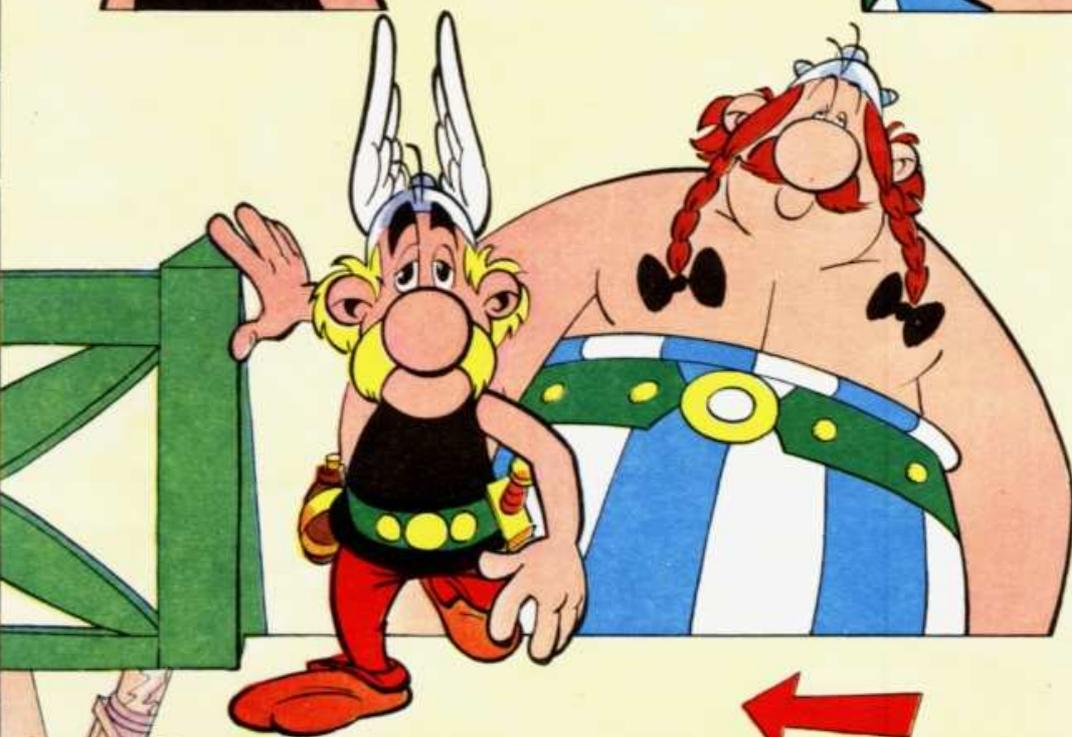
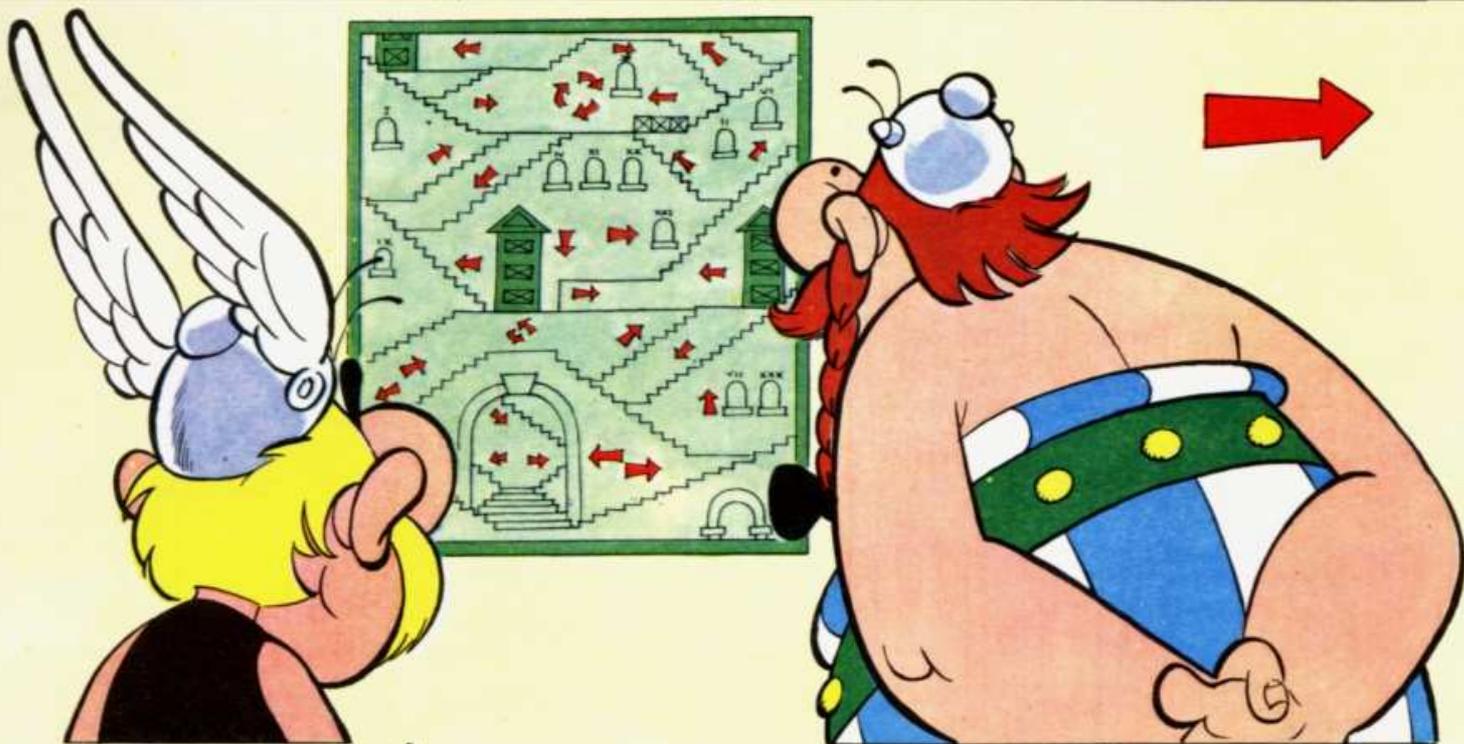
El ujier pone una mano en torno a una oreja: “¿Qué? ¿Se trata de matricular una galera? No, os han informado mal. Hay que ir al puerto.” “¿Cómo dice?...”





(pero como Astérix es tan listo como nosotros, comprende que el ujier es sordo como una tapia y decide proseguir pacientemente). “No, no queremos matricular una galera. Queremos el pase A 38.” “¿El puerto?” Lo encontrareis en la parte baja de la ciudad. Está al borde del mar...” “¡Pero no es el puerto, lo que queremos! ¡¡Queremos el pase A 38!!” “¿Quééé?” “¡¡El pase A 38!!!” “Bueno, no gritéis, ¿eh? ¡Vaya unos modales! ¿Dónde os creéis que estáis, por Júpiter? Dirigíos a la ventanilla 1, pasillo de la izquierda, última

puerta a la derecha.” Nuestros amigos hacen eso y acaban por darse cuenta de que en dicho pasillo, a la izquierda, no hay ninguna puerta a la derecha. “Proponemos esta puerta”, proponen Astérix y entran en una estancia pelada. En el centro, hay un funcionario gordo sentado en un columpio. Una bella joven le empuja. Viendo a sus visitantes el funcionario deja de columpiarse. Está furioso. “¿Quién os ha dejado entrar en mi despacho? Consultad el plano. ¡Sexto piso!...”



En el sexto piso, se enteran de que, de ahora en adelante, hay que dirigirse a la ventanilla 2. Allí, dos empleadas prosiguen una animada conversación. “¿Y tú la conoces...? Fíjate bien... ¡Ni siquiera tiene con qué pagarse un esclavo!”
 –Señorita (es Astérix probando de llamar la atención).
 –Piensa que se ha vendido la líbera que tenía, con el pretexto de que prefería hacerse, ella misma los trabajos del hogar, y...
 –Señorita (otra vez Astérix, que se está poniendo nervioso).
 –¿Pero no ves que estoy ocupada? ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! Ese pobre Claudius. ¿Ya sabes que...?
 –¡¡¡Señorita!!! (el enfado de As-

térix es cada vez más visible).
 –¡Ah! ¡Por Júpiter! ¡Qué desagradable puede llegar a ser la gente! ¿Qué deseas?
 –El pase A 38.
 –¿Tienes el impreso azul?
 –¿El impreso azul? No.
 –Pues ¿cómo quieres entonces obtener el pase A 38?
 –¿Y dónde puedo encontrar el impreso azul?
 –Ventanilla 1... ¿Dónde estábamos?...
 Y al paso de los dos galos vuelve la misma cantinela: “¿El impreso azul? ¡Ah, no, no es aquí! Hay que ir a la ventanilla 7, en el quinto piso...” “Impreso verde, ventanilla 14...” Las voces se entrecruzan mezcladas con palabras del tipo: “¡Os he dicho que

el puerto está al borde del mar!” “¿No veis que estoy ocupado?” Al final, se oye un aullido terrible: “¡¡BASTA!!”
 Son los nervios de Obélix, que ya no aguantan más. “No saldremos de ésta, Astérix. La potencia mágica no puede ayudarnos aquí. Vamos a volvernos locos si seremos los esclavos de César.”
 “¡Jamás de los jamases! ¡Ya me he entendido! ¡Vamos a vencerles con sus propias armas! ¡Y verás!” Y Astérix se pone a hacer la ronda de las ventanillas reclamando el pase A 39 “modificado como estipula la nueva circular B 65”, todo ello, claro está, sólo existe en su imaginación. ¡Y la astucia tiene éxito! Pronto, la casa entera está en efervescencia con toda la gente buscando el misterioso documento nuevo. En el vestíbulo, el tumulto llega al colmo. Sólo el Prefecto parece guardar la calma. Astérix le aprovecha para darle la estocada final: “Señor...” “¿Acaso no veis que estoy ocupado? ¿Qué deseáis??” “El pase A 38”. El Prefecto saca una tableta de su toga y, fastidiado se la da a Astérix. “¡Aquí está! Y marchaos de una vez. Aquí hay gente trabajando ¿sabéis?” Y mientras Astérix y Obélix salen, se oye al Prefecto estallar en una carcajada demencial.





Es Pupús quien acaba así de anunciar en qué va a consistir la prueba siguiente. Naturalmente, una idea se le ocurre a Obélix: 'En vez de utilizar el hilo, ¿por qué no pasar por abajo? Hay un riachuelo, pero parece muy tranquilo...'

Sí, pero es que este riachuelo está lleno de cocodrilos. Se trata de cocodrilos sagrados que han sido ofrecidos a César por el Jefe de Estado egipcio, Cleopatra. Son unas bestias muy feroces. ¡Oh! ¡No me gustan los cocodrilos! Ya los he probado y la

carne resulta demasiado fibrosa.

¡Ven, Astérix!

Astérix obedece y los dos empiezan a pasar sobre el hilo apenas visible. ¡Pero no se hace uno equilibrista, así como así!

Avanzan contorsionándose, con los brazos extendidos. El hilo se mueve y hay que ver el numerito de equilibrista al cual se entregan nuestros amigos... ¡Y todo para caer finalmente! Astérix se agarra al hilo con las manos, y Obélix a las piernas de Astérix. Se quedan así, balanceándose,

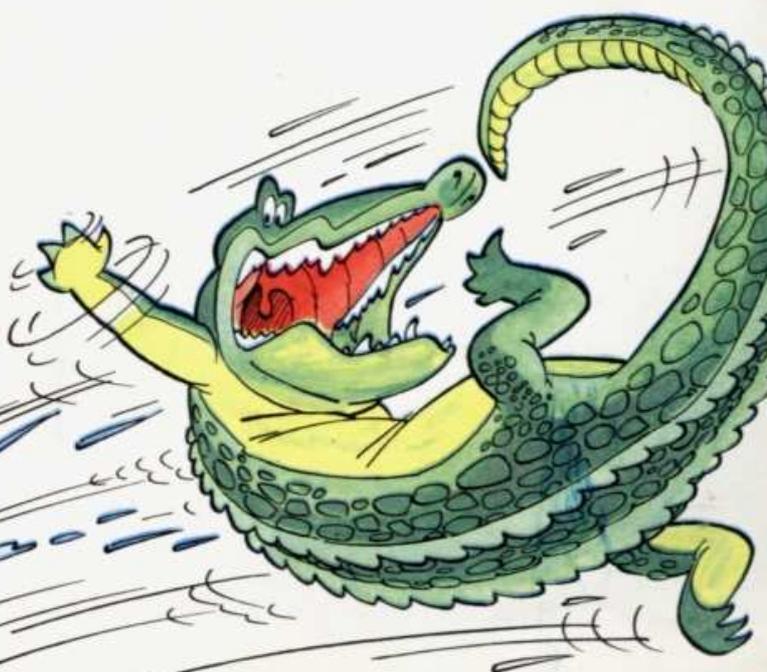
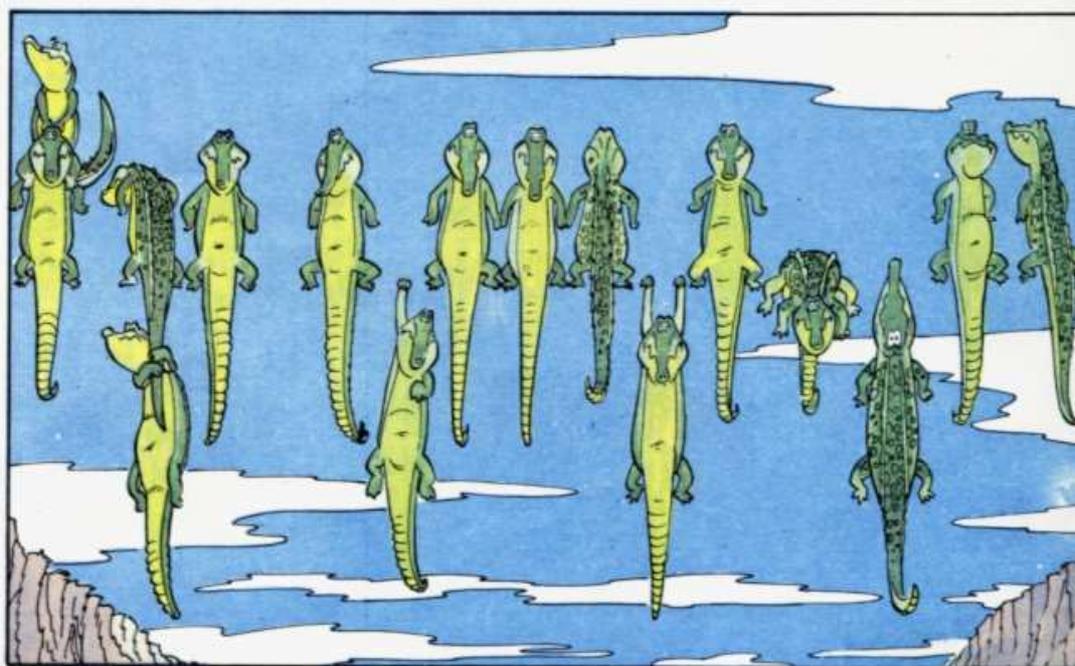




un corto instante. Un suspiro profundo, una ojeada al vacío y Obélix anuncia: "Bueno, es igual... ¡A las penas puñaladas! ¿Vienes, Astérix?" "Espera..." Astérix suelta el hilo con una mano, toma la cantimplora de poción mágica, bebe un trago. Relámpagos, truenos... "¡Vamos allá!" Suelta totalmente el hilo y ambos caen. Pasa mucho tiempo antes de que se oiga el doble ¡pluf! de nuestros amigos entrando en el agua. Seguidamente, estallan ruidos de pelea, gruñidos terribles, el furioso chapotear del agua y, dominándolo

todo, los gritos de Obélix "¡Ahora veréis, malditas bestias incomedibles!"

Viniendo de abajo, vemos pasar cocodrilos que vuelan, turulatos por doquier. Testigos dignos de fe afirman haber visto verdaderamente maletas, billetteros, calzado, todo ello en cocodrilo del mejor. Debe haber una parte de verdad en semejantes afirmaciones. De todas maneras, lo que sucede abajo es particularmente horrible porque pronto, más que volver a bajar, los cocodrilos prefieren quedarse agarrados del hilo.





Ya sólo les queda a los dos galos reunirse con Pupus que les esperaba pescando al borde del abismo.

—Ahora tenéis que escalar la más alta montaña de la región. En la mismísima cima, encontraréis al Venerable de la Cumbre. Él os propondrá un enigma.

—¿Y no podría bajar aquí a proponérselo, ese enigma, el tío Venerable?

—¡Vamos, Obélix, no seas holgazán! ¡En marcha!

Y nuestros amigos empiezan a trepar a lo largo de pendientes que se hacen cada vez más difíciles, casi verticales. Hay viento y nieve. Algunas águilas vienen a volar en torno a ellos, pero Obélix las espanta como si fueran vulgares mosquitos. Llega por fin el momento en que la mano de Obélix palpa para agarrarse más arriba, pero en vano. “Oy Astérix, yo ya me he acabado en esta montaña...” Un hombre está allí. Es muy viejo, y su voz ronca es la de un anciano.

—Soy el Venerable de la Cumbre. ¿Y vosotros, desdichados mortales, venís en pos del enigma?

—Sí... Plantéanoslo deprisa tu enigma, Venerable de la Cumbre. ¡No hace precisamente calor, aquí, por Tutatis!

—¿Ya sabéis, insensatos, que no me dais la respuesta correcta o veréis sumidos en las profundidades infernales?

—¿Después de haber subido hasta aquí? ¡Ah, pues no señor! ¡Tenemos otras cosas que hacer nosotros!





—¡Oh, mortales presuntuosos!
¡Uno de vosotros, con los ojos
vendados, tendrá que decirme
cuál es el montón de ropa que
ha sido lavada con “Olimpo”,
el detergente de los dioses!

...Algunos instantes más tarde,
Astérix señala una pila: “Esta...”
—¡Sí! La voz del Venerable se ha
hecho más joven, más vibrante.
Blande ahora un paquete de detergente.

—¡Has triunfado! ¡Has reconocido
“Olimpo”! ¡Los dioses hacen
su colada con “Olimpo”,
que deja la ropa blanca y las
manos suaves, tan suaves! ¡Oh,
dioses! ¿Habéis oído? Este mortal
ha dado la respuesta correcta.
Los dioses han oído, en efecto,
y en el curso de una breve
incurción en el Olimpo,
comprobamos que los repetidos
éxitos de aquellos que se están
convirtiendo nada menos que
en sus iguales, empiezan a
fastidiarles seriamente. Hasta
el punto de que

Júpiter desencadena una
violenta tempestad.

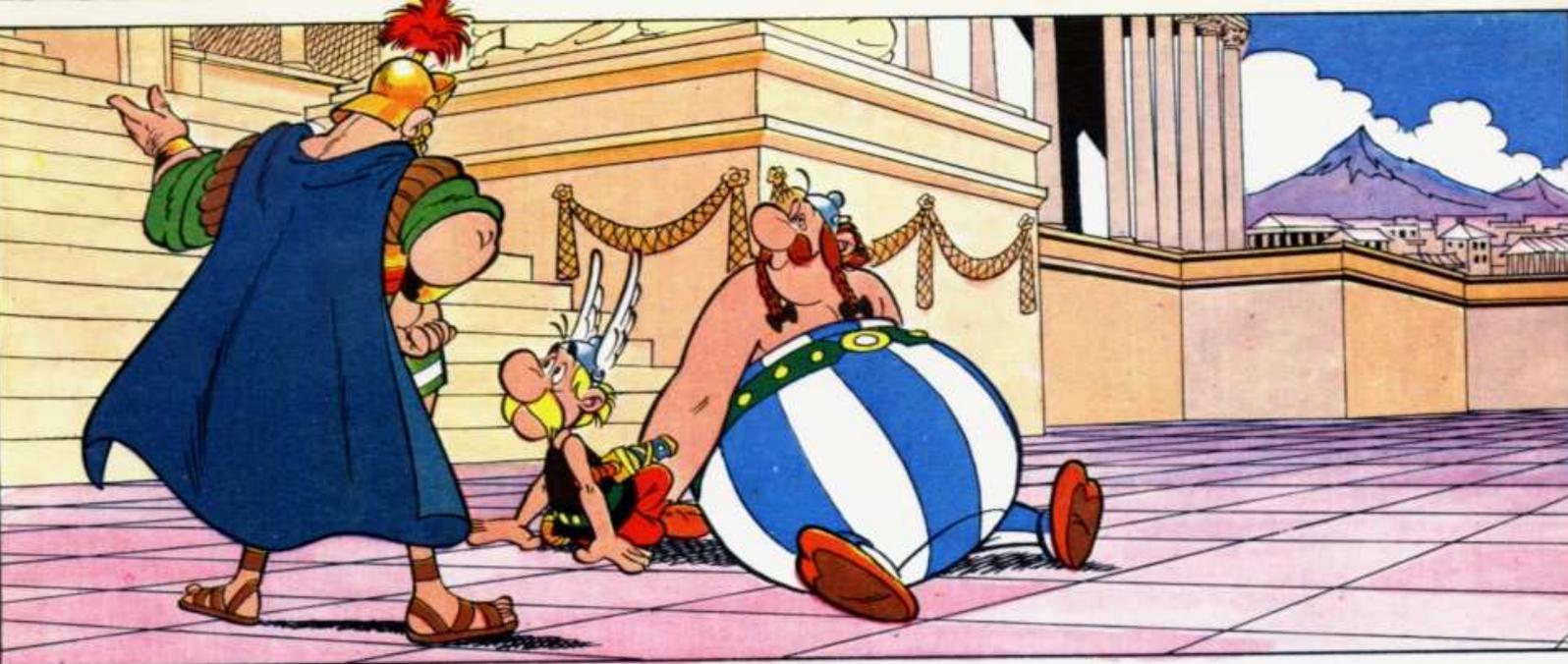
Astérix y Obélix, mientras tanto,
bajo la lluvia, han vuelto a bajar
a la llanura para oír a Pupus
anunciarles que deberán dormir
allí. “¡Buena idea!” dice Astérix.
“¡Me caigo de sueño!”

Mientras nuestros amigos duermen
a pierna suelta, unos extraños
legionarios romanos hacen
su aparición. Obélix, despertado
por el ruido, se frota las manos:
“¡Viva! ¡Unos romanos para mí
solo!” Y se lanza hacia ellos. Mas,
¡oh, sorpresa!, sus golpes se pierden
en el vacío. Obélix se pone
nervioso. Las apariciones se
cargan: “No te canses, pobre

mortal! ¡Somos aparecidos, fantasmas!
Hacemos morir de miedo a todos
aquellos que osan aventurarse de
noche en esta llanura... ¡Ja, ja, ja,
ja, ja!”

—¡Ya está bien de jaleo!
Esta intervención se debe a Astérix
que está muy enfadado por haber
sido despertado. “¿Sabéis la hora
que es?... ¡Pues escuchadme bien!
... ¡Hemos corrido, hemos luchado,
nos hemos enfrentado con sacerdotisas,
magos, cocineros, funcionarios,
codrilos, pero no hemos dormido!
Así que si queréis volver de vuestra
tumba, volved, pero volved mañana!
¡¡¡Y ahora, silencio!!!”





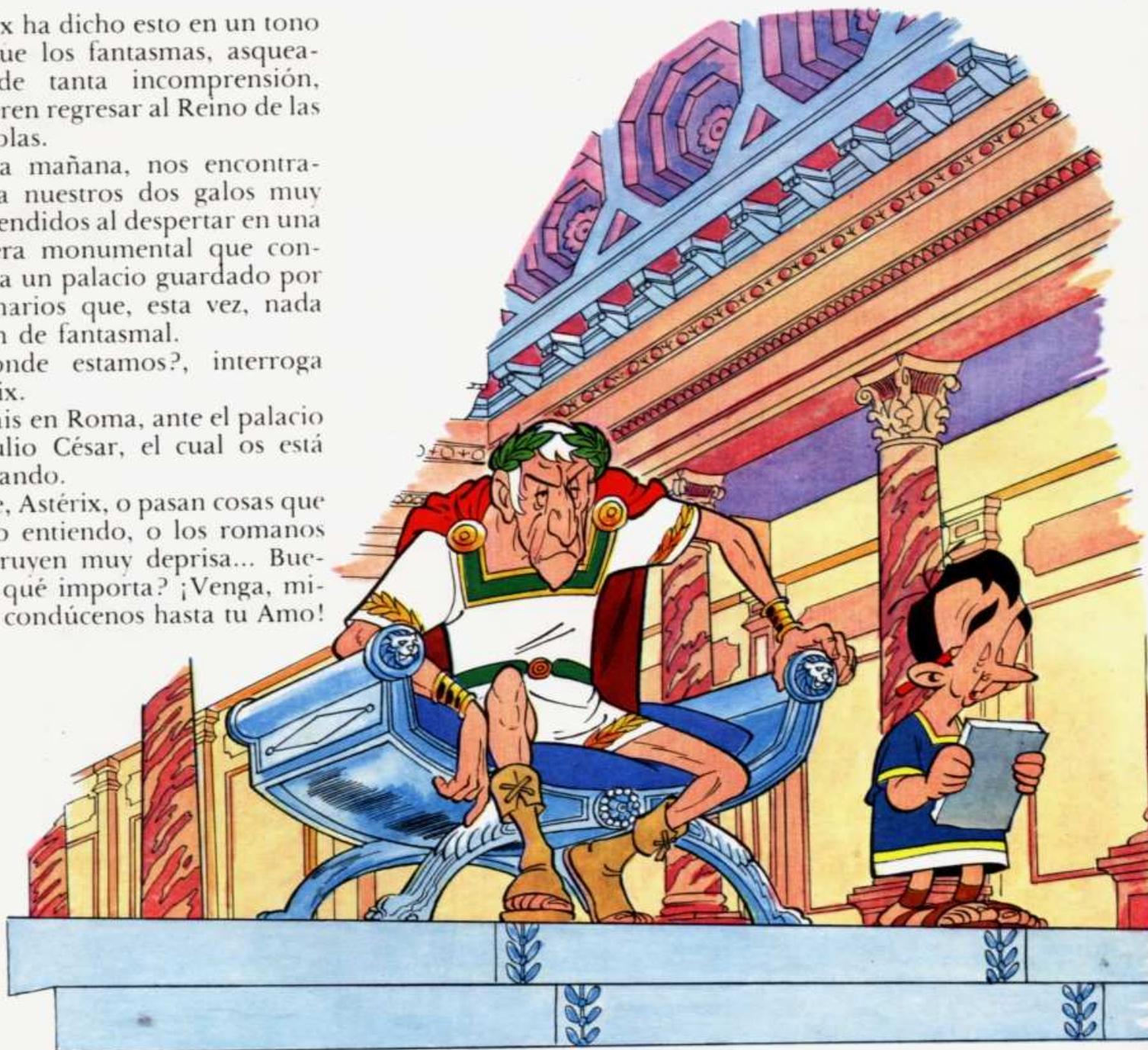
Astérix ha dicho esto en un tono tal, que los fantasmas, asqueados de tanta incomprensión, prefieren regresar al Reino de las Tinieblas.

Por la mañana, nos encontramos a nuestros dos galos muy sorprendidos al despertar en una escalera monumental que conduce a un palacio guardado por legionarios que, esta vez, nada tienen de fantasmal.

—¿Dónde estamos?, interroga Astérix.

—Estáis en Roma, ante el palacio de Julio César, el cual os está esperando.

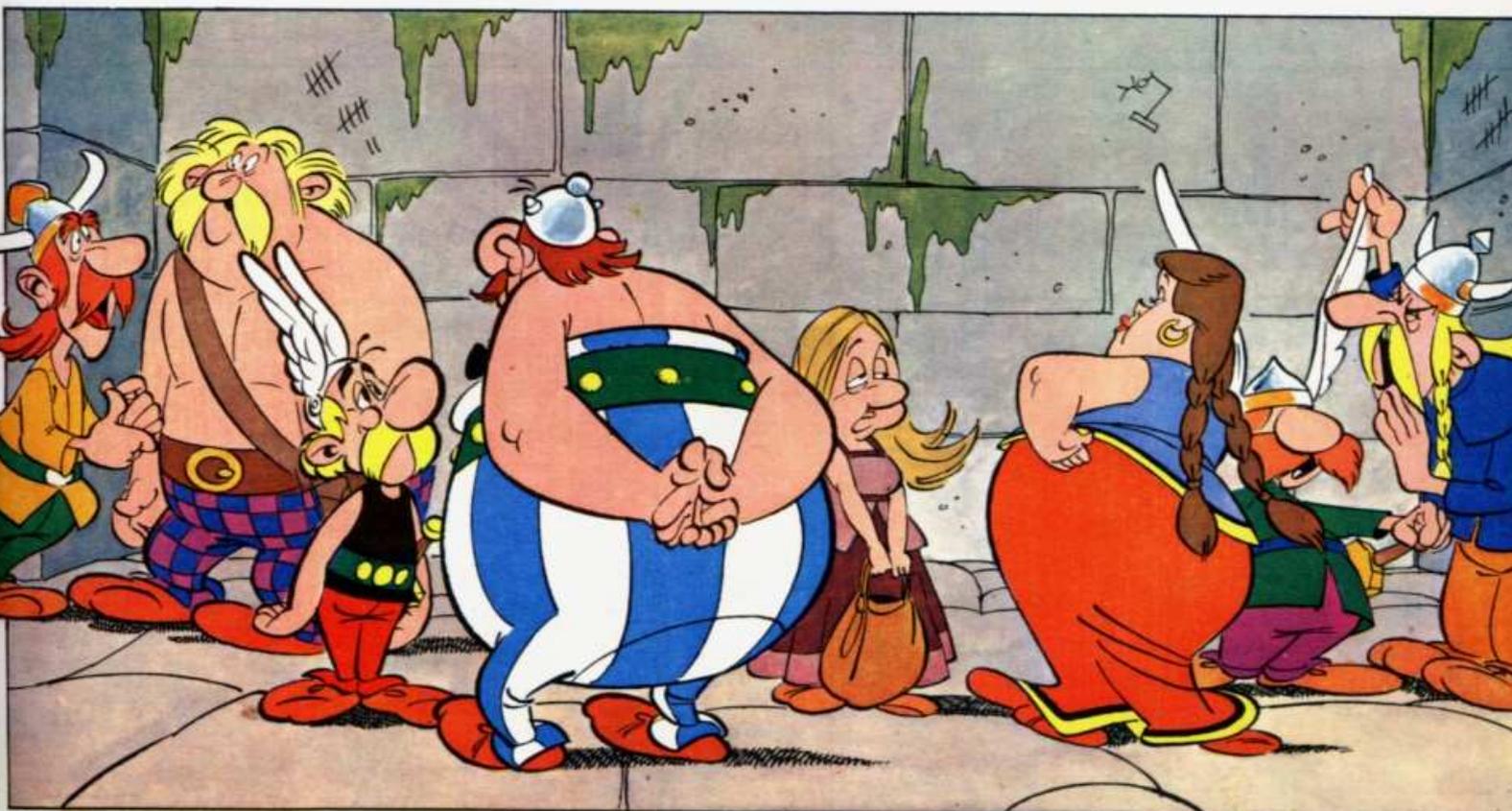
—Oye, Astérix, o pasan cosas que yo no entiendo, o los romanos construyen muy deprisa... Bueno, ¿qué importa? ¡Venga, militar, condúcenos hasta tu Amo!



Astérix y Obélix son entonces llevados a presencia de César. Pupus está a su lado, con su lista de pruebas, su impasibilidad y su vocecilla precisa: "Oh, César... Han ejecutado todos los trabajos, pasado todas las pruebas..." "No hay duda, galos, de que los dioses os han sido favorables... ¡Pero vuestra suerte termina aquí, en Roma! ¡El circo será vuestra última prueba! Moriréis con todos los habitantes de vuestro pueblo que allí os es-

peran... ¡Aaah! ¡Han querido venir! Pues muy bien... ¡Seréis todos aniquilados para diversión de mi pueblo y ya nada más empañará mi gloria! ¿Tenéis algo que añadir, oh, galos?" Astérix y Obélix, tranquilos y optimistas, no pueden dejar de lanzar aquí su dicho famoso: "¡Están locos, esos romanos!" Inútil decir que después de esto, no se quedan mucho más tiempo en las estancias de César. Y entonces, mientras el Circo Máximo

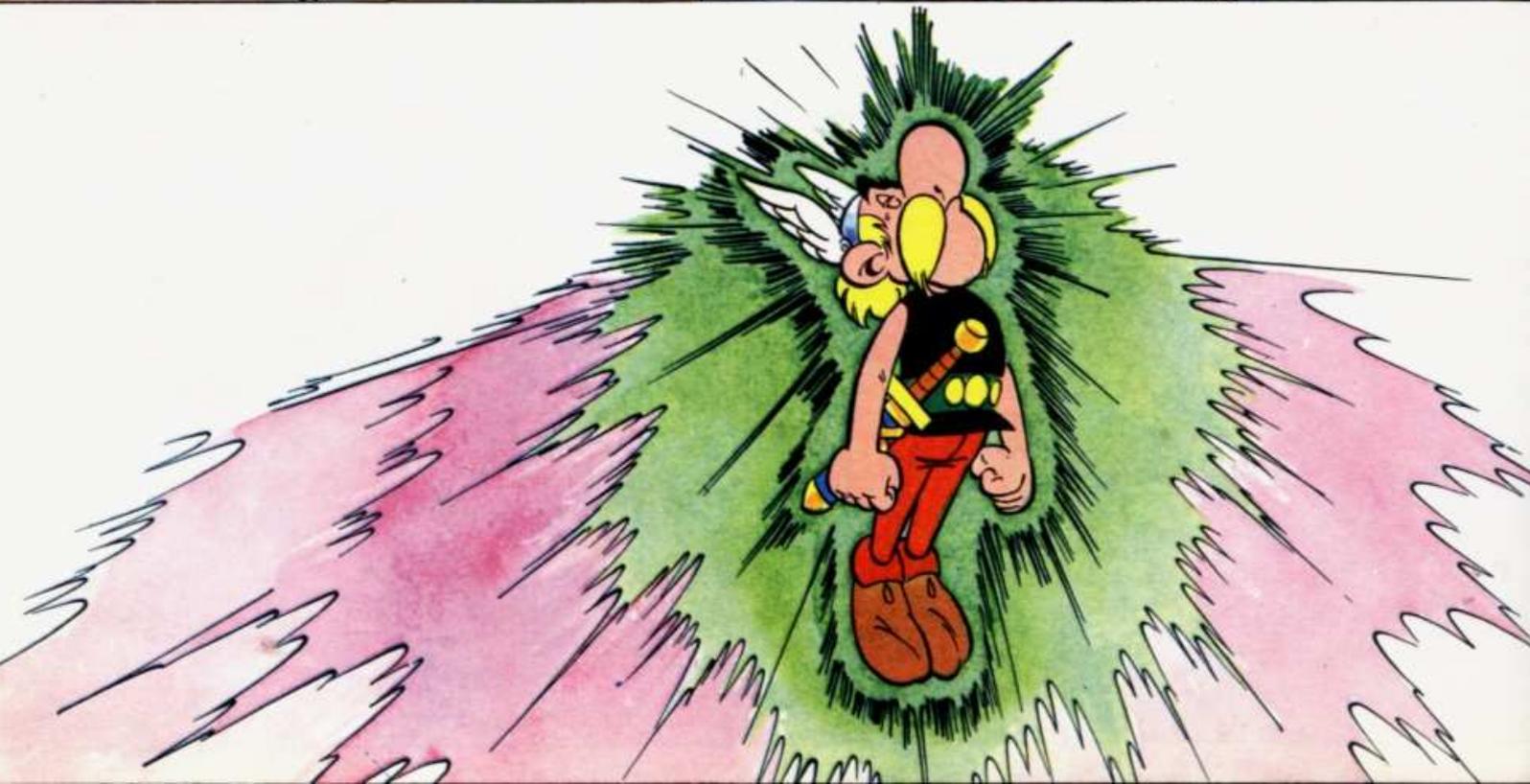
se llena lentamente de una alegre multitud, nuestros amigos son conducidos a la prisión, donde se encuentran con los habitantes de su querido pueblecito. Todo el mundo está alegre. Todo son gritos, risas y abrazos. De repente, viniendo del exterior, estalla un trueno de ovaciones. Astérix lanza una ojeada por la reja que da directamente sobre la arena: "¡César acaba de llegar!"

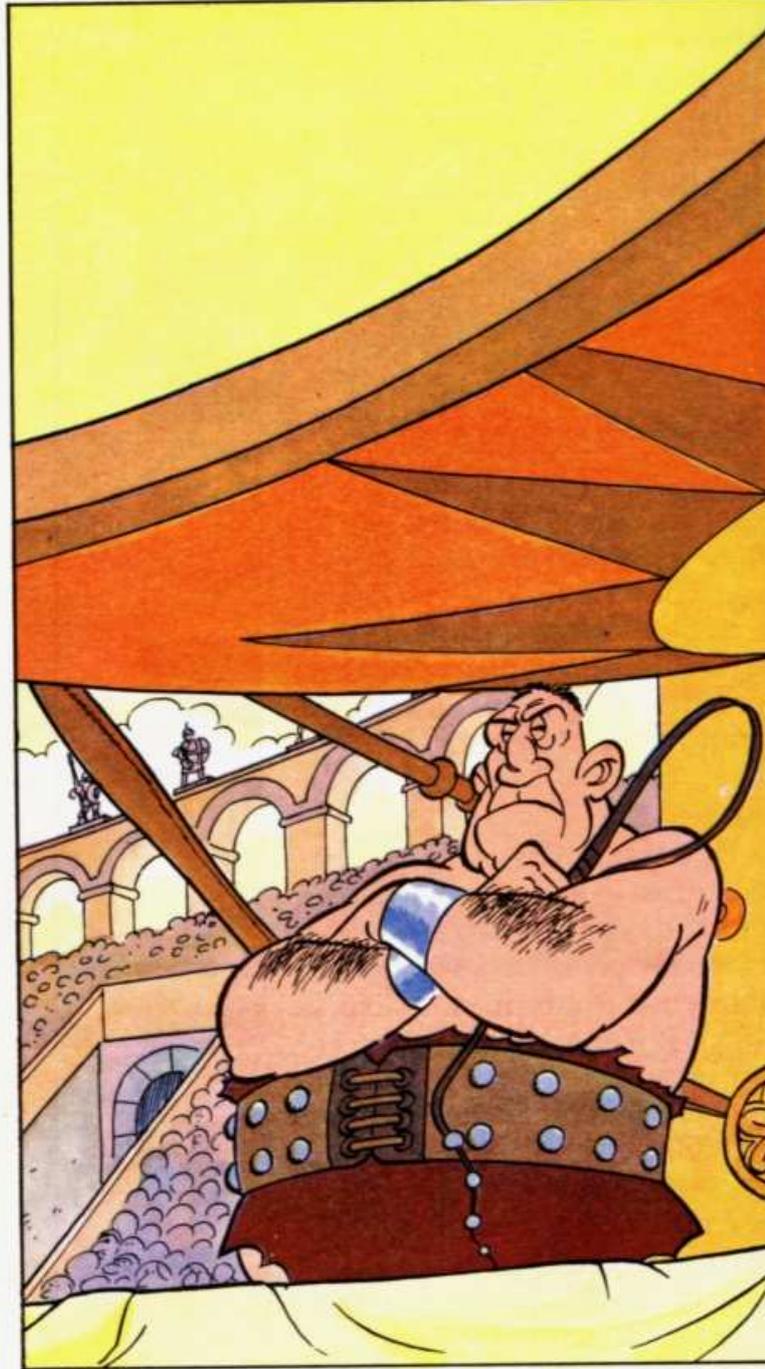
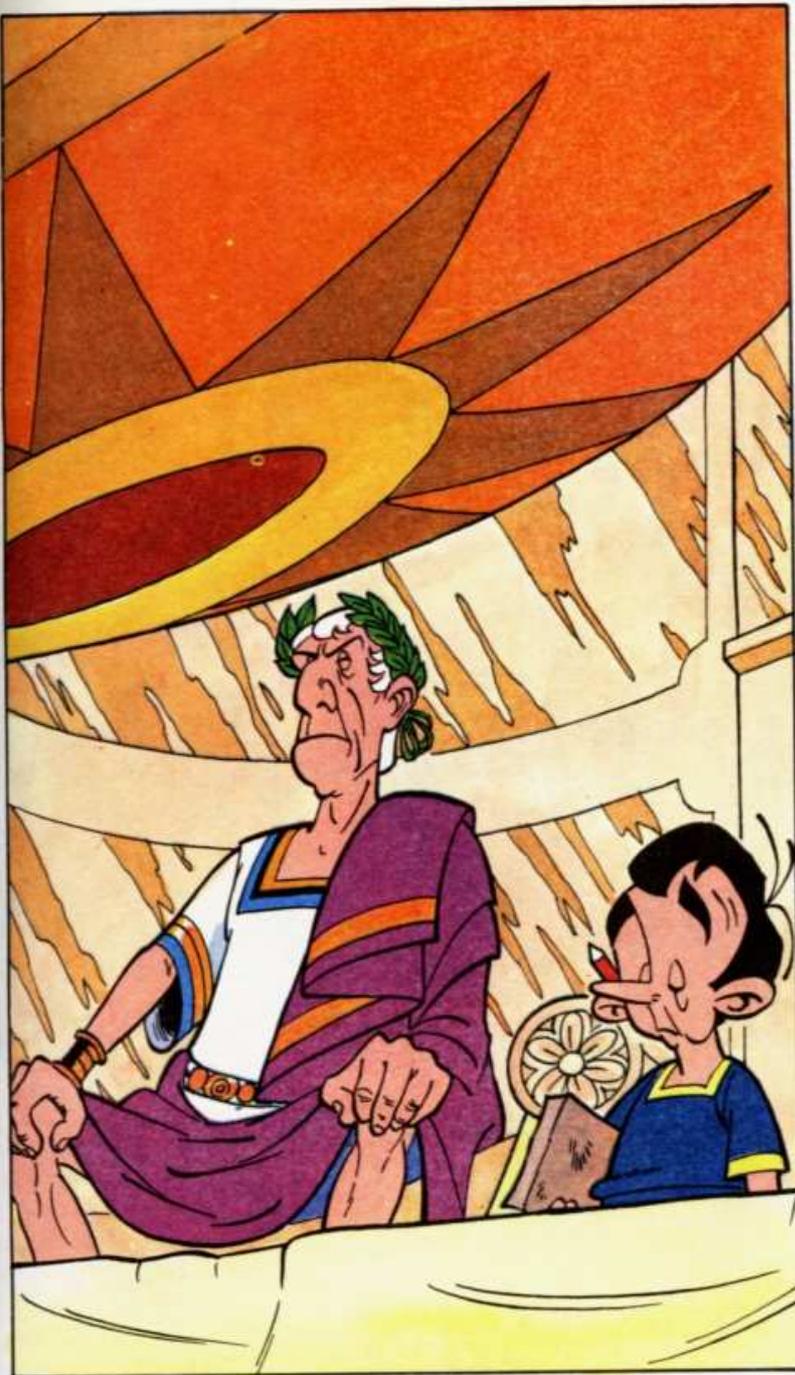


panorámix, que estaba en un rincón removiendo el contenido de una olla, anuncia entonces: "¡Venid, muchachos, está lista!" Astérix es el primero que recibe una cucharada de poción mágica, con el espectacular efecto habitual. Mientras tanto, en su palacio, César interroga al organizador de los festejos: "¿Y qué, ya has seguido mis instrucciones?" "Sí, oh, César. Para empezar, estos desgraciados galos tendrán que enfrentarse con nuestros más feroces gladiadores. Después, para los supervivientes, si es que los hay, soltaremos las

fieras. Tenemos leones, tigres, pánteras, osos, e incluso elefantes. Un cartel de primera. El público quedará contento..." A un gesto de César, suenan las trompetas. Los juegos van a empezar. En la cárcel del circo, donde la distribución de poción mágica ha terminado, el jefe gallo Abrazopartidix, instalado sobre su escudo, da unas palmadas para obtener silencio: "¡Atención, muchachos! ¡Ya empieza la cosa! Voy a salir el primero y me seguiréis todos los demás. En orden, por favor. ¡Hay gente que nos va a mirar, así que un

poco de dignidad, no lo olvidéis!" Pero Obélix no está completamente de acuerdo con este programa: "¿Y por qué vas a ir el primero, oh, Abrazopartidix, nuestro jefe?" "¡Precisamente porque soy vuestro jefe!" Si Abrazopartidix había pensado cerrar así la discusión, Obélix le demuestra instantáneamente que se equivoca: "Tú serás el jefe, pero somos nosotros quienes hemos hecho todo el trabajo, ¿verdad, Astérix?" Astérix prefiere no responder, pero no todo el mundo tiene su comedimiento y su sabiduría. Esauto-





matix, por ejemplo: mezclándose en este momento en la conversación, devuelve la pelota al campo de Obélix: “¡Razón de más! ¡Dejad que los otros se diviertan también un poco!” Ahora la discusión hace furor y comprende que Ordenalfabetix no puede evitar el meter baza: “¡Es verdad! ¡Siempre son los mismos, los que se lo pasan bien!”

Los testigos que más tarde han contado la escena, están de acuerdo en decir que es en este momento cuando interviene Karabella, la mujer del jefe, en

nombre de las buenas costumbres y los buenos modales reunidos: “¡Cuando se está bien educado, primero se deja pasar a las mujeres!” La disputa es ahora general. Todo el mundo grita a la vez. “¡Las mujeres y los niños primero!” “¡Y yo!”, brama en su rincón Edadepiedrix. “¡Soy el decano del pueblo! ¡Me toca a mí ir el primero!”

Mientras tanto, en el exterior, en su palco de honor, Julio César se vuelve hacia el ordenador de los Juegos: “¡Que hagan entrar a los gladiadores!”

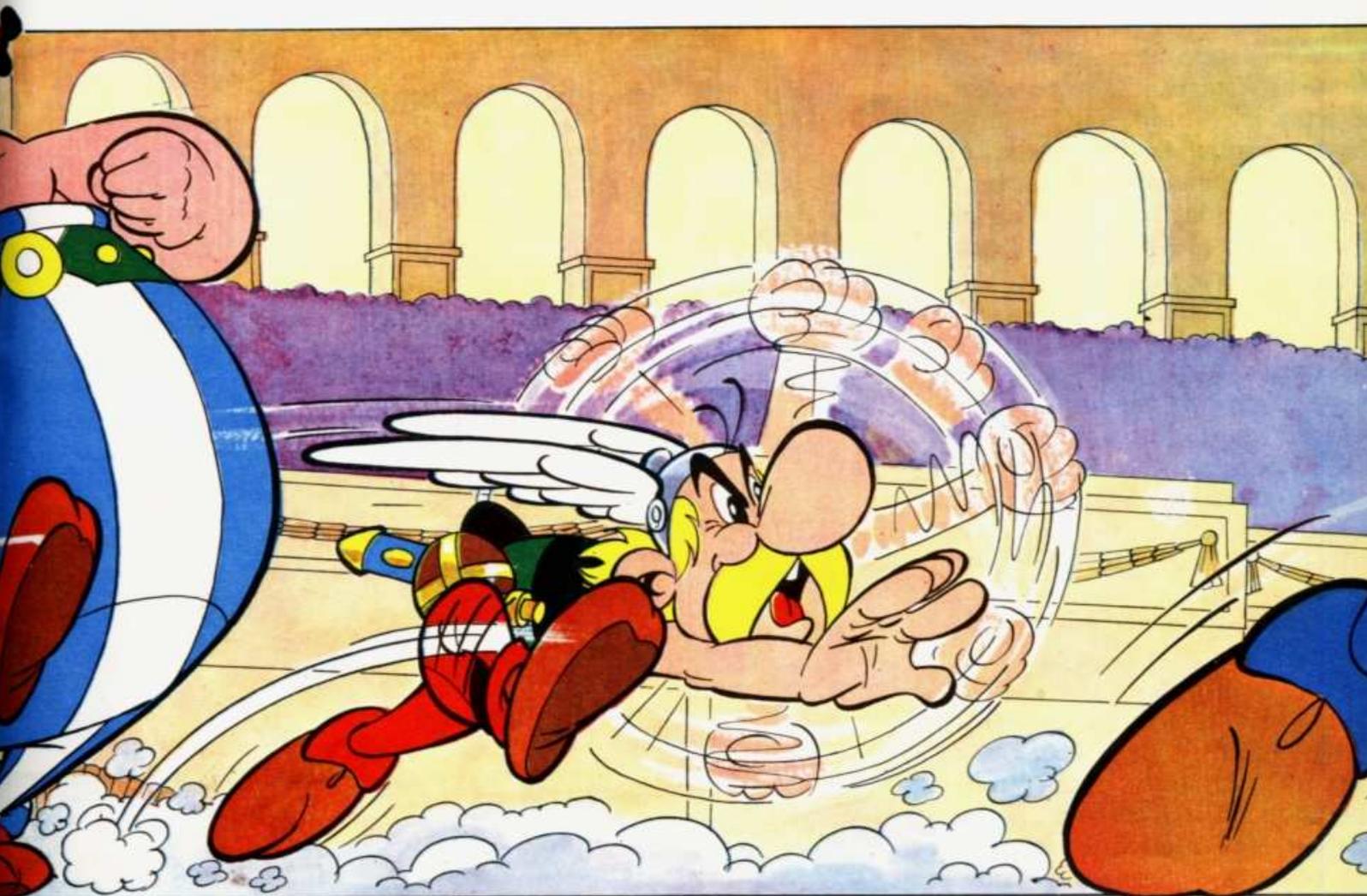
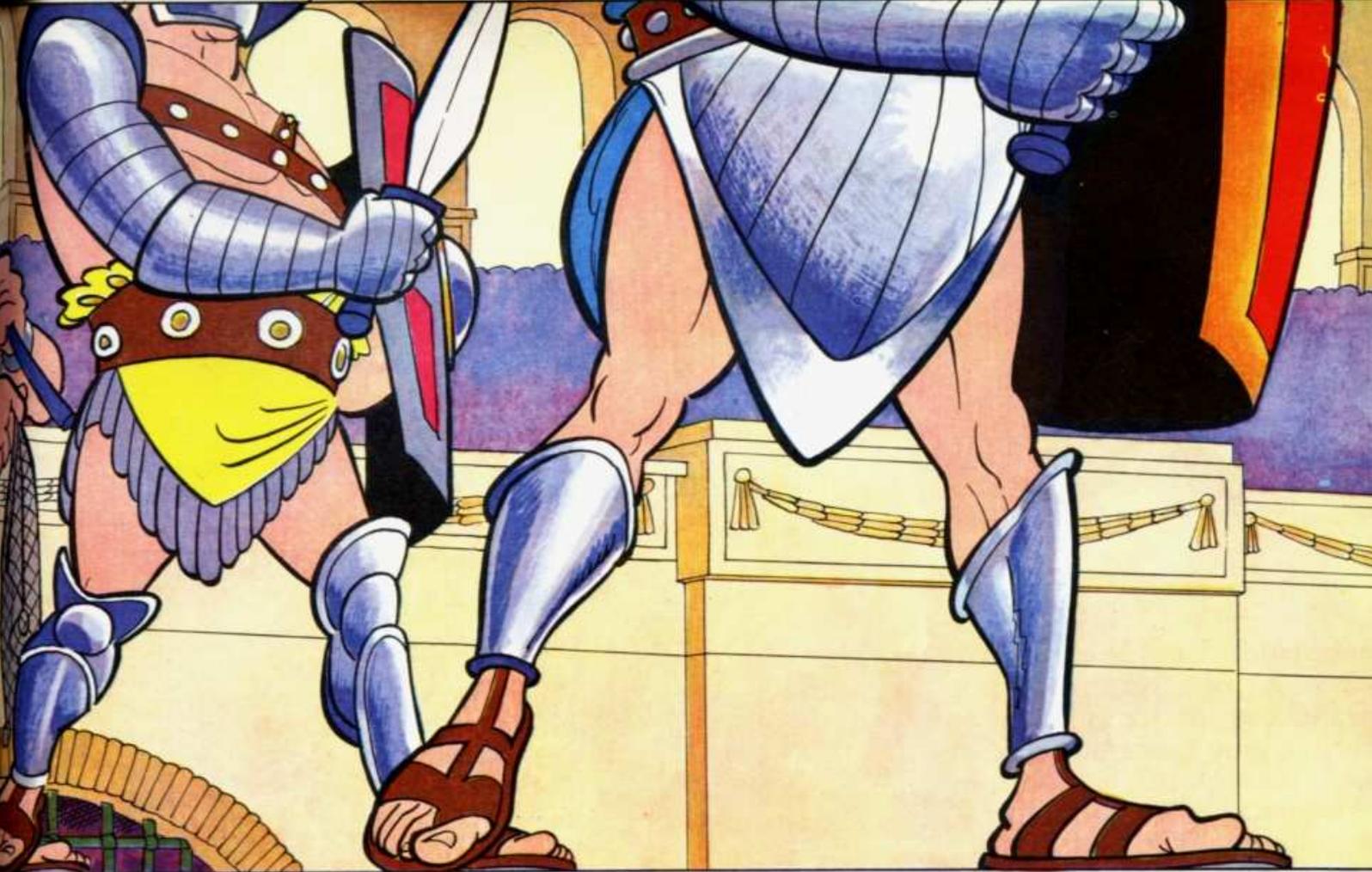
Apenas han sido pronunciadas estas palabras por Julio César, se oye un sonido de trompetas en el inmenso Circo Máximo. La multitud se levanta y reina el silencio (salvo un vago ruido de gritos que viene del lugar donde están los galos...) A un lado de la arena se han levantado rejas, y con paso pesado, en fila india, saludados por un público ahora en delirio, los gladiadores hacen su entrada. Impresionantes de calma, de fuerza y de disciplina, vienen a colocarse frente al palco de honor donde se encuentra César. Un gesto, unos brazos que se alzan, y unas voces que parecen fundidas en una sola, lanzando el famoso saludo: ¡Ave, César! ¡Morituri te salutant!"

Ahora César ordena: "¡Que hagan entrar a los galos!" Nuevo sonido de trompetas. Al otro lado de la arena, otra reja se alza lentamente. Y después... ¡Eso es todo! ¡Porque nadie aparece! ¡Re-trompetas. Insistentes, esta vez. Y los galos, por fin, siempre enzarzados en el torbellino de sus pequeñas rencillas, surgen sobre la arena. A la cabeza, corre Astérix, seguido por Obélix y por Panorámix. Detrás, hay mucho más desorden. Nada que ver, en todo caso, con la entrada de unos reos en una arena donde les espera, teóricamente, un destino fatal. La discusión continúa como antes: "Señor Ordenalfabetix, ¿a que os atrevo?" "¡Probadlo si os atrevéis, señor Obélix!"

durante este diálogo, unos gladiadores han probado de atacar a los dos interlocutores. Han sido rechazados a torta limpia, como si fueran unos inoportunos.

Muy pronto se pone de manifiesto que los profesionales del Circo están completamente des-



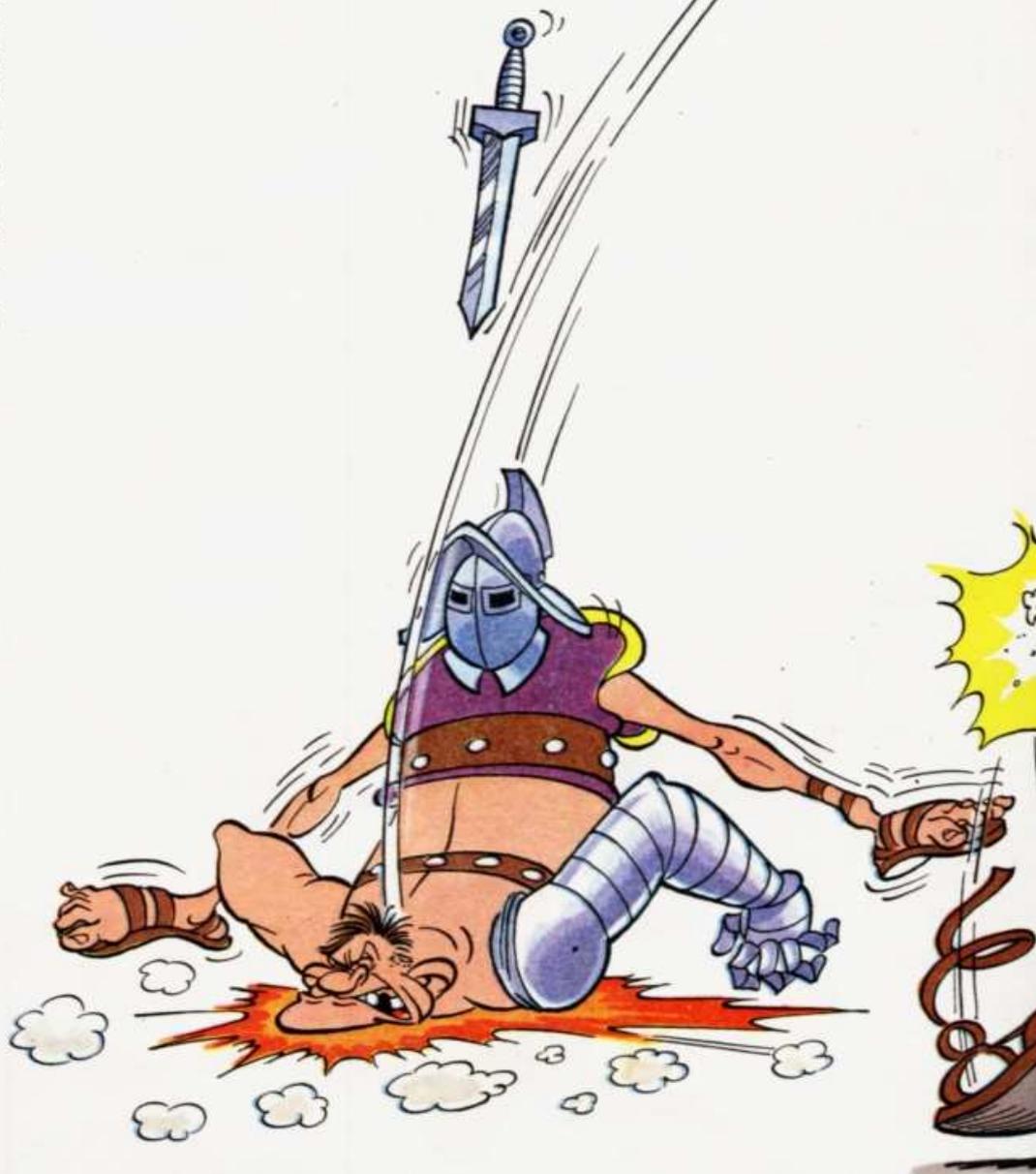




concertados. Uno de ellos corre que se las pela perseguido por Ideafix que, de todas todas, se muestra muy interesado por su gorda parte posterior. Otro, es perseguido por Karabella que le da golpes en la cabeza con un instrumento contundente que ocupará, más tarde, un lugar destacado entre los enseres de las perfectas amas de casa.

Mientras Astérix y Obélix se divierten de lo lindo, acerquémonos a Seguroatodoriesguix, el bardo, que está inmóvil, un brazo a la espalda, junto a un gladiador K.O. He aquí que el que menos soporta sus cantos, es decir Esautomatix, nos imita y avanza hacia el bardo que, mientras tanto, ha abierto la boca. Tal vez para entonar un canto de victoria. Esautomatix alza el brazo... ¡y lo deja caer! Pero justamente entonces, Seguroatodoriesguix, rápido como un rayo, se pone un casco de gladiador que tiene terribles aristas.

Aullido de dolor de Esautomatix, y risotadas de los que han seguido la escena. En su palco, César, aterrado, lanza una ojeada hacia Pupus que, con gran calma, está degustando algo que se parece mucho a uno de esos *polos* que se pueden comprar durante el "descanso"...



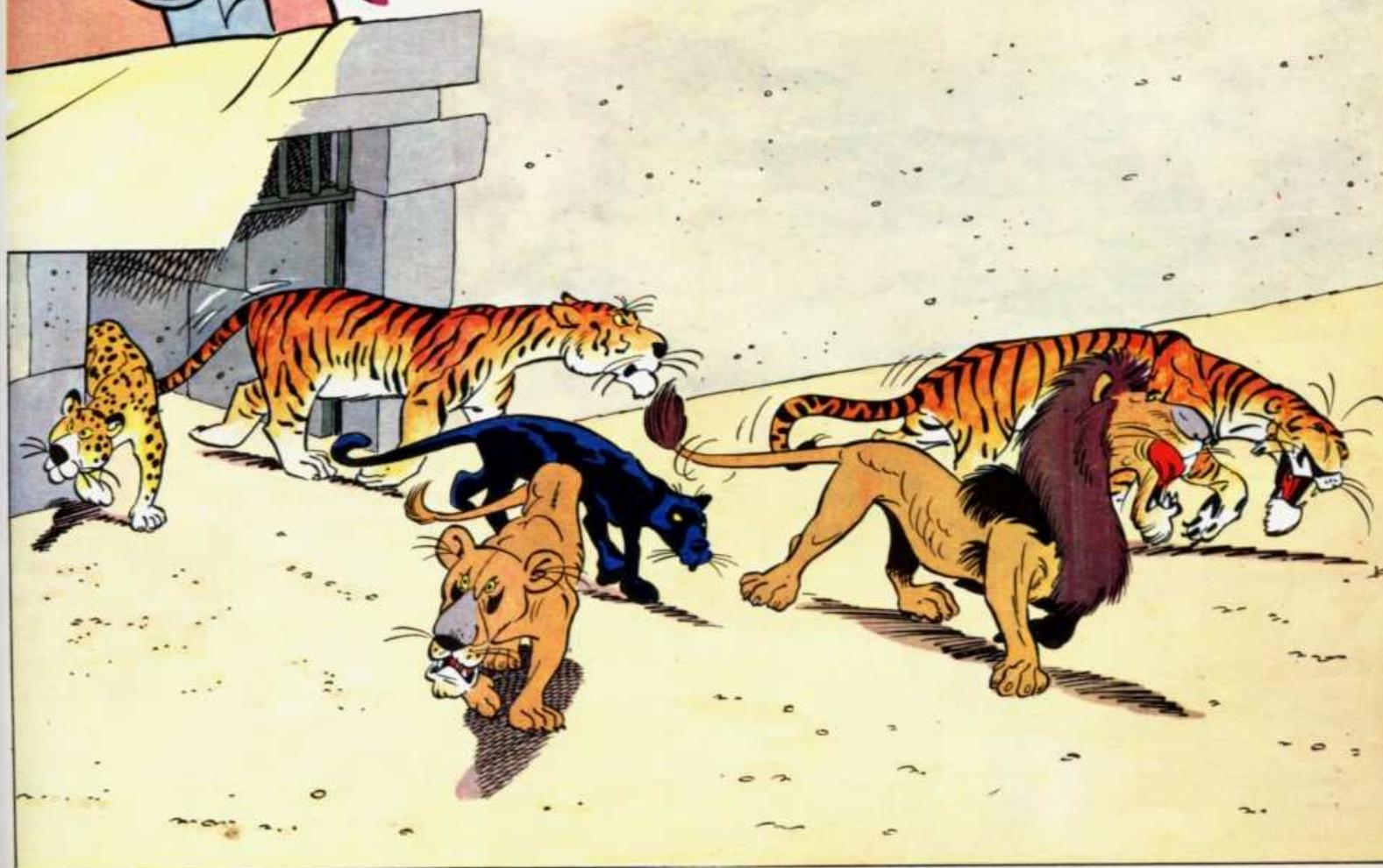




Unas tortas más, artísticamente distribuidas, y ya pronto no queda un solo gladiador que se tenga en pie. Abrazopartidix que por culpa de los portadores de su escudo-insignia, ha tenido algunos problemas de transporte logra entonces hacerse llevar frente al palco de César. Es con voz y acento típicamente de paísyaso que toma la palabra: “¡Oh César! ¡Hemos acabado con todos los gladiadores! ¿Cuál es el próximo número?”

César —que parece muy malhumorado— se vuelve hacia el organizador de los juegos. “¡Lávanos las caras con agua y jabón! ¡Que hagan entrar a las fieras!” El organizador, con respecto de empezar a tener serias dudas sobre la continuidad de su carrera, hace un signo. Estalla un sonido de trompetas. Pero este sonido ya es menos solemne. Más recuerda la charanga del circo que la hora de entrar a matar.

Unas rejas se abren en torno a la arena y leones, tigres, panteras, osos y elefantes entran en escena. Y lo que había ocurrido con los gladiadores, pasa ahora con las fieras. ¡Más grave aún! En seguida, los animales que han entrado en la arena con demasiada seguridad, tal vez, se ven con la badana bien zurrada por nuestros amigos. Algunas bofetaditas o alguna patada afectuosa pero firme aquí y allí, y el resultado no se hace esperar: ¡los animales han sido domados!





César se vuelve entonces hacia Pupus. Este tiene en la mano su lista de pruebas. Mira a César después, siempre impassible, siempre funcionario modelo, y traza una raya definitiva sobre todo.

Ahora, Julio César se ha levantado. Con un gesto del brazo, impone el silencio en el circo. Y con voz ronca proclama:

—¡Galos! Habéis triunfado en todas las pruebas que os he impuesto... ¡Sois, pues, dioses, no se puede luchar contra unos dioses!... Sois nuestros amigos. ¡Deposito mi suerte y la de Roma en vuestras manos! Y César se quita la corona de laurel y la tira a la arena. La corona cae justamente a los pies de los galos que se han agrupado, sonrientes, en el centro de la arena. Ovociones sin fin estallan.

Astérix y sus compañeros posan seguidamente para el escultor de servicio que realiza una escultura-recuerdo destinada a suscitar la perplejidad de generaciones de historiadores.



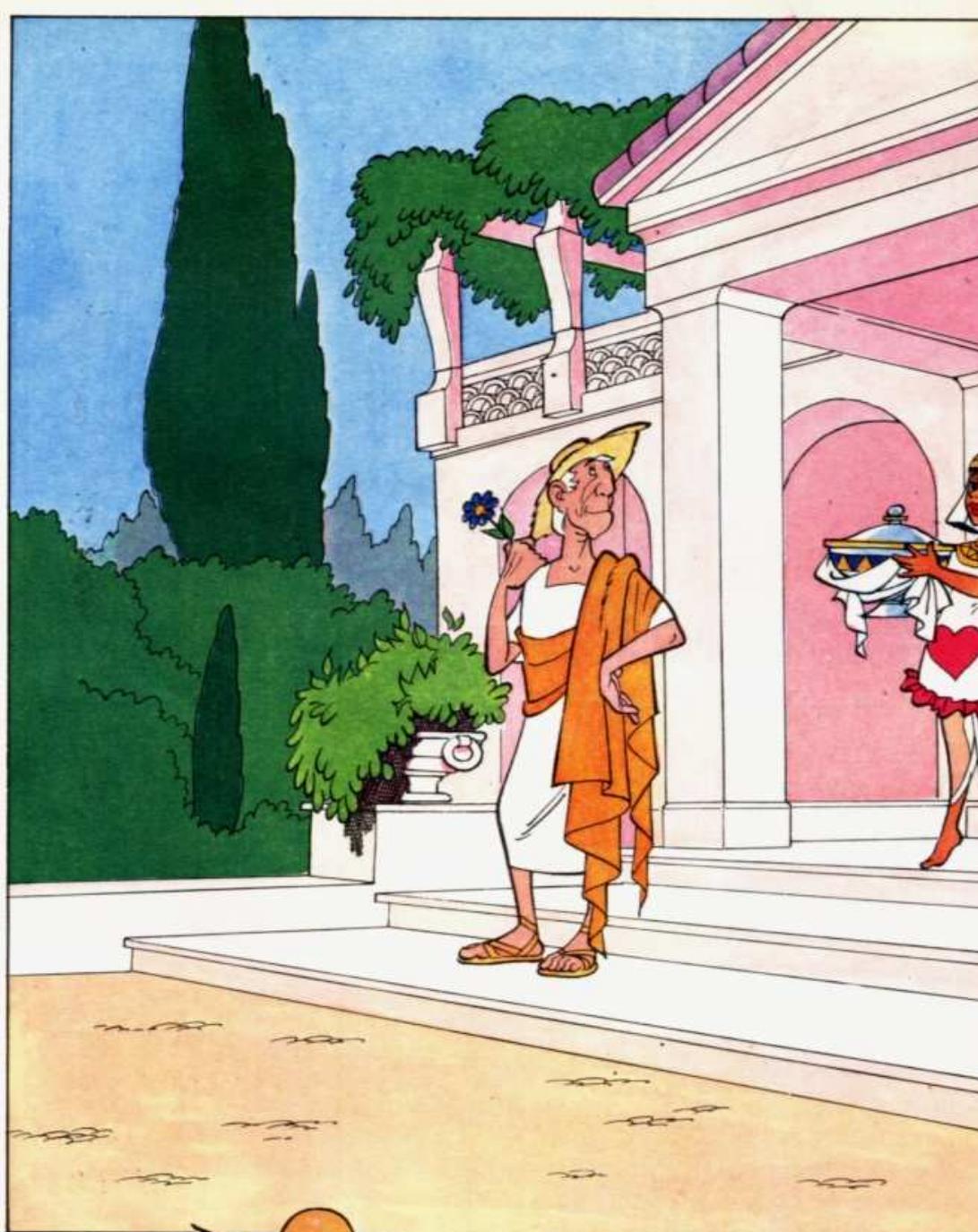
Se plantea mientras tanto un problema: ¿Qué suerte van a reservar los galos vencedores a aquel que han vencido después de los doce trabajos realizados (¡y de qué manera!) por Astérix y Obélix? La respuesta la encontramos en una pequeña villa romana, situada entre verdes frondas. Julio César está allí, plantando y regando sus flores. Sí, así ha sucedido: la magnanimidad de los galos ha permitido a Julio César retirarse allí para pasar días de paz y tranquilidad, lejos de las preocupaciones y los peligros del poder...

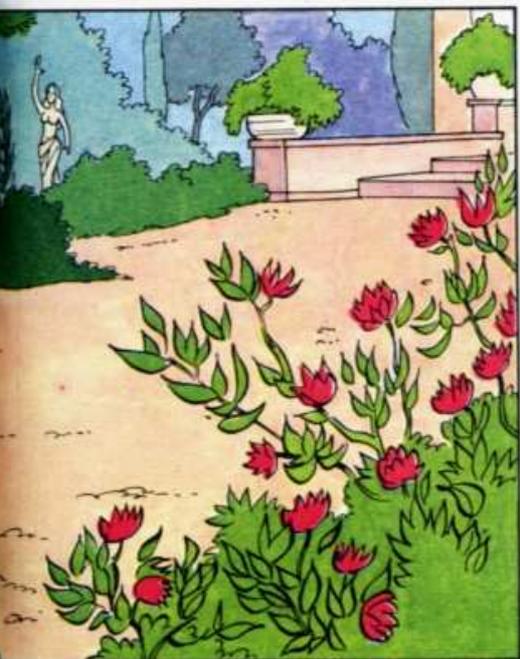
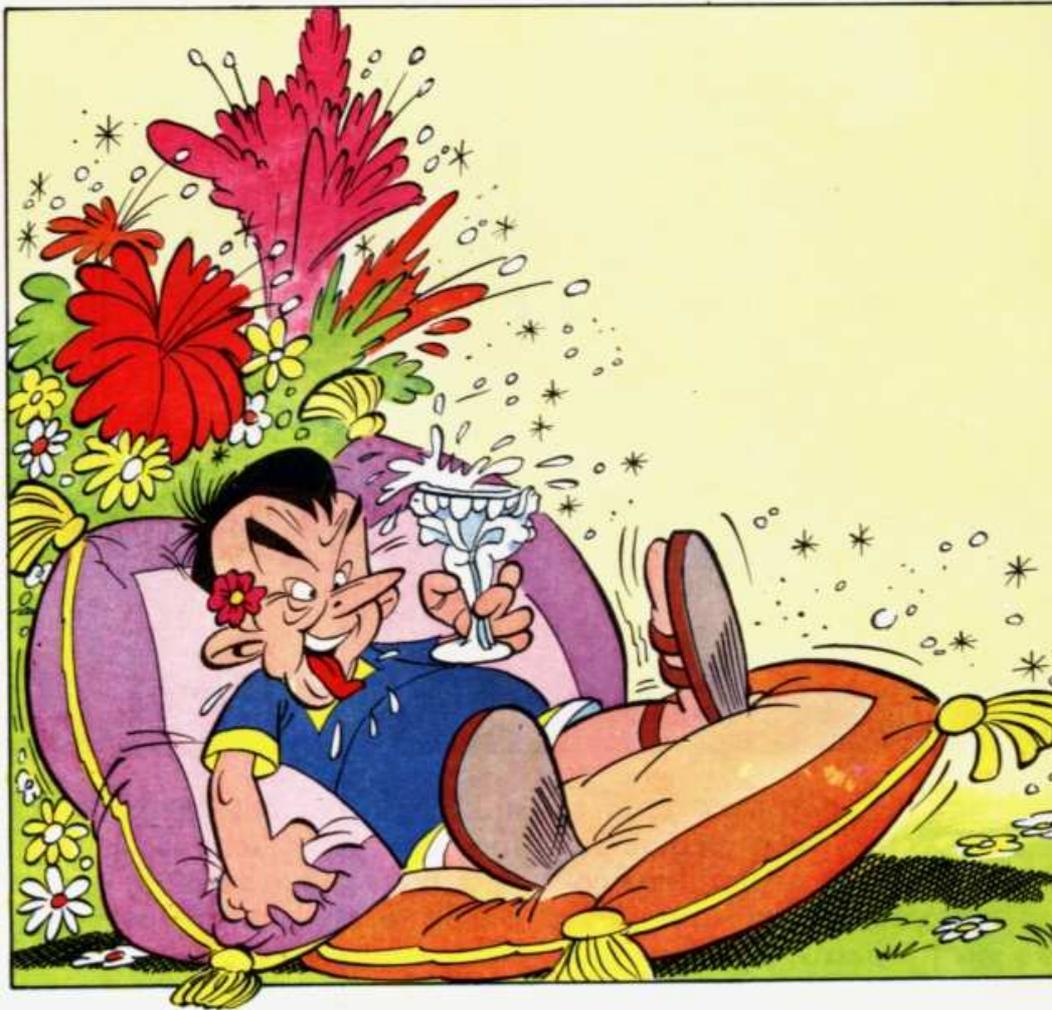
—¡Julio! ¡A comer! ¡Que está todo listo!

Es una voz femenina la que acaba de mandar esto, nada menos que la voz de Cleopatra. Y César, ni antaño ni hoy, ha dejado de obedecer a esta voz. Más aún, teniendo en cuenta que ha descubierto talentos hasta ahora ignorados en su compañera. Buen testimonio de ello, es esta reflexión:

—¡Oh, mi Cleopatra, eres una cocinera excepcional!

Pero ha llegado, para nosotros, la hora de alejarse, aunque solamente sea para saber qué ha sido de los demás protagonistas de esta aventura.





Sin temor a equivocarnos podríamos apostar que Kermés debe estar dando todavía vueltas alrededor del mundo, perseguido por la jabalina de Obélix; que Mannekenpix ha tenido que volver a cocinar; que los aterrizados cocodrilos han regresado a su riachuelo y que el Venerable de la Cumbre continúa ensalzando los méritos de Olimpo, el detergente de los dioses. En cuanto a la Casa que Vuelve Loco, no existe duda alguna. Alrededor nuestro, cada día, las caras lo testimonian: ha vuelto a funcionar a un ritmo más endiablado que nunca.

¿Y Pupus? ¿Qué le ha ocurrido al calmoso, flemático y bueno de Pupus? Pues bien, el íntegro Caius Pupus ha escogido él mismo la recompensa a sus buenos y leales servicios. Es decir, ha decidido exiliarse a la Isla del Placer donde podemos contemplarlo en plena acción y total desenfreno, habiendo perdido completamente su impasibilidad. En cuanto a nuestros amigos galos conducidos por Astérix y Obélix, han regresado a su pequeño y tranquilo pueblecito



Pero no hay que preocuparse: todo está en el mejor orden. Sus vidas siguen tan armoniosas como siempre. Panorámix sigue con sus pucheros. Seguroatodoriesguix quiso volver a entonar sus cantos (lo que le acarreó unos cuantos golpes más, por santificar la fiesta). La aldea se ha convertido, a todo esto, en una especie de metrópolis. Y, por lo demás, se siguen celebrando banquetes con la mayor

aplicación. Sobre todo para conmemorar las pruebas felizmente pasadas... ¿Que nada de esto se puede probar históricamente? Pero, vamos a ver... ¿Que César no fue nunca vencido por los galos? Vamos, vamos... "Astérix, ¿es verdad que nos hemos convertido en señores de Roma? ¿O se lo han inventado esos autores de historietas? Dime la verdad." "Pues mira, Obélix, has de saber que todo lo

que se cuenta en los cuentos puede ser verdad. De modo que también esta historia..." "¡Estupendo!" Y Obélix ha desaparecido. Sólo Astérix se huele dónde puede estar Obélix: en una isla que, por el momento, no ofrece muchas alegrías. ¿Y con qué intención se ha ido allí? ¿Quiere implantar en la isla unas costumbres nuevas. Sobre todos nuevas costumbres gastronómicas...

